

PUCK

EN 2x2=17

L'ESPRIT DU PUCK



PUCK EN 2x2 = 17

Por

LISBETH WERNER

Título original danés

JEG ELSKER MYSTERIER – TO GANGE TO ER SYTTEN

Traducción: Anneliso Larsen

Cubierta: Gonzalez Vicente

Ilustraciones R. Cortiella.

NOVENA EDICION

Depósito Legal: B.43.457-1988

ISBN: 84-310-2280-9

Ediciones Toray, S. A., 1988

Duero, 6. 08031 Barcelona Impreso en España - Printed in Spain

Carlos Andersen - Kund Meister Copenhagen - Dinamarca





— Pim ha cometido una estupidez — dijo Karen.

Y tenía razón. Hay que decir la verdad sin temor a las consecuencias. Una mentira suele arrastrar a otra y, al final, uno ni se acuerda de lo que ha dicho. Por eso Karen estaba en lo cierto cuando decía que mentir fue una estupidez por parte de Pim, aunque la muchacha estuviera en dificultades.

En realidad, Pim vivía encantada en el pensionado de Egeborg. El profesorado era comprensivo y los alumnos la habían recibido con amabilidad y compañerismo. Sin embargo, para una chica como ella, acostumbrada a vivir una vida de vagabundeo, los deberes, los estudios, el rígido horario, a veces se le hacían difíciles y, por esa causa, todo estaba a punto de terminar muy mal.

El profesor de inglés había encargado una redacción que a Pim le causaba grandes quebraderos de cabeza, en un momento en que tenía muchas otras cosas que hacer. Por ello el trabajo se le atrasó y no pudo terminar la difícil redacción inglesa. Podía haber pedido ayuda a sus compañeras, pero era demasiado orgullosa para hacerlo y optó por una mentira descabellada.

Cuando los alumnos entregaron sus redacciones, dejándolas en la mesa del profesor, Pim no lo hizo; sin embargo aseguró más tarde que también ella había dejado la suya.

—La dejé allí mismo —sostuvo con gran seguridad.

El profesor no supo qué contestar. Acusarla de mentirosa era algo muy serio. Podía tener, graves consecuencias para Pim en el

colegio, así como entre sus profesores y compañeros. Por eso se había limitado a decir:

—Bueno; si tú lo dices, será verdad.

Pero en su interior el profesor sabía que la muchacha había mentido y las cosas fueron de mal en peor.

Pim siguió insistiendo en haber entregado la composición, pero no era verdad; ni la había escrito ni la había entregado. Un momento de pánico la había hecho actuar así.

Todo hubiera ido bien si después, a solas con el profesor, hubiese admitido su falta; pero el pánico produce pánico y siguió mintiendo.

Su miedo dio lugar a una serie de fantásticas explicaciones, tan contradictorias que al final Pim tuvo que confesar; pero entonces la cosa era ya demasiado seria y se había convertido en un caso grave, que podía haberse evitado. El profesor tenía su parte de culpa por no haberla llamado aparte y haberle hecho decir la verdad.

El resultado fue que Pim tuvo que presentarse ante el director. El señor Frank se había mostrado tranquilo y paciente. Con palabras amables intentó convencer a la muchacha de que no había cometido ningún acto irreparable sino que se había portado tontamente.

Más tarde el director le decía a su esposa:

—No quiero que los alumnos se sientan esclavos ni que hagan sus deberes por miedo a los profesores. Eso es lo que hace tan difícil nuestra tarea aquí. Quiero que comprendan que, cumpliendo con sus obligaciones, se convierten en personas libres. Hay muchos que nunca logran entender esto.

«Estudian sus lecciones de memoria o entregan sus trabajos en un plazo fijo sólo porque el profesor lo exige. No saben que únicamente estamos preparándoles para el día de mañana, educándoles para que se conviertan en personas libres y responsables.

La señora Frank sonrió. Conocía bien las ideas de su marido. No era aquélla la primera vez que escuchaba tales palabras; pero no le cansaban. Sabía que eran la meta y el ideal de su vida de educador.

El director vació su pipa en el cenicero y añadió:

—¿No tengo razón? Cumplir con las obligaciones da derecho a ser libre, a tener opiniones propias. Quiero enseñar a estos chicos lo que yo creo que es la verdad. No quiero que sean personas que dan

la razón a los demás mientras para sus adentros piensan algo bien distinto.

Me gustan las discusiones. Me gusta que se levanten en clase para expresar una opinión, si lo hacen de manera cortés y sensata.

»No creo que sea demasiado pedir a estos muchachos que cumplan con su tarea diaria, si al mismo tiempo se les da la posibilidad de sentirse libres y con opiniones propias.

La sonrisa de la señora Frank expresaba bien a las claras que daba toda la razón a su esposo.

Karen en el «Trébol de Cuatro Hojas» sólo tenía una opinión sobre lo ocurrido: Pim había cometido una estupidez.

Más tarde, Pim iba a comprender lo acertado que era el comentario de Karen, porque si una persona adquiere fama de mentirosa, es difícil recobrar el derecho a ser creído.

Pim no podía saber entonces que otros acontecimientos, dentro y fuera del colegio, iban a formar un complicado rompecabezas con su mentira, y que ella iba a ser la protagonista.

¿Cómo, por ejemplo, iba a sospechar que la llegada de un nuevo mozo al hotel de Oesterby tendría relación con su pequeña mentira sobre la redacción inglesa? ¿O que la apendicitis del profesor Krog también tendría repercusiones sobre ella? Pero así fue.

Una tarde, el señor Krog se sintió mal. Había asistido a una reunión en el despacho del director, donde se habló sobre la organización de un concurso de redacción en el colegio. El director Frank había estado en una comida junto al jefe de policía, el señor Larsen, de Sundkoebing, donde conversaron sobre la seguridad en el tráfico, y la enseñanza que los niños debían recibir al respecto.

El jefe de policía le había sugerido la celebración de un concurso de redacción sobre aquel tema y el director Frank se había iñostrado entusiasmado. Otro de los comensales, el comerciante señor Laurids Mathiesen, de Sundkoebing, se había mostrado tan encantado con la idea que prometió contribuir con el primer premio: una bicicleta. Luego crearon un comité, formado por el jefe de policía, el director Frank y el profesor de literatura, señor Krog, que habrían de ser jueces en el concurso. Tomarían parte todos los alumnos de los tres últimos cursos y el tema sería simplemente: «Lo que he visto en el tráfico».

El director había sugerido al profesor la necesidad de aclarar

algunos puntos a los participantes del concurso, para que comprendiesen a la perfección qué se esperaba de ellos. Pero, durante la reunión, el profesor Krog sufrió unos dolores agudos y se mandó buscar a un médico que, después de haberle examinado, lo mandó al hospital de Sundkoebing. El señor Krog tenía apendicitis aguda y era necesario operarle en seguida. Aquello significaba que el director tenía que buscar un sustituto.

Por eso fue que el joven Viggo Larsen llegó a formar parte, durante algún tiempo, del profesorado de Egeborg. También este hecho iba a ser muy importante para Pim; pero ella no podía ni imaginarlo cuando se decidió a mentir sobre la redacción inglesa.

* * *

— ¡Tíramela a mí, Pim! ¡Tíramela a mí! ¡De prisa!

Era Navio quien gritaba. Pim tenía la pelota y se la envió con seguridad y fuerza. El juego estaba muy animado. Puck lanzaba con destreza, lo mismo que Karen; sin embargo, Pim jugaba mucho mejor que las dos juntas. Navio le devolvió la pelota y salió corriendo. Merete intentó acercarse a Pim para arrebatarla, pero llegó tarde y ésta ya se la había tirado a Navio.

Estaba prohibido jugar a la pelota fuera de los terrenos del pensionado; pero las muchachas habían ido al bosque y Pim se había llevado una consigo. Cuando regresaban se la había tirado a Navio y automáticamente había empezado el juego. Estaban a pocos pasos de los viveros.

Navio y Pim llevaban ventaja, pero las otras dos atacaban sin descanso y lograron acorralar a Pim. Al ver que le iban a arrebatar la pelota, la muchacha la lanzó con todas sus fuerzas hacia donde creía que se encontraba Navio. La había tirado muy alta y Navio saltó, pero no llegó a alcanzarla.

De pronto, escuchó a su espalda el ruido de cristales rotos. La pelota había ido a estrellarse contra uno de los invernaderos del señor Phil, el floricultor. Las muchachas se quedaron mudas mirándose unas a otras.

—¡Buena la hemos hecho! —exclamó Puck asustada—. Ahora tendremos una buena reprimenda.

Karen ya había empezado a correr hacia el colegio y, en un momento de pánico, Puck la siguió. Merete se quedó vacilando, pero en seguida ella también prefirió desaparecer. Navio le

preguntó a Pim:

—Y ahora ¿qué hacemos? ¿Salimos corriendo?

Pim estuvo a punto de aceptar, pero renunció a huir.

—No — dijo —. No estaría bien. Debemos dar la cara.

Conocían bien al floricultor. Era un hombre simpático. Seguramente entendería que el pequeño accidente había ocurrido sin mala intención. No obstante, era difícil pedir que les devolviesen la pelota.

Encontraron al señor Phil en los viveros.

—¡Hola, muchachas! —saludó alegre el buen hombre—. ¿Habéis venido a contemplar mis flores?

—Pues no es eso precisamente — dijo Pim mirándole con franqueza a los ojos —. Vengo a recoger mi pelota.

—¿Tu pelota? —preguntó Phil frunciendo las cejas—. Debes saber que está prohibido jugar a la pelota por aquí.

Pim se puso colorada y Navio la miró de reojo. ¿Intentaría contarle un cuento? Pero no; la muchacha explicó con honradez:

—Jugábamos a la pelota ahí fuera y estábamos algo excitadas. Cuando me tocaba tirar a mí, lo hice con demasiada fuerza y, perdone señor Phil, pero fue a dar contra uno de sus invernaderos. Estoy dispuesta a pagarle el cristal roto.



El floricultor se hubiera enfadado. Sin embargo, la honradez de Pim le ablandó y dijo, sin demasiada energía:

— Sois muy traviesas. Sabéis de sobra que está prohibido jugar a la pelota por aquí. Mis cristales no son baratos... Pero,

naturalmente, no quiero que me pagues nada — añadió al ver que Pim estaba a punto de llorar—. Vamos a buscar la pelota y veremos los destrozos que ha causado. Espero que en otra ocasión os portaréis con más sensatez.

— Se lo prometo — dijo Pim —. Pero, como le dije antes, estoy dispuesta a pagar los daños.

— Ni hablar, hijita —murmuró el señor Phil—. Supongo que tendrás mejores cosas en que gastar tu dinero.

Una sonrisa iluminó su cara arrugada y simpática, y añadió:

— Helados y esas cosas, quiero decir.

La pelota no sólo había roto el cristal sino también un par de plantas. Pim estaba desolada.

— No lo hice adrede —se disculpó la muchacha—. Ésta es mi única excusa, aunque sé muy bien que no sirve en un caso como éste.

— Bueno, bueno, no lo tomes tan a pecho —la consoló el anciano —. Toma tu pelota, y la próxima vez mira bien a dónde la tiras.

Las dos amigas estaban avergonzadas. Cuando abandonaron los invernaderos estaban coloradas como tomates.

— Tengo que admitir —declaró Navio— que te has portado estupendamente. Dijiste la verdad.

— Es lo mejor — opinó Pim poniéndose aún más colorada al acordarse del embrollo de la redacción de inglés.

— Sí, claro —admitió Navio—; pero las otras huyeron.

— Ellas no habían roto el cristal.

— ¿Y qué? Podía haberlo roto cualquiera de nosotras.

Pim no pudo disimular una sonrisa.

— No lo creo — dijo —. No tiran tan fuerte como yo.

— Es verdad; la lanzas estupendamente. Si yo hubiera saltado un poco más, la hubiera atrapado; pero tiraste demasiado alto. Lo importante es que fuiste honrada con el señor Phil.

Pim se detuvo y puso su mano en el brazo de Navio.

— Quizá te parezca raro —confesó—, pero lo cierto es que no me gusta mentir.

— A mí tampoco —murmuró Navio—; sin embargo, hay momentos... Bueno, más vale dejarlo.

Y regresaron lentamente al colegio.

Navio no contó a sus compañeras el acto de valentía de Pim en los invernaderos, para que Puck, Merete y Karen no lo tomaran como un reproche por haber huido. Además, había otras cosas de qué hablar: el nuevo profesor de literatura había llegado al colegio, y era un tipo muy interesante.

Viggo Larsen procedía de Copenhague. Había alquilado una habitación en el hotel de Oesterby. Era muy joven, recién licenciado en Filosofía y Letras, y algunas de las muchachas le encontraron muy atractivo. Era más joven que los otros profesores de Egeborg y más parecía un alumno que un profesor. Enseñaba con métodos modernos. Quizá resultaba un tanto arrogante, pero eso aún aumentaba su atractivo.

En su primera clase, Viggo Larsen había tratado el tema del día con competencia. Luego explicó algo de sí mismo. Había formado parte de una orquesta de «jazz» mientras estudiaba en la Universidad y era un buen guitarrista. Tenía coche propio, pero comentó que lo tenía en un taller de Oesterby y que, por el momento, prefería ir en bicicleta al colegio.

El nuevo profesor habló también del concurso de redacción. Todos estaban entusiasmados. Era obligatorio participar, pero todos lo hubieran hecho aunque no lo hubiera sido. Una bicicleta nueva y el honor de un primer premio merecían la pena.

Además, el tema era fácil. Todo consistía en sentarse y pensar sobre lo que uno había visto y vivido en el tráfico, para luego escribir sobre las infracciones del Código de la Circulación que cada uno había presenciado.

—Además, hay otros premios — dijo más tarde Merete —. ¿Habéis visto la lista que han colocado en el comedor? Se pueden ganar discos, libros, linternas y qué sé yo. Todo ha sido regalado por gente de Sundkoebing. ¿Qué pensáis escribir?

—No pienso decirte nada —rió Puck—. No voy a regalar mis buenas ideas así como así.

—No es difícil participar en un concurso como éste — opinó Karen—. Yo misma tengo muchas experiencias que contar, pero me callaré. Puck tiene razón, cada una debe guardarse sus ideas.

Tras sus palabras, el silencio reinó en la habitación del «Trébol de Cuatro Hojas». Cada una pensaba en lo que iba a escribir y estrujaban sus cerebros tratando de recordar incidentes e

infracciones emocionantes e instructivas a la vez. Las muchachas sólo tenían un pensamiento en común: la curiosidad por saber lo que las otras iban a escribir.

Entretanto, en el despacho del director había reunión para tratar del concurso. El profesor sustituto Viggo Larsen, el jefe de policía de Sundkoebing y el director de Egeborg estaban sentados alrededor de la mesa, tomando el té.

—Creo que será un éxito —dijo el jefe de policía—; y, además, de gran utilidad. Quizá otros centros adopten la idea. El otro día hablé con el director del colegio de Sundkoebing, y casi se enfadó conmigo por haber ofrecido la idea al pensionado de Egeborg. Le dije que podía hacer su propio concurso, y aceptó gustoso.

—Yo también creo que será un éxito —confirmó el director—. Los alumnos han mostrado gran interés. Claro que una bicicleta es un bonito premio, pero me pregunto si no podríamos hacer algo más. Había pensado en una fiesta de entrega de premios, donde se leyera la redacción ganadora, aunque no estoy muy seguro de que a los muchachos les guste ser el centro de la atención. Se ponen nerviosos, se ruborizan... Además, no me gusta fomentar el culto a los ídolos. Puede ser peligroso. ¿Usted qué opina, señor Larsen?



El joven profesor se encogió de hombros.

—No sé — dijo —, nunca lo había pensado. A los jóvenes les encantan los ídolos. Lo he visto dentro del mundo de la música moderna. Las muchachas se ponen fuera de sí cuando se acercan a algún tipo que destaque un poco. Se desmelenan y pelean como gatos para conseguir un autógrafo, mientras chillan a pleno pulmón, en cuanto aparece su héroe.

añadió sonriendo:

—Yo mismo lo he experimentado. Al principio resultaba divertido; sin embargo, llega a cansar. No podía estar en paz en

ningún sitio.

—¡No me diga! — exclamó el director Frank con cierto sarcasmo —. ¿Ha sido usted un ídolo?

Al joven profesor no le gustó el tono del director.

—Sí — contestó poniéndose a la defensiva —. Aunque usted no lo crea. Tocaba en un conjunto de «jazz» para pagar mis estudios e incluso tener algún dinero extra. Actuamos un par de veces en la televisión y en muchas salas de fiestas.

—¿Qué instrumento toca usted?

—La guitarra.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! — exclamó el director —. Aquí aprovecharemos sus conocimientos. A veces organizamos veladas musicales y sería estupendo que uno de los profesores pudiera cooperar. Quizá incluso podríamos formar un coro.

—No tengo muchas ganas —dijo Viggo Larsen, contrariado por el sarcasmo del director cuando contó que había sido un ídolo —. Creo que debo concentrarme únicamente en sustituir lo mejor posible al profesor Krog. Con eso tendré suficiente. Además, supongo que apenas estaré aquí un mes.

—Esperemos que Krog pronto se ponga bien. Sin embargo, nos encantaría tener un ídolo entre nosotros — sonrió el director—; no nos dan miedo las consecuencias de una relación de camaradería entre alumnos y profesores. Piénselo. Quizá podría dar un pequeño concierto el día de la entrega de premios. Así habrá más de un ídolo que adorar por los muchachos. Es más sano que la admiración esté compartida. Pero volvamos a lo nuestro. ¿Tiene usted alguna idea sobre cómo puntuar los méritos de las redacciones, comisario?

—En mi opinión —contestó éste—, deberíamos juzgar la sagacidad de los niños para descubrir los problemas de la circulación. No me refiero sólo al Código, bien conocido por todos, sino a las cosas que ocurren en el tráfico. Seguro que han observado o han sido protagonistas de hechos interesantes, y quisiera saber si son capaces de aplicar sus experiencias a la resolución de estos problemas.

— ¿No cree usted que son demasiado jóvenes para eso, comisario? —interrumpió Viggo Larsen.

— No, no lo creo. ¿Por qué lo dice usted?

— ¿Qué quiere que hayan visto unos niños en el tráfico? ¿No

cree usted que la mayor parte de ellos se limitan a pedalear en sus bicicletas y a dar gracias por conservar aún la vida? Además, esos chiquillos viven en el campo, donde apenas hay tráfico. ¿Qué pueden haber visto?

— Bastante. Estoy seguro —opinó el jefe de policía—. No debe usted menospreciar a quienes viven en el campo. Aquí también pasan cosas. El automóvil también ha llegado hasta nosotros..., y estoy tentado a decir, que por desgracia. Pero, ya veremos. ¿Conduce usted?

Viggo Larsen vaciló.

— Pues..., sí, aunque estos días tengo el coche en el taller.

— ¿Un accidente?

— No, no. Nada de eso. Es una revisión general y, además, me lo van a pintar un poco. Pensé que resultaría más económico hacerlo aquí que en la capital. Allí son muy caras las reparaciones.

— ¿Qué clase de coche tiene usted?

— Un... un coche deportivo.

— Sí, están muy de moda —dijo el comisario mientras se levantaba—. Bueno, yo debo regresar a mi oficina. Gracias por el té, señor Frank, y por la agradable charla. Estoy ansioso por ver qué saldrá de todo esto. Espero mucho de este concurso.

— ¿Se queda usted a cenar con nosotros? —preguntó el señor Frank volviéndose hacia el joven profesor.

— Gracias —contestó Viggo Larsen—. Debo regresar a Oesterby. Tengo algunos trabajos que corregir. Ya empecé mis clases.

— Como quiera. Espero que se encuentre a gusto en Egeborg.

— Así lo espero yo también —dijo el joven y luego añadió—: De todos modos, un mes pasa pronto.

Era una especie de venganza por el tono sarcástico del director; sin embargo, éste no se dio por aludido de aquella indirecta. Se despidió con cordialidad del jefe de policía y del profesor Larsen y volvió de nuevo a su despacho.

El profesor sustituto se fue en bicicleta a Oesterby, dio una vuelta por el taller para ver cómo iba la reparación de su coche, y regresó al hotel. El dueño estaba en el bar conversando con un muchacho que vestía pantalón vaquero y chaqueta de cuero.

— Bien venido a mi hotel, Jens-Erik Nielsen —decía el hostelero—. Luego hablaremos de sus obligaciones. ¿Le gusta su habitación?

— Gracias —contestó el mozalbete—. Es muy confortable.

— Bueno, bueno... Entonces puede empezar a trabajar cuando quiera.

Jens-Erik Nielsen murmuró algo ininteligible y salió al patio. El dueño del hotel se volvió hacia Viggo Larsen sonriendo:

— Y a usted, ¿le gusta su habitación, señor Larsen? —Y sin esperar respuesta se puso a contar—: Ése que acaba de marcharse es nuestro nuevo mozo. Viene de la capital. Es muy difícil encontrar gente hoy en día. No me gusta su manera de vestir, pero no hay que juzgar a la gente por su ropa. El aspecto de este muchacho no significa necesariamente que sea un gamberro, y uno debe darse por satisfecho si puede conseguir personal. ¿Viene usted a cenar?

— Sí. ¿Qué me puede ofrecer?

— Tenemos de todo; pero le recomiendo nuestras hamburguesas con cebollas asadas. La cena le será servida dentro de media hora.

— Gracias. Voy a trabajar un rato — dijo Viggo Larsen.



Subió a su habitación y se sentó frente a la mesa de trabajo, al lado de la ventana. Desde allí se disfrutaba de un maravilloso paisaje, pero Viggo Larsen no ponía cara de disfrutar de nada.

Encendió un cigarrillo, y fumó rápida y nerviosamente, luego empezó a corregir los cuadernos de sus alumnos. No le gustaba tener que quedarse en aquel agujero un mes entero, pero se prometió a sí mismo sacar el mayor provecho de la situación. Por el momento, lo más sensato que podía hacer era quedarse allí durante un mes. Luego, de regreso a la capital, tenía que buscarse un buen empleo.

El joven profesor apagó el cigarrillo en el cenicero y encendió otro a continuación. El trabajo le aburría, pero no tenía otro remedio que hacerlo lo mejor posible. Pensó en el concurso: Qué extraño que precisamente él tuviera que enfrentarse con un tema

así. Miró de reojo su guitarra. ¿Qué estarían haciendo sus compañeros en aquellos instantes? Era una lástima verse obligado a interrumpir su trabajo con ellos. ¡Se había divertido tanto!... Pero estaba seguro de haber hecho lo que más le convenía. Haber buscado aquel refugio era lo más sensato.



Durante los días siguientes, en el pensionado de Egeborg reinó un ambiente de excitación. Se cuchicheaba con aire de misterio. Todos parecían guardar un secreto que no debía revelarse. Cualquiera hubiese creído que se organizaba una conspiración en lugar de un concurso de redacción sobre los problemas del tráfico.

Los alumnos no querían hacer las redacciones con los demás, por miedo a ser copiados. Por eso muchos habían pedido permiso al director para trabajar por la tarde en las aulas vacías, para poder escribir en paz sin ser espiados.

Un día, Pim entró en un aula para terminar su borrador. Allí estaba Karen haciendo su redacción. Al ver a su compañera dijo, con cara de fastidio:

—No puedes entrar aquí, Pim. No quiero que nadie vea lo que escribo.

—No pienso copiarte. Me sentaré en el rincón y...

—Nada de eso —insistió Karen—. Yo he venido aquí para estar sola.

—No te molestaré —dijo Pim—. Desde aquel rincón ni siquiera podré ver tu cuaderno.

—Pero tu presencia me pondrá nerviosa.

—Está bien; entonces me voy.

Eso fue todo. Sin embargo, el pequeño incidente no acabó allí. Cuando por la noche Pim fue al «Trébol de Cuatro Hojas», Karen no le dirigió la palabra. Un momento después se levantó y se fue a su mesa. Buscó entre sus papeles y dijo enfadada:

—¡Ha desaparecido mi «Código de la Circulación»!

—¿De qué hablas, Karen? —preguntó Puck.

—Bueno; en realidad no quería decirlo, pero me pareció una buena idea estudiar el «Código de la Circulación», para documentar mi artículo. ¿A alguien se le ocurrió la misma idea?

—Quizá — dijo Puck —. A mí no, desde luego. ¿Y a vosotras? — añadió, volviéndose hacia sus compañeras.

—Pues a mí sí — confesó Pim.

—Y tomaste mi «Código», claro —acusó Karen.

—No empieces, por favor — le recriminó Merete en tono tranquilizador—. ¿Por qué iba a tomar ella tu «Código»? ¿Dónde lo conseguiste?

—Fui a Oesterby, y lo compré en la librería. ¿Lo ha visto alguna de vosotras?

Pim tenía algunos papeles en la mano. Eran sus notas para la redacción, que no había tenido tiempo de dejar en su cuarto.

— Yo tengo un «Código» aquí —dijo—. Si quieres, te lo presto.

Lo dijo con la intención de mejorar sus relaciones con Karen, pero sucedió todo lo contrario.

— ¡Debe de ser el mío! — aseguró Karen.

— No. Te equivocas — dijo Pim, tranquila.

— Dónde lo conseguiste, ¿eh?

— Lo compré; igual que tú.

— ¡No digas tonterías! ¡Me lo robaste esta tarde en el aula!

— ¿Cómo iba a robártelo si tú estuviste allí todo el tiempo?

— ¡Salí durante un instante!

— ¿Crees acaso que fui a curiosear en tus papeles? —preguntó Pim, sonrojándose.

— Sí. ¿Por qué no?

— ¡Pues no lo hice!

— Karen, por favor, esta no es forma de tratar a una amiga.

— ¡Pim no es amiga mía! — estalló Karen.

— Pues debería serlo —intervino Merete.

Pero Karen no quiso entrar en razón. Su genio vivo era más fuerte que ella, y le arrebató a Pim el «Código» que ésta tenía en las manos.

— ¡Es igual que el mío! — dijo, testaruda.

— Supongo que todos serán iguales — se defendió Pim.

— ¿Cómo sé yo que éste no es el mío?

— Debieras creerme — dijo Pim a punto de llorar.

— ¿Cómo voy a hacerlo si siempre estás mintiendo?

— ¡Ya está bien! — estalló Navio—. ¡Cállate, Karen!

Pero, antes de que pudieran tranquilizar a Karen, Pim se levantó en silencio y abandonó la habitación. La puerta se cerró a sus espaldas y Navio se volvió furiosa hacia su compañera.

— ¡Qué comportamiento más mezquino el tuyo, Karen! —dijo indignada—. Deberíamos echarte del «Trébol de Cuatro Hojas». En mi vida he presenciado nada semejante. ¿Con qué derecho llamas a Pim ladrona y mentirosa?

— Porque ésa es la verdad —porfió Karen con gesto orgulloso—. Mintió respecto a la redacción inglesa, ¿no?

— Eso no tiene nada que ver — contestó Navio —. Fue muy honrada el otro día, cuando rompimos el cristal en el invernadero del señor Phil. Me impresionó su sinceridad con el floricultor, mientras vosotras escapabais. Pim no es de esa clase de chicas que miente. ¿A ti qué te parece, Puck?

— Estoy de acuerdo contigo. Aunque ella...

— Aunque ella, ¿qué?... —preguntó Navio belicosa.

Karen intervino de nuevo. Sabía muy bien que había sido injusta y que se había pasado de la raya; pero no quiso reconocerlo.

— Si le mintió al profesor, ¿por qué he de creer que no me miente a mí?

— Pim ha tenido sus dificultades — dijo Puck para calmar los ánimos —. Yo la conocí cuando tenía problemas con la policía. Pero vamos, Karen; fueron cosas sin importancia, que pueden ocurrirle a cualquiera de nosotras. No está bien hablar como tú lo has hecho.

— ¡Vaya! Estáis todas de su parte — dijo Karen, con rabia—, sin que yo haya hecho nada malo. Ella me robó el «Código» y yo lo he recuperado. Eso es todo.

De pronto, Merete se inclinó y recogió algo caído bajo la mesa

de Karen.

— Y esto, ¿qué es? —dijo con voz dura, mostrando un librito.

Karen lo tomó con la mano temblorosa al reconocerlo.

— ¡Vaya!... Es... Pero si es mi «Código». Debe de haberse caído... No lo entiendo...

— ¡Pues ya tienes dos! —dijo Navio furiosa—. Tu conducta ha sido muy ruin. Si quieres saber mi opinión, lo único decente que puedes hacer es levantarte e ir a la habitación de Pim a pedirle disculpas y devolverle su «Código». Merece ese desagravio.

— ¡Ni lo pienses! — contestó Karen —. Tenía mis buenas razones para creer lo que creía.

— Nunca se tienen buenas razones para creer que los demás no sean honrados —dijo Navio—. Yo confío en Pim. ¿Qué pensáis vosotras?

Sus amigas le dieron la razón, aunque no parecían muy convencidas. Ninguna de ellas podía olvidar que Pim había mentido en otra ocasión. Navio las miró indignada.

— Si no vas tú, Karen, iré yo. Dame ese libro.

Con un movimiento brusco se lo quitó de las manos y se fue hacia la puerta. Aún se volvió hacia sus compañeras para decirles:

— Estoy avergonzada de vosotras.

Y cerró la puerta de golpe. Puck y Merete intercambiaron una rápida mirada. Puck inclinó la cabeza.

— Navio tiene toda la razón. Hemos sido injustas.

— No estoy de acuerdo —opinó Karen, que aún trataba de justificar su actitud —. Si una persona es deshonesto una vez, es muy difícil volver a tener confianza en ella. Admito que no me robó el «Código», pero ¿cómo iba a saberlo yo?

— Podías haberlo sabido sólo con creer en su palabra —declaró Merete—, pero ahora es demasiado tarde. Yo también le doy la razón a Navio. Deberías ir a hablar con Pim.

— No lo haré —dijo Karen.

— Ya me lo imagino — contestó Merete —. Tú no eres de las que admiten sus equivocaciones. Y si hemos de ser justas, Pim se mostró muy valiente el otro día cuando rompimos el cristal. Fue directamente a hablar con el jardinero, mientras nosotras huíamos para eludir la responsabilidad. Así que, si vamos a juzgar a Pim por dos incidentes: el de la mentira en la clase de inglés y este otro en el

que valiente y honradamente fue a confesar su culpa al señor Phil, ¿por qué no la juzgamos por su honradez en lugar de hacerlo por su pequeña mentira?

— Cada una puede pensar lo que quiera, ¿no? —fue el único comentario de Karen.

El resto de la noche transcurrió en silencio. Al día siguiente todo parecía, aunque no olvidado, más lejano.

Además, tenía muchas cosas en qué pensar. Terminaba el plazo para entregar las redacciones.

Había sido colocado un buzón en el vestíbulo, donde todos los participantes del concurso deberían depositar su cuaderno antes del mediodía.

Luego la caja fue vaciada y Viggo Larsen se llevó todas las redacciones al hotel.

Primero las leería él, luego el director Frank y, finalmente, con las notas de los dos anteriores, serían entregadas al jefe de policía, para que él dijese la última palabra.

— Ya podemos decirnos lo que hemos hecho —dijo Puck—. Yo he descrito un choque de automóviles que vi en Copenhague antes de venir a Egeborg. Fue muy desagradable. Tuvieron que llamar a una ambulancia. Resultó que uno de los conductores estaba borracho. Fue un accidente horrible. Una señora anciana resultó gravemente herida. ¿Qué habéis escrito vosotras?

— Yo he contado una excursión que hicimos con unos conocidos — dijo Merete—. Un coche nos adelantó. No creo haber visto correr un automóvil a tanta velocidad como aquél. Alguien comentó que aquello sólo podía terminar en accidente. También recuerdo que a mí no me pareció peligroso y que hubiera deseado ir en aquel coche tan rápido. Nosotros íbamos a paso de tortuga. Nadie tenía prisa; pero hay algo emocionante en la velocidad. Cuando el coche nos adelantó fue como si el nuestro estuviera parado, completamente inmóvil. Recuerdo que quedé impresionada.

— ¿Qué ocurrió luego?

— Pues, un poco más adelante vimos de nuevo aquel auto. Había chocado con un camión que entraba en una gasolinera. El conductor había muerto en el acto. Era horrible. Y yo, en el viejo coche, tuve una irreprimible sensación de miedo, por haber deseado tan imprudentemente ir en aquel veloz automóvil.

— Es una redacción muy buena — dijo Karen.

— Claro que lo es —sonrió Merete.

— ¿Crees que ganarás la bicicleta?

— Tengo las mismas oportunidades que vosotras —dijo Merete, modesta—. ¿Tú qué has escrito, Navio?

Y Navio empezó a contar una curiosa experiencia que ella había vivido cuando los bomberos sacaron un automóvil de las aguas del puerto, donde cayó en una falsa maniobra.

— Me lo imaginaba —sonrió Puck—. Tenías que escribir sobre el mar. Eres una digna hija de tu padre, el capitán de la marina mercante.

— No fue por eso — se defendió Navio —, pero me impresionó mucho. Pienso que mucha gente va en coche sin ninguna precaución.

— Creo que el buen Viggo Larsen, el director y el jefe de policía van a pasar un mal rato leyendo nuestras historias — dijo Puck—. ¿Qué has escrito tú, Alboroto?

Alboroto se rascó el cogote.

— No me ha salido muy bien — dijo —. Pensé mucho, pero lo único que se me ocurrió fue contar lo de aquella vez que me metí con mi bicicleta entre un rebaño de vacas. Creo que haré el ridículo con esa redacción, pero era lo único extraordinario que yo he visto en el tráfico.

— Mejor dicho —corrigió Karen sonriente—, fue algo que no viste, porque si hubieras notado la presencia de las vacas no hubieras chocado contra ellas.

— ¡Sopla! —exclamó el muchacho—. No pensé en ello. ¿Crees que me descalificarán?

— No sólo eso —dijo Puck burlona—; seguramente te pondrán una multa. Piensa que el jefe de policía en persona va a leer las redacciones. Si no puedes pagar, irás a la cárcel, y no te veremos durante unas semanas.

— Si no te importa — sonrió Alboroto —, les pediré que me dejen cumplir la condena durante mis vacaciones. Además, siempre puedo decir que fue pura invención mía.

— No creo que vaya a serte fácil —opinó Navio con fingida seriedad—. ¿Y tú qué has escrito, Pim?

— Nada importante —contestó ésta evasiva.

— ¿Por qué no quieres decírnoslo? —preguntó Karen—. ¿No lo entregaste quizá?

— Claro que sí, pero...

Todos sabían por qué ella no quería contarle. Desde el incidente con Karen, Pim se había mantenido a distancia de las otras. Por fin, Puck y Merete habían logrado que Pim volviese al grupo. Sin embargo, la muchacha estaba tímida y ausente.

— Cuéntanos lo que has escrito, mujer.

— Nada de particular — dijo Pim —. Algo sobre un coche...

No dijo más, y Karen estuvo a punto de decir: «Seguro que no has entregado ninguna redacción...». Pero Puck, como si lo hubiera presentido, le lanzó una mirada que la hizo callar.

* * *

Cuando, a una hora avanzada de la tarde, Viggo Larsen regresó a Oesterby con la pila de cuadernos, se encontró con que había gran confusión en el hotel.



El dueño estaba en el bar, hablando con un huésped muy enfadado, y al lado de él una señora se retorció las manos con gran nerviosismo.

— No lo comprendo —decía el dueño del hotel—. No pueden haber sido robados aquí.

— ¡Pues aquí ha sido! ¡Esa es la verdad! —dijo la mujer.

— ¿Está usted completamente segura de haberlos traído aquí, señora? Usted ha llegado esta misma tarde. ¿Ha tenido tiempo

siquiera de deshacer las maletas?

— Oiga usted — dijo el hombre —. ¿Cree que nos hubiéramos quejado si no estuviésemos seguros? Cuando vinimos esta tarde, el mozo puso nuestro equipaje en la habitación y luego nos fuimos a dar un paseo. Volvimos hace un rato para deshacer las maletas y vimos que habían sido revueltas.

— ¿Está usted seguro? —repitió el dueño con gesto desolado—. Comprenderá que es horrible... Una horrible acusación contra mi hotel. Somos gente honrada.

— Ya lo supongo — dijo el caballero —, pero nos han robado. Y eso ha ocurrido en su hotel. Por lo tanto, le ruego que haga algo al respecto. Si usted no logra encontrar las joyas, tendrá que llamar a la policía.

Viggo Larsen había escuchado la conversación. Aquello sonaba muy emocionante... e inquietante.

— Quiere volver a explicarme todo lo ocurrido —dijo el dueño del hotel—. Sentiría mucho ver mezclada a la policía. Sería muy mala propaganda para mi hotel. Si pudiéramos encontrar las joyas...

— Usted mismo — dijo el hombre fastidiado —. Si las encuentra, me daré por satisfecho. Como le decía antes, cuando volvimos de nuestro paseo y nos pusimos a deshacer las maletas, nos dimos cuenta que el joyero de mi mujer había desaparecido.

— Me acuerdo de haberlo metido en mi maleta — dijo la señora con seguridad —. Fue lo último que hice antes de cerrarla. No quería dejar mis joyas en casa, no habiendo quedado nadie en ella.

— ¿Hay alguna posibilidad de comprobar esto? Perdone usted, señora, pero comprenderá la seriedad de su acusación.

— Naturalmente — dijo la mujer —. Comprendo su situación; pero, por otro lado, mis joyas son muy valiosas.

— ¿No podríamos llamar por teléfono?

— Voy a intentarlo, pero nuestra sirvienta ha debido de salir ya. Iba a pasar un par de días con su hermana.

El caballero marcó el número y esperó un rato.

— No contesta nadie.

— ¿No tiene usted el número del teléfono de la hermana de su criada?

— No... No creo...

— Sí — dijo la mujer —; yo lo tengo en alguna parte. Lo mejor

será comprobar que traje mis joyas. Estoy segura de ello, pero así no habrá lugar a dudas.

— Le prometo hacer lo posible por aclarar todo esto —dijo el dueño del hotel—, pero me gustaría estar seguro de que ha sido un robo y no un olvido..., antes de avisar a la policía.

En su habitación, Viggo Larsen se sentó ante su mesa de trabajo. Suspiró hondo al contemplar la pila de cuadernos, pero no tenía otro remedio que empezar a trabajar.

Abrió el primer cuaderno y empezó a leer. Frunció la nariz; estaba lleno de faltas de ortografía. Trabajó durante un buen rato, sin que su quehacer lograra interesarle.

Había redacciones buenas; no obstante, había algo en aquellas historias que le aburría. Los niños no eran buenos escritores. De pronto se sobresaltó. Estuvo durante un buen rato contemplando el cuaderno que tenía ante sí. Luego se reclinó en el respaldo de la silla y se puso a contemplar el techo mientras fumaba con gestos nerviosos.

Al final se levantó para caminar un poco por la habitación. Se dijo a sí mismo que necesitaba una copa y se fue al bar.

Allí encontró al dueño en una de las mesas, con sus libros de cuentas, el cual levantó la vista al entrar el joven profesor y le saludó:

— Buenas tardes. ¿Mucho trabajo, señor Larsen? .

— Mucho. Usted también, según veo — contestó Viggo Larsen —. ¿Me da una cerveza, por favor?

— En seguida — dijo el hombre y se metió tras la barra, añadiendo—: Yo también necesito una.

Viggo Larsen llenó su vaso y se quedó pensativo. El dueño siguió con sus papeles y, de pronto, dijo:



—Vaya lío el de antes.

— ¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?

— Hablo del caballero que estaba conmigo antes.

— ¡Ah, ya! Comprendo. — Viggo Larsen quedó de nuevo absorto en sus pensamientos.

— Es de Copenhague — continuó el dueño del hotel —. Se llama Smith. Es un hombre importante. Alguien le recomendó este hotel y pensaba pasar un par de días aquí con su mujer. Y la historia de las joyas lo ha estropeado todo.

— ¿La historia de qué? —preguntó el profesor que no había prestado atención.

— Las joyas — dijo el dueño —. Insisten en que las joyas de la señora han sido robadas. Usted mismo lo oyó. Es un asunto muy delicado. Espero que se hayan equivocado los señores.

— ¿Quiénes se han equivocado?

El dueño miró extrañado al joven profesor. Éste estaba muy absorto en sus propios pensamientos. Debía de tener mucho trabajo.

— Sólo quiero decir — insistió —, que si resulta verdad que las joyas han sido robadas aquí, aunque me resisto a creerlo, no podremos evitar la intervención de la policía y todo eso. Es muy lamentable, incluso para los empleados. Tengo buena gente a mi servicio, y confío en ellos. Sigo creyendo que la señora Smith olvidó sus joyas en casa.

— Sí — contestó Larsen, distraído —, seguramente.

— El caballero me prometió volver a llamar por teléfono esta noche a su criada, antes de seguir con el asunto. Es muy amable por su parte, pero también es verdad que la señora no está totalmente segura de haber puesto sus joyas en la maleta. El director Smith y su esposa han ido a Sundkoebing a hacer una visita.

— Sí — contestó Larsen distraído —, yo también lo haría si fuera él.

— ¿Quién?

Larsen hizo un esfuerzo para aparentar que seguía la conversación:

—Del que está usted hablando.

—Ya, quiere usted decir el director Smith. Bueno, yo estaba hablando de los dos esposos. No sé qué hacer. Dejaron el número de teléfono de la criada, pero nadie contesta. Tengo la esperanza de que vuelvan tarde. ¿Cena usted aquí?

—Sí, sí...

Larsen terminó su cerveza y saludó con un gesto de cabeza al dueño del hotel, pero estaba ausente. Luego subió la escalera.

El dueño le vio marchar. Se rascó el cogote y murmuró:

—Parece muy ocupado. Seguramente esos muchachos del pensionado de Egeborg le dan mucho trabajo.

* * *

—...Y luego tenemos a Pim —dijo el director Frank—. De vez en cuando nos causa dificultades. Es hija de un artista y ha tenido una vida agitada y bohemia. Tiene miedo, y a veces cuando los niños tienen miedo hacen cosas que niños más seguros de sí mismos no harían jamás.

Hace poco tuvimos un problema con ella; nos mintió respecto a una redacción inglesa que afirmaba haber entregado. Ocurrió un par de días antes de llegar usted. Todo se arregló porque no quise causarle un disgusto. El profesor estaba algo enfadado. Logré que Pim dijese la verdad, sin herir su orgullo. Creo que salió de aquí con la convicción de que puede decir siempre la verdad sin miedo. Tarde o temprano la verdad siempre triunfa, y mi teoría es que lo mejor es dar a los niños la sensación de que su falta no se aminora mintiendo.

Viggo Larsen miró al director con curiosidad.

—¿Eso quiere decir que la muchacha puede mentir si le conviene?

El director se encogió de hombros.

—No puedo saber nada de su vida interior —dijo—. Pero me inclino a creer en ella, aunque puedo estar equivocado.

—¿Y no le decepcionan nunca las personas en quienes cree? —preguntó el joven con una sonrisa escéptica.

El director Frank se quitó la pipa de la boca.

—Pues no —dijo—, porque no espero más de lo que me pueden dar.

—Me parece que subestima usted a sus alumnos.

—No lo crea; todo lo contrario —declaró el director—. Los aprecio mucho. Pero el caso es que, si uno conoce a las personas y las comprende, no es difícil perdonarlas. Recuerde usted que los maestros somos los primeros responsables.



— Los niños deben ser niños. Pero, ¿por qué me lo pregunta? ¿Ha ocurrido algo que le haga dudar de Pim?

Larsen no contestó en seguida. Se encogió de hombros, inhaló el humo de su cigarrillo y luego lo apagó en el cenicero. Mirando fijamente la mesa, dijo:

— Acabo de repasar todos los ejercicios y, según la lista de alumnos, Pim es la única que no ha entregado su redacción.

— ¿Cómo? —exclamó el señor Frank—. Es muy extraño.

— Pues así es.

— ¿Está usted completamente seguro?

— Sí, totalmente. Iba a preguntarle si podemos darle otro plazo o...

— No podemos hacer eso —dijo el director—. Se trata de un concurso y no es posible violar el reglamento, tenemos que cumplir las reglas por respeto a los demás alumnos. Si Pim no ha entregado su redacción, queda descalificada. Sin embargo, debe entregarla de todos modos. No me gusta esto... Perdona usted que repita la pregunta: ¿Está completamente seguro?

— Claro que sí —dijo, contrariado, el joven—. No iba a venir aquí si no estuviera seguro. El buzón fue vaciado a las doce y media, y el hecho es que la redacción de Pim no se encuentra entre los ejercicios depositados en él.

El director Frank frunció las cejas.

— No lo comprendo —dijo—. Hay algo muy extraño en todo este asunto.



Era evidente que al joven profesor Viggo Larsen no le gustaba el trabajo que le habían encomendado. Durante la clase siguiente trató la cuestión como sin darle importancia.

— ¿Por qué no has entregado tu redacción? —dijo dirigiéndose a Pim.

Todos los ojos se volvieron hacia la muchacha y ésta se ruborizó hasta la raíz de sus cabellos.

— Sí que la entregué — dijo en un susurro.

— No es verdad — dijo el profesor Larsen, irritado —. He revisado todos los ejercicios y el tuyo no está.

— Pero... eso es imposible. Lo escribí y lo puse en el buzón del vestíbulo.

Pero ella misma se dio cuenta de que sus palabras carecían de convicción. Estaba segura de que ni uno solo de sus compañeros la creía. Sentía sus miradas sobre ella. Se dio cuenta de que todos la observaban con sospecha, duda y escepticismo.

— ¡Le digo la verdad! — exclamó levantándose de improviso, y salió corriendo de la clase.

Esto era lo único que no debía haber hecho. Debía haberse mantenido firme. Debía haberse quedado en su sitio, y lo sabía; pero no lo comprendió hasta que la puerta se cerró a sus espaldas.

En la clase, Viggo Larsen se quedó mirando la puerta cerrada. No sabía qué decir ni qué hacer y se encogió de hombros.

— Seguiremos con la lección. ¿Dónde estábamos?

Pero nadie prestaba atención. Todos pensaban en lo ocurrido. Karen se inclinó hacia Puck y murmuró:

— ¿Ves como yo tenía razón?

Y Puck no supo qué contestar. También ella tenía sus dudas. No lograba comprender la actitud de Pim. Hubiera preferido creer que su amiga decía la verdad; pero se sintió confusa al recordar que cuando habían hablado de las redacciones, Pim fue la única que no había querido o no había podido hablar del contenido de la suya. ¿Significaba aquello que no la había escrito? ¿Por qué?

— ¿Ves lo que te dije? —insistió Karen.

Puck se encogió de hombros y murmuró algo ininteligible para evitar responder. No le gustaba ser desconfiada, pero sentía que la sospecha nacía en ella. Por fortuna, entonces sonó el timbre que indicaba el fin de la clase, y todos salieron a la explanada. Sólo hablaban de lo ocurrido.

—¿Os habéis enterado? Pim no entregó la redacción del concurso.

La única que no hizo comentarios fue Navio. Tenía bastante con buscar a Pim. Karen estaba rodeada de compañeros curiosos de otros cursos, que querían enterarse, y ella se sentía feliz por ser centro de atracción.

Entre tanto, Navio corría de un lado para otro buscando a su amiga, pero Pim no apareció por ningún lado. Cuando sonó de nuevo el timbre, Navio regresó desanimada al aula. Unos minutos más tarde llegó Pim. Se disculpó por llegar tarde y se sentó en su mesa. Durante el resto de la clase permaneció callada y ensimismada. Miraba fijamente su mesa con ojos llenos de tristeza y desolación.

Navio la observaba a hurtadillas y, al terminar la clase, se acercó a ella y la tomó del brazo.

— Vamos, mujer —dijo en un intento de que su voz sonase despreocupada—. Anímate. Yo estoy segura de que escribiste la redacción.

Pim se liberó con un gesto casi violento y se volvió hacia ella.

— ¿Cómo lo sabes? — dijo, y miró a su amiga con tanta desesperación que el corazón de Navio pareció encogerse.

— Lo sé. Eso es todo.

— Pero tú no viste mi cuaderno ni me viste pasar la redacción

en limpio. No me viste meterla en el buzón tampoco. Nadie lo vio. Estaba sola en el vestíbulo en aquel momento.

— Karen por lo menos te vio con tu ejercicio en el aula — insistió Navio—. Hemos oído hablar de ello.

— Sí, pero ¿quién puede asegurar que lo terminé, eh?

— Yo lo digo — dijo Navio, aunque también ella empezaba a desconfiar; pero se sobrepuso.

El carácter de Navio era muy especial. Era testaruda y no muy lógica, y cuando se empeñaba en algo se aferraba a su idea como una sanguijuela.

— Después de la próxima clase tenemos que hablar de todo esto en la habitación —dijo—. No te vayas a ningún lado. Debes ir con la cabeza bien alta y al grano. Y recuerda, Pim; yo estaré a tu lado.

— ¿Hablas en serio? —preguntó Pim incrédula—. ¿De veras crees en mí?

— Naturalmente —dijo Navio—. Sé que eres una chica honrada. ¿Por qué ibas a decir lo de la redacción si no fuera verdad?

— Karen no piensa lo mismo que tú...

— ¿Y qué? No me importa lo que otras personas piensen. Tengo mis propias opiniones. No te olvides de venir. Hay que llegar al fondo de este asunto.

A Pim le costó mucho subir la escalera y entrar en la habitación del «Trébol de Cuatro Hojas». No obstante, fue. Se quedó un largo rato ante la puerta escuchando las voces de las muchachas en el interior. No podía oír lo que decían. Todas hablaban al mismo tiempo.

Por el tono de sus voces comprendió que hablaban de ella. Al abrir la puerta se callaron. Navio miraba las punteras de sus zapatos.

— Entra y siéntate — murmuró —. Estás entre amigas.

Sin embargo, Pim no tenía esa impresión. El ambiente del «Trébol de Cuatro Hojas» era de mal agüero y bastante frío. Cuando se sentó hubo una pausa, luego Meréte dijo en voz tranquila:

— Escribiste la redacción, ¿verdad, Pim?

La chiquilla asintió.

— ¿Estás segura? —cortó la voz aguda de Karen—. ¿Estás completamente segura de ello?

— Claro, estaba trabajando en ella aquel día que te encontré en

el aula... —empezó Pim.

—Eso no se sabe — cortó Karen.

— No digas eso. Además, sabemos que Pim compró un folleto del «Código de la Circulación» —intervino Puck con acritud.

Y al decirlo miró fijamente a Karen, como recriminándole por no haberse disculpado con Pim aquel día.

— Estamos convencidas de que has escrito la redacción —siguió Puck—, pero ¿estás segura de haberla metido en el buzón del vestíbulo antes de terminar el plazo?

— Sí — contestó Pim con firmeza.

— ¿Segura del todo?

Pim asintió y Navio se levantó.

— Asunto concluido —dijo—. No estamos aquí para interrogar a una amiga, supongo.

— Sólo queda una cosa —dijo Karen—, y es que ahora tendremos jaleo de nuevo. Sería mucho mejor que Pim nos dijese la verdad.

— ¿Por qué iba a hacerlo? — estalló Pim —. ¿Por qué he de contarte nada a ti? ¿Para qué quieres saberlo? ¿Para ayudarme? No, nada de eso. Por alguna extraña razón, estás enfadada conmigo. No comprendo tus motivos, aunque me da igual. Quiero marcharme de este colegio, prefiero volver otra vez a...

Se calló. Y Puck comprendió por qué se sabía interrumpido. Pim, desde luego, no deseaba volver con su madrastra.

— Nadie ha hablado de que debas dejar el colegio —la tranquilizó Merete—, pero el señor Larsen dice que no entregaste tu redacción. No es ningún crimen. Es una falta, de acuerdo, pero no es ningún crimen. Sólo se trata de que nosotras no...

Se calló y Pim dijo con amargura:

— Que vosotras no sabéis si digo la verdad o si miento. ¿Era eso lo que quería decir?

Merete no contestó. Se limitó a mirar la alfombra. Pim se levantó.

—Creo que esto es todo —dijo. Todas me miráis con desconfianza. Todo el mundo sospecha de mí. Es verdad que mentí en la clase de inglés por miedo, pero yo no suelo mentir. No me gusta la mentira.

—Todas podemos mentir en caso de miedo — dijo Puck,

tranquila.

—Lo sé. Pero ahora no tengo miedo. Y no quiero seguir teniéndolo. Llega un momento en que una se vuelve obstinada, y entonces una lo manda todo a paseo...; a vosotras incluso.

Dio media vuelta y salió. Al cerrar la puerta oyó la voz de Karen.

—Lo que yo os dije. Tiene remordimientos.

Sintió ganas de volver a entrar y decirle cuatro frescas, pero ¿qué podía decir? Bajó corriendo las escaleras y cruzó el vestíbulo. Antes de que llegara a la salida, la puerta del despacho del director se abrió y éste dijo:

—Quisiera hablar un momento contigo, Pim.

La muchacha dio media vuelta y miró atemorizada al señor Frank. Comprendió lo que le esperaba: un nuevo interrogatorio, nuevas sospechas. Era demasiado para ella.

Sin hacer caso al director, se dirigió corriendo hacia la puerta, la abrió y salió disparada en dirección al lago.

El director Frank hizo un movimiento como para seguirla, pero se detuvo al oír que alguien bajaba las escaleras con pasos rápidos. Era Navio.

—¿A dónde se fue Pim?

Salió corriendo —contestó el señor Frank—. A ver si logras alcanzarla.

—¿Quiere usted hablar con ella?

—Sí; pero no en esta situación. Tú puedes calmarla primero, Navio, ¿verdad?

—Seguro — contestó la muchacha y salió tras su amiga.

Pronto vio la cabeza de Pim asomar por encima de los arbustos del sendero que bordeaba el lago. No se atrevió a gritar por miedo a que su amiga intentase huir de nuevo. Se limitó a rodear los matorrales y acercarse lo suficiente para que Pim la reconociese.

—Escucha — empezó jadeante —, ya cometiste todas las equivocaciones posibles. No sé cómo voy a sacarte de este lío. Sólo sé que te quiero ayudar. Tienes toda mi confianza, Pim. Digo la verdad. Creo en ti. Sé que has escrito la redacción, y no comprendo por qué estamos metidas en esta extraña situación, pero yo me mantendré firme. Estaré a tu lado hasta ganar la batalla.

Pim no contestó, pero el tono de Navio le había dado la confianza que necesitaba.

—¿Tú crees? —balbuceó finalmente.

—Claro que sí —dijo Navio—. Todo esto es una tontería y te has portado como una boba. Tienes que dejar de huir. No tengas miedo, como cuando mentiste sobre la redacción inglesa. Di la verdad. Mírales a los ojos y da tu opinión. Nadie puede hacerte daño. Todos estarán a tu lado si tú misma lo estás. ¿Comprendes lo que quiero decirte? Cuéntamelo todo. ¿Qué ocurrió con tu redacción? La escribiste y luego, ¿qué?

—Primero hice el borrador, luego lo puse en limpio.

—¿Lo pusiste en limpio? Entonces... ¡tienes el borrador!

Se oyeron pasos en el sendero, pero el paseante quedaba oculto tras los matorrales.

—¡Tienes el borrador! ¡Todo está arreglado pues! —repitió en voz muy alta, como para darle a entender a Pim la importancia de sus palabras. Quería despertar el espíritu de combate de su amiga para que cobrara ánimos—. Tiene que haber ocurrido algo con tu cuaderno. Quizás el profesor Larsen lo perdió por el camino. Algo debe haber pasado. No lo tenía al llegar al hotel y, naturalmente, creyó de buena fe que tú no la habías escrito. ¿Dónde has dejado el borrador, Pim?

Pim la miró extrañada:



—Sí, claro, el borrador... El borrador...

—No lo tiraste, ¿verdad?

—Creo que lo metí en el cajón de la izquierda, en mi mesa de trabajo. Estuve a punto de tirarlo...

En aquel momento vieron quién era el paseante que habían oído

acercarse. Era Viggo Larsen. Pim se calló. El profesor les saludó al pasar y continuó su camino. Cuando desapareció, Navio dijo:

— Así que tienes el borrador. ¿Lo corregiste mucho al ponerlo en limpio?

— No, casi nada. Me parecía bastante aceptable y lo puse en limpio copiando el borrador sin apenas corregirlo. Luego bajé para depositarlo en el buzón. Iba a tirar el borrador, pero cambié de opinión y lo metí en un cajón de mi mesa. Lo había escrito en un cuaderno donde había anotado algunas cosas que me hacían falta.

— ¿A qué esperamos? —exclamó Navio—. Hemos resuelto el problema. Vamos a buscar el borrador y luego se lo enseñaremos al director Frank. Ésa será la prueba.

— No es ninguna prueba — contestó la muchacha meneando la cabeza—. Sólo demuestra que escribí el borrador, no que luego lo pasara en limpio.

— Estás exagerando y no hay razón para ello. Si convences al director de que has hecho el trabajo, todo estará arreglado. Puedes entregarle el borrador.

— Bueno, pero será demasiado tarde para tomar parte en el concurso. Además, no comprendo por qué hemos de armar tanto alboroto por tan poca cosa.

— Pero, Pim, amiga mía — dijo Navio intentando hacer de hermana mayor—, todo esto sucede por tu primera mentira sobre la redacción inglesa. Si no fuese por eso, todos hubieran creído en la posibilidad de que tu redacción se hubiera extraviado. Así están las cosas. Vamos rápidamente a buscar el borrador.

Las muchachas regresaron al edificio principal. Navio se sentía aliviada y de buen humor. Pronto tendrían la prueba de que Pim había dicho la verdad. Al entrar en el vestíbulo vieron al director hablando con uno de los profesores. Querían pasar inadvertidas y empezaban ya a subir las escaleras cuando se oyó la voz del señor Frank.

—Un momento, muchachas.

No hubo escapatoria. Las muchachas pasaron al despacho, el director se despidió del profesor y se reunió con ellas. Cerró la puerta con movimiento lento y luego se volvió para decirle a Pim:

—El señor Larsen dice que no has entregado la redacción para el concurso.

—Sí — dijo la chiquilla sin convicción, mirando la alfombra.

Navio le dio un codazo y Pim levantó la cabeza. Miró al director e insistió:

—He entregado mi redacción.

A pesar de todo, el hecho de estar cara a cara con el director la confundió tanto que ella misma notó que su voz carecía de firmeza.

—¿Es verdad eso? —dijo el director con cierto tono de duda.

—Sí, señor — aseguró Pim —; escribí el artículo y luego lo eché al buzón.

—Sin embargo, el señor Larsen afirma que tu redacción no está con las otras — dijo el señor Frank con voz tranquila—. ¿Cómo te explicas eso?

—No lo sé — dijo Pim —. Sólo puedo decirle que la escribí y luego... Luego...

Rompió a llorar. Navio se dio cuenta de que debía defender a su amiga.

—Pim tiene el borrador en su habitación — dijo —. Acaba de contármelo. Si ha escrito el borrador, también lo habrá pasado a limpio. ¿Verdad, señor Frank?

—Supongo que sí — dijo —. ¿Tuviste tiempo de ponerlo a limpio?

—Sí, señor.

—Estupendo — dijo el profesor —. Entonces será mejor que los tres vayamos a buscar ese borrador, y asunto concluido. Intentaré que los otros jueces lo admitan, pues debemos creer que la redacción se ha extraviado de alguna forma misteriosa. Vamos.

Subieron las escaleras hasta la habitación de Pim. No había nadie.

—Está en el cajón de la izquierda —dijo Pim.

Cruzó el cuarto y un horrible presentimiento se apoderó de ella sin que pudiera explicarse la razón. Abrió el cajón. Estaba vacío. Desolada se volvió hacia el director y Navio. Vio como la sonrisa desaparecía de la cara del director.

—¡Ha desaparecido! — dijo anonadada —. ¡No está!

—¡Ya! — fue todo el comentario del señor Frank —. Quizá lo encuentres.

Pero al decir «quizá» su voz carecía de convicción. Dio media vuelta abrió la puerta y abandonó la estancia.

Pim miró desolada a Navio.

—ahora tampoco él me cree —dijo.

— Es posible —contestó Navio—, pero yo sigo creyendo en ti.

* * *

Aquella misma tarde, otra persona iba a experimentar la desagradable sensación de que algo suyo había desaparecido: el profesor Viggo Larsen. Tras darse una vuelta por el taller para ver cómo iba la reparación de su coche, regresó al hotel de Oesterby. En el bar encontró al dueño muy disgustado.

—¿Qué le pasa a usted? — preguntó el profesor —. ¿Aún no se ha resuelto el misterio de las joyas desaparecidas?

El dueño del hotel meneó la cabeza.

— No, y ahora tendré que llamar a la policía.

— Así que fueron robadas.

— Por desgracia, sí — asintió el dueño —. Al fin hablé por teléfono con la criada y ella me aseguró que la señora Smith puso el joyero en su maleta.

— Esto es horrible —dijo Viggo Larsen—. ¿Dónde se encuentran ahora los señores Smith?

— Han ido a Sundkoebing para hablar con la policía. Hace un rato vinieron un par de agentes, pero no lograron encontrar nada.

— ¿Quién cree usted que puede ser el ladrón? — sonrió Larsen —. ¿Alguno de sus empleados?

— Hay un mozo nuevo — dijo finalmente —. Pero se declara inocente. Además, la policía no encontró nada en su habitación cuando la registraron.

— Es una tentación muy grande ver un joyero lleno de alhajas.

— Sí, pero, ¿quién lo iba a ver si no tenía intenciones de robar desde el principio? El joyero estaba dentro de una maleta que aún no había sido deshecha. La persona que entró en la habitación debió abrir la maleta y, tras apoderarse del joyero, volvió a cerrarla antes de salir corriendo. No me gusta nada esta historia. Dará mala publicidad a mi hotel.

— Tiene usted toda la razón —dijo Larsen—. ¿Son las joyas lo único que han echado de menos en el hotel?

— Creo que sí.

— ¿Y el nuevo mozo? ¿Dónde está ahora?

— Pues, la policía le interrogó; pero supo contestar muy bien.

Dijo que cuando dejó la maleta en la habitación recibió una propina y bajó al patio, donde estuvo hablando con un hombre que no sabe cómo se llama. Dio una descripción bastante buena de su interlocutor y la policía intenta ahora localizarlo.

— ¿Es esa su única coartada?

— Sí, pero es buena. Si él se encontraba en el patio mientras el señor Smith y su mujer daban su paseo, que por cierto duró muy poco, no puede ser el ladrón de las joyas, ¿no le parece?

— Sí, claro. Además, no se puede sospechar de la gente sin tener pruebas —dijo Larsen, y añadió—. Tengo mucho trabajo esta tarde. ¿Me puede mandar una taza de café a la habitación?

— En seguida, señor. Cenaremos dentro de un par de horas.

Larsen subió las escaleras. Estaba pensativo. Abrió la puerta de su habitación, entró y miró en derredor. Luego empezó a buscar, cada vez más nervioso. Poco después dio media vuelta, bajó corriendo las escaleras y entró de nuevo en el bar. El dueño del hotel levantó la vista.

— Creí que deseaba tomar el café en su habitación. — comentó —. Lo tengo ya preparado. Iba a llamar a una de las sirvientas.

— Ya no importa el café —cortó Larsen—. ¿Sabe usted si alguien ha visto un portafolios pequeño que tenía en mi habitación?

— No sé nada —dijo el dueño—. No se tratará de otro robo, ¿verdad?

— Lamento desilusionarle — contestó Larsen enfadado —, pero el portafolios ha desaparecido.

Lo dejó en mi cuarto y contenía papeles muy valiosos. Es muy importante para mí.

— ¿Me permite que le ayude a buscarlo? —propuso el dueño.

— Encantado — contestó Larsen —; sin embargo, creo que será inútil.

En efecto, el portafolios había desaparecido. Buscaron por toda la habitación sin encontrar ni rastro.

— ¿Qué había en su portafolios? —preguntó el dueño del hotel.

— Entre otras cosas, contenía bastante dinero.

— Vaya sitio más tonto para dejar el dinero. Yo no puedo responder de lo que no se deposita en la caja del hotel. Será mejor avisar a la policía.

— No vale la pena — dijo Larsen, rápido —. Ya tienen suficiente

trabajo. Si encuentran al ladrón de las joyas, el portafolios aparecerá también. Claro que podíamos hacer una pequeña investigación.

Hablaron con las criadas en la cocina, pero nadie sabía nada. La muchacha que había limpiado la habitación aquel día se acordaba de haberlo visto, incluso recordaba el sitio exacto donde estaba. Pero negó haberlo tocado.

— Hablaremos con el mozo —propuso el joven profesor.

Lo buscaron, pero el mozo no aparecía. Recorrieron todo el hotel, el garaje y el patio; fueron a su habitación y luego preguntaron por él, pero sin resultado. Diríase que había desaparecido sin dejar rastro, como si se lo hubiese tragado la tierra.

— Seguro que fue él — dijo Larsen —. Ya no queda la menor duda. Robó el portafolios y las joyas. ¿Dónde se habrá escondido?

— Llamaré a la policía —decidió el dueño del hotel.

— No lo haga —dijo el profesor casi gritando—. Voy a ver si logro encontrar a ese golfo. Tengo una idea. Espere un poco.

Y acto seguido salió corriendo. El dueño del hotel meneó la cabeza:

— ¡Qué tipo tan extraño! — murmuró —. Pero le daré una oportunidad. Será mejor atrapar al ladrón antes de denunciar otro robo a la policía. Dos robos en un día serían demasiado para la buena fama de mi hotel.

* * *

¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Pim desesperada—. El director estará convencido de que miento. De pronto me siento como un criminal. ¡Y soy inocente!

— No necesitas convencerme a mí —dijo Navio irritada—. Estoy pensando en cómo ayudarte; no en si te lo mereces o no. Sé que me has contado la verdad, aunque no logro explicarme lo ocurrido. Primero desaparece la redacción y luego el borrador. ¿Cómo puede alguien...?

De pronto pareció encontrar la solución y miró fijamente a Pim:

— Quédate aquí — dijo —. No te muevas de tu habitación. No contestes, a las preguntas de nadie ni digas que me he ido. Bueno; si preguntan por mí di que he ido a dar una vuelta en bicicleta y no sabes adonde.

— ¿Adonde vas? —preguntó Pim.

— Si te lo cuento no podrás decir sin mentir que no lo sabes, ¿verdad? —dijo Navio con alegre sonrisa—. ¡Hasta luego! Tu vieja tía tiene una brillante idea. Creo que he adivinado lo que ha pasado aquí.

Bajó las escaleras saltando y corrió al sótano a buscar su bicicleta. Poco después estaba en camino hacia Oesterby.

Un extraño presentimiento se había apoderado de ella, un presentimiento descabellado. No lograba encontrar razón alguna para pensar como pensaba; pero era más terca que una mula y estaba decidida a actuar, y pronto.

Sin embargo, después de haber pedaleado más de un kilómetro, disminuyó la velocidad. Actuar sí, pero, ¿cómo? No sabía por dónde empezar. Sólo le guiaba una idea, a veces clara y otras confusa, sin apenas explicación lógica.

Este hecho no cambiaba, sin embargo, su convicción. Navio tenía ganas de luchar incluso contra molinos de viento. Se sentía como un guerrero valiente dispuesto a enfrentarse con un gigante.

No podía abandonar a Pim a su suerte. Comprendía perfectamente la desesperada situación de su amiga. La redacción había desaparecido y el borrador también. Quedaba sólo la palabra de Pim que nadie creía, excepto la propia Navio.

Al llegar a Oesterby fue directamente al hotel. Quería hablar con Viggo Larsen. Tenía varias preguntas que hacerle. Empezaría..., pidiéndole un consejo, por ejemplo. Sí, quizá sería ésa la mejor manera de proceder. No sería buena táctica llegar corriendo y soltar todo lo que una sabía o, mejor dicho, no sabía. En tal caso, una se convertiría en una marioneta a merced del enemigo. Había que hacerse el sabio y al mismo tiempo el inocente; escuchar, pensar y sumar dos y dos, sin cometer ninguna torpeza.

Navio dejó la bicicleta fuera del hotel y entró. El dueño se encontraba en el vestíbulo. La miró sorprendido.



—¿Buscas a alguien, hijita? —preguntó.

—Quisiera hablar con el señor Viggo Larsen, el profesor.

—Pues no está aquí. Ha salido.

—¿Sabe dónde puedo encontrarle? ¿Cuándo regresará?

—Poco a poco, chiquita. Las preguntas, de una en una. Aun así no podré contestarte — dijo el dueño del hotel, sonriendo—. Se marchó. Era muy importante, según dijo. Así que no puedo decirte cuándo regresará. ¿No podías dar una vuelta y volver más tarde?

Navio aceptó y salió a la calle. Anduvo un rato pensando en cómo matar el tiempo. Era inútil tratar de resolver el problema con teorías. Había llegado a un callejón sin salida. Se puso a mirar escaparates y entró en la pastelería a comprar regaliz. Cuando, poco después, continuó su paseo por las calles de Oesterby, oyó una alegre voz a sus espaldas.

—De paseo, ¿eh?

Navio dio media vuelta y se encontró cara a cara con su amiga, la aprendiz de mecánico Jytte Joergensen, a quien llamaban «Vespa», que la contemplaba sonriente.

—¿Has venido a gastar tu capital? —continuó.

—Pues... —contestó Navio devolviéndole la sonrisa—. Algo así... ¿Ha ocurrido algo divertido por aquí durante mi ausencia?

—Yo diría que algo muy triste — contestó la aprendiz de mecánico.

—¿A qué te refieres?

—Acaban de robar un coche de nuestro taller.

—¿Un coche? ¿Qué clase de coche?

—Un sueño sobre ruedas. Lo teníamos para hacer una revisión general y pintarlo. Ya habíamos empezado con la pintura. Durante los últimos días estuve arreglando uno de los guardabarros abollado y me había quedado como nuevo — comentó Vespa con orgullo

profesional.

—¿Quién pudo robarlo?

—No lo sé, preciosa; pero ha volado. El jefe y el otro empleado habían salido a probar un coche. Entonces llamaron por teléfono para que fuéramos a buscar una moto al otro extremo del pueblo, y fui yo. Cuando regresé, el automóvil ya no estaba.

— ¿Cuándo ocurrió eso?

— Hace poco. El jefe ha ido a avisar a la policía. Entra; te enseñaré lo que queda de ese «sueño» con motor.

Entraron en el taller y la muchacha señaló con el dedo el guardabarros ya desabollado que esperaba una buena mano de pintura.

— Un automóvil verde —hizo constar Navio.

— Sí, era un «MG» verde, descapotable; pero lo hemos pintado de rojo. Todos estos coches deportivos tienen que ser rojos hoy en día. Está de moda ese color. Sólo faltaba pintar este guardabarros. Era urgente terminarlo pronto. Pero tuvimos que hacer otras reparaciones y por eso me atrasé un poco desabollando la plancha. Y ahora ha desaparecido el coche.

— ¿A quién pertenece? —preguntó Navio.

— A vuestro nuevo profesor, ese Viggo Larsen.

— ¡No me digas! —exclamó Navio y de pronto se sobresaltó—. ¿Así que pertenece a Viggo Larsen?

— Sí — contestó Vespa —. ¿Qué tiene eso de extraño?

— No, claro, nada. No hay nada extraño en ello. Sólo que no sabía que él tuviese un coche así. Sabía que su automóvil estaba en un taller, sin embargo no pensé nunca en cómo podía ser.

— Es un cacharro de primera. Fue una torpeza por parte del jefe dejar puesta la llave de contacto, aunque íbamos a probar el motor. Todo estaba ya listo, sólo faltaba pintar y colocar el guardabarros.

— Bien — dijo Navio —. Debo regresar. Quiero hablar con una persona en el hotel.

— ¡Adiós, guapa! Vuelve pronto. Hace mucho que no os veo a las del pensionado.

—Lo haré — prometió Navio, sonriente.

Volvió al hotel, pero Viggo Larsen aún no había regresado. Al salir se encontró con Alboroto y Cavadore, que habían comprado en la pastelería una bolsa de dulces.

— ¡Hola, Navio! —saludó Alboroto—. ¿Qué haces aquí? ¿Te has instalado en el hotel?

— Casi, casi — sonrió Navio sin alegría —. Iba en busca de alguien, pero ha salido. ¿Adonde vais?

— Al pensionado. Es casi la hora de estudio. Si no nos damos prisa, vamos a llegar tarde.

De pronto, Navio tuvo una inspiración.

— Quizá vosotros podríais ayudarme — dijo —. Si os cuento el motivo de mi visita al hotel, ¿me prometéis callar e incluso echarme una mano?

— ¿Te hemos abandonado alguna vez a tu suerte? — preguntó Cavadó.

— Nunca — admitió Navio —. Por eso confío en vosotros.

No obstante, casi en el acto se arrepintió de su idea. Pensó que no estaría bien explicarles una teoría sin pies ni cabeza, y para despistarles contó el robo del auto de Viggo Larsen. Tanto Alboroto como Cavadó la escuchaban asombrados.

— No sabía que él tuviera un trasto tan elegante —dijo Alboroto—, pero como ha sido guitarrista de una orquesta de «jazz»...

En aquel instante vieron a Viggo Larsen llegar en bicicleta a toda velocidad. Los reconoció y les saludó. Cuando iba a entrar en el hotel, Navio se acercó a él.

— He venido a hablar con usted, señor Larsen.

— No tengo tiempo ahora para charlas. Estoy muy ocupado.

— Sólo quería...

— ¿No me has oído?

El profesor entró corriendo en el hotel, pero Navio no se acobardó. Entró tras él y le alcanzó en el bar.



—Señor Larsen — dijo tajante —, es muy importante. Le ruego que me escuche.

—Ya te dije que no tengo tiempo —contestó furioso el profesor—. Han robado en mi habitación, y estoy intentando dar con el ladrón.

—¿Será el mismo que robó su coche? —preguntó Navio.

—¿Mi coche? ¿También han robado mi coche?

—Sí —asintió la muchacha—, acabo de enterarme. Se lo llevaron del taller.

Larsen se había quedado petrificado.

—Entonces no hay nada que hacer. El ladrón estará ya muy lejos con portafolios, joyero y todo —dijo con desaliento.

Navio vio que se había puesto pálido como un muerto. El profesor se fue hacia la puerta y Navio siguió tras él. Salieron a la calle. Alboroto y Cavador estaban aún allí, con cara de bobos.

—¿Habéis visto un «MG» verde..., quiero decir, rojo? —preguntó Larsen.

Alboroto y Cavador asintieron.

—Sí — dijo Alboroto —. Al venir hacia Oesterby lo vimos. Iba hacia el pensionado.

—¿De veras? Así quizá tengamos oportunidad de atrapar al ladrón.

—¿Es ése el auto robado? —preguntó Cavador.

—Naturalmente —dijo Larsen, irritado—. ¿Me ayudáis a buscarlo?

—Lo haríamos; pero debemos regresar. Es la hora de estudio.

—Os doy la tarde libre. Ya lo arreglaré con el director.

Los cuatro montaron en sus bicicletas y salieron de Oesterby. Larsen iba muy aprisa. Los chicos le seguían bastante bien, pero para Navio aquel ritmo de marcha era algo difícil de mantener.

Al llegar cerca del pensionado se detuvieron.

—Debe de estar ya lejos — dijo Larsen.

— O quizá se haya escondido en el bosque por aquí cerca — apuntó Alboroto —. Hay buenos escondites en estos contornos. Quizá ni se atreva a seguir conduciendo el coche. Sería fácil localizarle en la carretera. El robo ha sido denunciado a la policía y la matrícula deben de tenerla todos los coches-patrullas. ¿Intentamos buscar en el bosque?

El profesor parecía haber perdido los ánimos por completo.

— Será inútil — dijo —. No hay nada que hacer.

— Podemos intentarlo de todos modos — insistió Alboroto.

— Si os empeñáis; pero es inútil...

Alboroto y Cavador montaron en sus bicicletas.

— ¡Hasta luego! — gritó Cavador—. Haremos lo que podamos, señor Larsen.

Y marcharon en dirección a la casa del guarda forestal. Viggo Larsen les vio desaparecer mientras hacía un gesto extraño. Navio le miraba llena de asombro y pensó en sus ideas.



Era evidente que Viggo Larsen había perdido toda esperanza. Llegaban a la entrada del pensionado y aún miraba en dirección a donde habían desaparecido Alboroto y Cavador. Al final se volvió hacia Navio.

— ¿No te vas a estudiar? —preguntó, y el tono de su voz era frío y desesperanzado.

— Será lo mejor — dijo Navio —. ¿Viene usted también al colegio?

— No. He de regresar a Oesterby. Quizá la policía me necesite... —se interrumpió un momento, como dudando, y decidió al fin—: En realidad, no creo que me necesiten. Entraré un momento a buscar unos libros a la biblioteca.

A Navio le sorprendió tan repentino cambio; pero no le dio importancia. Pensó que debía de estar nervioso por los robos. Juntos se dirigieron hacia el edificio principal.

Navio seguía pensando en las ideas que la habían impulsado a lanzarse de cabeza en aquella investigación que sólo tenía un defecto: no tener ni pies ni cabeza. En el vestíbulo se separaron y Navio empezó a subir las escaleras. En aquel instante la llamaron. Era el director. La miraba con cara muy seria.

— Quisiera hablar contigo, si tienes tiempo — dijo y había cierta inquietud en la expresión de su cara y en su voz.

— Naturalmente — dijo Navio.

Al entrar en el despacho del señor Frank, éste le indicó que se sentara y esperó un buen rato antes de hablar. Como siempre que una cuestión era delicada, empezó a llenar su pipa con lentitud y cuidado.

Entre tanto Navio se retorció las manos. Cuando él encendió la pipa, empezó a caminar de un lado a otro. Al final se sentó tras su escritorio exhalando enormes nubes de humo mientras contemplaba por la ventana los árboles del jardín. Sin mirarla directamente, empezó:

— Estoy preocupado por Pim. Según tengo entendido, tú eres la única que se ha puesto de su parte.

¡Ella sola! ¿Cómo lograba el director saberlo todo? ¿Había hablado con las otras, o se trataba de su conocido sexto sentido? Al parecer, sabía perfectamente que, a excepción de ella, Pim no contaba con ningún aliado de verdad.

No contestó a las palabras del director. ¿Qué iba a decir? Seguramente quería hablarle de más cosas. Mientras no le preguntara, pensó que lo mejor sería callarse,

— Me gusta ir directamente al grano — continuó el director

Frank—. Tengo confianza en ti, como en muchos de tus compañeros, y comprenderás que no estoy preocupado por el hecho de que la redacción de tu amiga no fuera entregada, sino simplemente...

Hizo una pausa, y por primera vez miró a Navio a los ojos.

—... Simplemente porque Pim está triste —añadió con una breve sonrisa—. Me gusta que reine el orden y la tranquilidad en este colegio, pero es mucho más importante aún la felicidad y la alegría. Pim parece encontrarse bien aquí, pero tiene dificultades. Es tan fácil salirse del camino marcado... En realidad no sé por qué deseaba hablar contigo, quizá porque quería pedirte que vosotras, sus mejores amigas no la abandonéis...

Navio no pudo callar por más tiempo.

— Yo no la he abandonado —dijo—, sino todo lo contrario. He tenido fe en ella todo el tiempo, y la sigo teniendo.

— Es verdad, y es una de las razones por las cuales quería verte; aunque quizá sea difícil para nosotros hablar de este asunto. Tengo la impresión de que no todos tus compañeros piensan igual que tú; pero al mismo tiempo me doy cuenta de que, el hecho de que tú creas en Pim, puede ser de importancia decisiva justamente ahora.

Navio quería mucho al director, y tenía tanta confianza en él como en su propio padre, por eso no le fue difícil preguntarle:

— Señor director, ¿puedo preguntarle una cosa?

— Di lo que quieras —asintió el señor Frank—. Esta conversación quedará entre nosotros.

— Sólo quería preguntarle..., si usted también cree en ella.

El director no contestó en seguida. Sonrió y dijo al fin:

— En efecto, así es.

— Pim no ha mentido —dijo Navio—. Escribió la redacción. Pero no sé cómo desapareció. Y aún me parece más misteriosa la desaparición del borrador.

—¿Por qué? ¿Insinúas que alguien lo robó?

—Sí; estoy convencida. No puedo probar nada, pero tiene que haber ocurrido así.

—¿Quién podía tener interés en hacerlo?

—No lo sé.

—¿Sospechas de alguien?

Entonces fue Navio quien vaciló al contestar:

—No se debe sospechar de nadie si no se tiene motivo —dijo.

Sin embargo, el director conocía demasiado bien a la muchacha para aceptar aquella contestación.

—Tienes una sospecha, ¿verdad?

Navio se revolvía inquieta, pero no contestó. El señor Frank comprendió que sería inútil intentar sonsacarla y dijo:

—Si sabes con certeza que alguien está enfadado con Pim y puede tratar de causarle dificultades y disgustos, lo mejor será que me lo cuentes. Es tu deber. ¿Está Pim enemistada con alguien? Quiero decir enemistada en serio.

La pregunta abrió nuevas perspectivas a Navio. No había pensado en ello hasta aquel instante. Era cierto que Karen y Pim se miraban con mala cara. Por alguna extraña razón se habían enemistado. No conocía el motivo. Sólo sabía que Karen tenía un genio vivo y hacía cosas de las que luego debía arrepentirse.

¿Sería posible que Karen hubiera hecho desaparecer primero la redacción y luego el borrador para poner en dificultades á Pim? ¡No, ni hablar! Era capaz de llegar al insulto verbal, pero al fin y al cabo, Karen no era mala compañera. A pesar de su genio, Karen era una buena chica.

—No sé nada —mintió Navio—. Naturalmente puede haber algún que otro lío pequeño, pero sin importancia.

—¿Tienes alguna otra teoría? —preguntó el director.

—He pensado en varias cosas; pero nada en concreto que pueda decirle a usted. Le ruego que no me pregunte más.

El señor Frank iba a decir algo, pero cambió de idea. Se levantó, vació su pipa en el cenicero y dijo nervioso:

—Pues entonces no creo que saquemos nada en limpio, Sube a estudiar, pero no digas a nadie que has hablado conmigo.

—Está bien —dijo Navio—. Si me entero de algo se lo comunicaré en seguida.

—Bien, hijita —sonrió el director—. Vete ya.

El tono de su voz era despreocupado, pero Navio sabía que lo fingía. La muchacha se fue a su habitación. Sus compañeras estaban inclinadas sobre los libros. Les saludó con un gesto de cabeza y fue a sentarse a su mesa. Abrió un libro de texto y sacó unas notas con el propósito de estudiar, pero sus pensamientos no estaban en el estudio. La conversación con el director y las cosas ocurridas

anteriormente, bullían en su pequeño cerebro.

* * *

El director había vuelto a sentarse tras su mesa de trabajo. Miraba por la ventana mientras, pensativo, golpeaba su mano con un abrecartas.

De pronto se decidió. Cruzó el vestíbulo y entró en la biblioteca.

—¡Ah, es usted! Estaba buscando la «Historia de Dinamarca», por Fabricius — dijo el profesor Larsen al ver entrar al director.

—Lo encontrará allá, en la «F» —contestó seco el señor Frank—. Según veo, busca usted en la «M».

—Ah, sí; es que buscaba también otro libro —contestó confuso el joven profesor.

Hubo una pequeña pausa que fue rota por el director.

Quisiera hablar con usted; pero el caso es bastante difícil. Se trata de la redacción desaparecida.

— Sí — comentó Viggo Larsen —. Es un asunto muy lamentable. La muchacha insiste en haberla entregado.

— Eso es — dijo Frank con firmeza —. Y yo la creo.

— ¡No me diga! Me sorprende usted.

— No hay motivo — dijo el director tranquilo —. Lo que ocurre es que conozco a la chica. Es muy honrada.

— Tenía entendido —interrumpió con un tono mordaz el profesor— que hace algún tiempo también aseguraba haber entregado una redacción que no había hecho.

— Es verdad, pero ocurrió bajo otras circunstancias. La chica se asustó. Ahora es distinto, y me he prometido a mí mismo aclarar este asunto. Le agradecería su cooperación.

— ¿Qué quiere usted que haga?

— De momento, repasar todo este caso desde el principio al fin. ¿Le molestaría acompañarme a mi despacho? Allí podemos hablar con toda tranquilidad.

Una vez en el despacho, el director cerró la puerta y señaló una silla. Viggo Larsen se sentó en la misma que Navio había abandonado poco antes.

— Comprenda usted — comenzó el director — que en el pensionado de Egeborg hay un ambiente muy especial. Hemos hablado de ello antes, y para mí es muy importante que siga habiéndolo. Cualquier cosa que pueda provocar sospecha o ser

causa de inquietud y crear problemas, debe ser evitada. Mi actitud es muy firme en esto. Por ello, ante el problema de la redacción desaparecida, me inclino a olvidar la redacción misma y únicamente pienso en la muchacha que la escribió.

— Que *no* la escribió —puntualizó Viggo Larsen.

— Está bien, entonces lo diré de otra manera: la muchacha cuya redacción estoy convencido de que fue escrita — se corrigió el director y, de repente, su voz sonó dura y metálica—. Para mí lo primero es evitar las consecuencias que esto puede acarrear a la chiquilla. Ella insiste en haber entregado su trabajo. He hablado con ella. Sé cómo se portan los niños cuando mienten y ella no ha mentido. Depositó su cuaderno con los demás en el buzón del vestíbulo y no hay posibilidad de que alguien lo sacara de allí. Sólo queda una posibilidad: Usted debe haberlo perdido.

— ¡Imposible! — dijo Viggo Larsen enderezándose en la silla—. No puede ser. Puse todos los cuadernos en mi portafolios, y lo dejé en mi habitación hasta que empecé a repasarlos.

Larsen vaciló un instante.

— Déjeme pensar. Creo que bajé a tomar café primero. Debí estar ausente de mi habitación durante un cuarto de hora o así.

— ¿Existe la posibilidad de que alguien, mientras tanto, entrase en su habitación y tomara precisamente ese cuaderno?

— La posibilidad existe —dijo Viggo Larsen rápido—: Aunque no veo la razón, puede ser así.

— Hay otra cosa que debe usted saber —continuó el director—. Pim dijo que había escrito un borrador para su redacción y lo puso en el cajón de su mesa de trabajo, en su habitación. Cuando fuimos a buscarlo ya no estaba. ¿Cómo se puede explicar este hecho?

— Bueno —dijo el profesor encogiéndose de hombros—. Sigo pensando que la única explicación natural de todo es que la chica no escribió nada, si no, ¿cómo explicar que también el borrador desapareciese?

— En principio, parece lógico. Sólo queda el aspecto humano: Estoy convencido de que Pim escribió la redacción y el borrador. Por ello insisto: ¿Quién puede haberse apoderado del borrador?

— ¿Cómo quiere que yo lo sepa? —dijo Viggo Larsen.

Hubo una pausa embarazosa y luego asintió el señor Frank con voz apagada.

—Tiene usted razón. Es difícil saber quién puede haberlo hecho. Creo que esto es todo por hoy, señor Larsen — dijo el director levantándose —. Sin embargo no me doy por vencido. Tarde o temprano descubriré la verdad.

—Espero que así sea — dijo el joven con tono despreocupado.

—No sólo lo espero —terminó el director Frank— Estoy convencido.

* * *

La señorita Holm, la «capitana del corredor» del «Trébol de Cuatro Hojas» abrió la puerta y dijo con voz preocupada:

—Escuchad, niñas. ¿Alguna de vosotras sabe dónde está Pim?

Navio se sobresaltó. ¿Qué ocurría?

—No —oyó que decía la voz de Merete—. No ha estado aquí.

—Tampoco está en su cuarto — dijo la señorita Holm —. Ninguna de sus compañeras la ha visto. ¿Ha hablado alguien con ella recientemente?

—Yo sí —contestó Puck—. Esta tarde.

—¿Cómo estaba? ¿Estaba normal?

La señorita Holm parecía intranquila. Puck eludió la pregunta.

—Creo que estaba como siempre —dijo—. Quizás algo triste por lo de la redacción.

—¿Hablaste con ella?

—Sí, un poco.

—¿Te pareció tan nerviosa que pudiera... que pudiera intentar hacer algo? —Y sin esperar respuesta prosiguió—: Creo que voy a hablar con el señor Frank. Será lo mejor.

—¿Quiere usted que intentemos buscarla primero? —insistió Puck rápida—. Yo hablé con ella, y estaba algo nerviosa. Es posible que haya salido a dar un paseo por el bosque. Sería una pena que fuera regañada por eso también. ¿No le parece, señorita?

—Sí... Pero, por otro lado —dijo la señorita Holm vacilante—, puede haberle ocurrido algo.

—Estoy segura de que no — dijo Puck —. Tampoco estaba tan nerviosa... Yo también me fugué una vez, pero Pim no estaba de tan mal humor como yo entonces. Se lo aseguro, señorita. Dénos permiso para salir en su busca. Estoy segura de que ha ido a dar un paseo y creo saber dónde encontrarla. No le diga nada aún al señor director, por favor.

—Se lo ruego, señorita — añadió Navio —. Sea buena.

—¡Buena! — dijo la señorita Holm que no pudo ocultar una sonrisa—. No tengo fama de buena ni de simpática en este colegio.

Karen no dijo nada, pero Merete intervino sonriendo:

—No es verdad eso. Usted quiere dar esa impresión a propósito.

—Sois unas frescas. No sé cómo educaros — dijo la señorita Holm, pero su cara era una amplia sonrisa. Luego se puso seria—. No quiero que le ocurra nada a Pim; es una muchacha estupenda.

— Eso mismo pensamos nosotras — dijo Puck —. ¿Podemos irnos? Ya hemos terminado los deberes.

—Yo también quiero ir —dijo Navio—. No he terminado del todo pero no me queda mucho. Lo haré esta noche.

—Sois incorregibles — suspiró la señorita Holm —, e irresistibles al mismo tiempo. Daos prisa.

* * *

—¿No crees que esto es lo más estúpido que hemos hecho en nuestra vida? —jadeó Alboroto, mientras pedaleaba junto a Cavador.

—Estúpido ¿el qué?

—Perseguir un coche deportivo en bicicleta.

Cavador soltó una carcajada.

—Es verdad, viejo; pero hemos cometido tantas locuras juntos, y a pesar de ello hemos salido bien librados... Dudo mucho que el ladrón haya continuado en el coche. Estoy seguro de que lo encontraremos escondido en algún lugar del bosque.

—Tu optimismo acabará conmigo — fue el único comentario de Alboroto.

Y siguieron pedaleando por el Bosque del Oeste, hasta el cortafuegos. Luego pasaron ante la casa del labrador Iversen. Habían llegado casi hasta la parte seca del lago Soender cuando Alboroto exclamó:

—Creo que había algo brillante entre esos árboles.

—¿En la arboleda? —preguntó Cavador.

—Sí, démos media vuelta y regresemos.

Dejaron sus bicicletas en la cuneta y volvieron bordeando la arboleda. En efecto, detrás de unos abetos se encontraba el rojo «MG». El ladrón debió de entrar por el estrecho sendero.

—¿Crees que el tipo que lo robó estará aún por aquí?

—Ni lo sueñes. No será tan imbécil. A pesar de todo, más vale tener cuidado.

Los muchachos avanzaron con paso quedo hasta el coche. Estaba abandonado. Lo inspeccionaron rápidamente, y Alboroto comentó:

—No hace mucho que lo dejó aquí. El motor aún está caliente. Miremos si ha dejado algo que pueda darnos una pista.

Pero el coche estaba vacío. No encontraron nada que pudiera identificar al ladrón. Entonces se pusieron a examinar los alrededores en busca de alguna huella.

Se oyó pasar un coche a gran velocidad por la carretera.

—Creo que era el coche patrulla de la policía —opinó Cavador—. No se han dado cuenta de nada. El «MG» está muy bien escondido.



—Sí —admitió Alboroto—. Ese tipo no es tonto. Si no es por nosotros, hubiera logrado despistar por completo a la policía. ¿Dónde estará?... ¡Oye aquí hay algo!

Unas ramitas rotas recientemente les dieron la pista. Siguieron buscando bosque adentro y Cavador descubrió en un hoyo la huella de un tacón, como si un hombre hubiera pisado, corriendo, en la tierra blanda.

—Vamos a ver si encontramos más huellas. Me siento como un perro de caza —murmuró Alboroto—. Ojalá tuviera su olfato.

Tardaron poco en encontrar algo que podía ser otra huella... Luego otra... y otra. Iban hacia el suroeste, por la arboleda.

—¿Qué vamos a hacer si le encontramos? —dijo de pronto

Alboroto.

Cavador se detuvo, le miró y dijo extrañado:

—No sueles ser miedoso. ¿Qué te pasa? ¿Temes a un ladrón?

—No es eso exactamente, pero me gustaría saber si es fuerte o no.

—¿Y qué? Somos dos contra uno.

—Esperemos que sólo sea uno — dijo Alboroto —. Puede haber dos.

—En ese caso, tendremos que buscar ayuda — dijo Cavador—. Hay gente en el colegio que nos puede ayudar. El señor Larsen nos echará una mano encantado.

—No parecía muy animado cuando le dejamos — observó Alboroto—. Parecía estar fuera de sí.

—¡Y quién no al enterarse de que le han robado un automóvil como ése! Tendrá que darnos sobresaliente de literatura danesa después de encontrárselo.

Siguieron adelante con precaución. Sabían que era necesario caminar en silencio si querían sorprender al delincuente.

La arboleda era muy espesa. Resultaba difícil encontrar y seguir las huellas del fugitivo.

De repente, Cavador se detuvo y puso su mano en el brazo de su compañero.

—¡Quieto! Creo que está muy cerca —musitó.

Los dos muchachos se pusieron en cuclillas, luego se arrodillaron y continuaron su búsqueda casi a rastras. Las ramas secas de los abetos les arañaban la cara.

Un poco más adentro vieron moverse algo. Se echaron de bruces y avanzaron arrastrándose lentamente. Al fin, Alboroto se detuvo. Sin moverse, se pegó al suelo cubierto de pinaza. Cavador estaba a su lado. Casi no se atrevía a respirar.

Con mucha cautela los dos amigos levantaron las cabezas y entre el ramaje vieron una figura, algo más adelante. Parecía una persona joven. Estaba de rodillas en el suelo, escondiendo algo bajo el murgó y las hojas secas.

—Allí está —musitó Alboroto—. ¿Qué hacemos ahora? No creo que podamos con él. ¿Por qué no vuelves al colegio a buscar ayuda? Yo me quedaré vigilándole. Si se marcha procuraré dejar pistas que podáis seguir. ¿Sabes más o menos dónde estamos?

—¡Calla! Claro que lo sé — dijo Cavador. ¡Hasta luego!

Y sin más comentario, dio media vuelta e inició la retirada sin hacer ruido.

Alboroto se quedó de guardia. El joven, que vestía chaqueta de cuero y pantalón vaquero de color azul, había terminado su trabajo. Con desconfianza miraba en derredor, como para asegurarse de no ser espiado; pero Alboroto estaba bien escondido.

* * *

Cuando Puck y Navio llegaron al jardín se pararon.

—¿Quieres decirme lo que sabes? —preguntó Navio.

—No sé mucho —contestó su amiga meneando la cabeza—. No obstante, estoy convencida de que tú has estado en lo cierto desde el principio. Estoy furiosa conmigo misma por haber sospechado de la honradez de Pim. Seguro que escribió la redacción, y ahora ha desaparecido; pero ¿puedes explicarme cuándo y cómo?

Navio estuvo a punto de confiar a Puck sus extrañas teorías, pero cambió de parecer y contestó:

— No, no del todo.

Puck la miró llena de curiosidad, pero no preguntó más. Navio estaba confusa. No porque no quisiera contarle a su amiga lo sucedido, sino porque ni siquiera le gustaba admitir que su sospecha pudiera ser cierta. Había pensado y le había dado mil vueltas al asunto, pero sin atreverse a traducir su sospecha en palabras.

— Será mejor que me cuentes lo que Pim te dijo —murmuró por fin.

Las dos muchachas iban hacia la salida con paso rápido.

— Te lo contaré todo —dijo Puck—, pero primero debemos ponernos de acuerdo sobre dónde buscarla. No sabemos siquiera a dónde puede haber ido.

— ¿No crees que ha podido ir a la arboleda? Le gusta mucho aquel lugar. La he visto pasear por el cortafuegos con frecuencia. Parece lógico pensar que haya buscado refugio por allí.

— Tienes razón —admitió Puck—. Vamos, de prisa.

Y mientras caminaban por la carretera hacia la arboleda, Puck contó a Navio su conversación con Pim.

— Después de marcharte tú, salí al pasillo y me encontré con Pim. Estaba triste y abatida. En el mismo instante en que la vi,

comprendí que no había mentido. No sé cómo explicártelo, pero me sentí segura de su honradez. Me fui hacia ella y le dije: «Pim, ¿puedo ayudarte en algo?». Pero ella denegó con la cabeza. Entonces yo le dije: «Quiero que sepas que yo también creo en tu inocencia.» Me miró con ojos tan tristes y afligidos que estuve a punto de echarme a llorar. Entonces dijo: «No lo sabía. Creí que tú, como Karen y las otras, estabas convencida de que yo había mentido.»

«Fuimos al jardín para hablar y nos sentamos en un banco, detrás de unos arbustos, para estar en paz. Empezó a contarme lo triste que estaba porque nadie se fiaba de ella. También me dijo que tú y el director la habíais acompañado a su habitación para buscar el borrador de la redacción y que no lo había encontrado. Dijo que después de eso también el director Frank creería que era una mentirosa y que seguramente sería expulsada del colegio.

»Esto era absurdo. El director jamás haría mía cosa así. Se lo dije, pero no quiso creerme. Repetía una y otra vez que no quería regresar con su padre y su madrastra, pues estaba muy contenta en el pensionado de Egeborg. Después de haberla escuchado durante un rato, pensé que lo mejor sería ir al grano, así que le pregunté: «¿No tienes ninguna sospecha sobre quién puede haber robado la redacción y el borrador?». Pero no, ella no cree tener ni un solo enemigo; excepto Karen, naturalmente, que tampoco es enemiga del todo. Están enfadadas, pero no como para llegar a eso. Pim no lograba explicarse lo ocurrido.

Puck se paró y miró a Navio.

— Como no podía aclarar nada, le pregunté: «¿Era buena tu redacción?». Ella se encogió de hombros y contestó que no lo sabía, pero que el tema era muy emocionante basado sobre un hecho criminal, según el Código, que ella presencié. De pronto se me ocurrió algo...

— ¿Qué? —preguntó Navio atenta.

— Se me ocurrió pensar —dijo Puck—, que podía haber alguna relación entre el hecho criminal que ella relataba en su redacción y la desaparición del cuaderno.

— ¿Tú también? — dijo Navio y miró a Puck con los ojos muy abiertos.

— Así que tenías una sospecha, ¿eh? —dedujo Puck.

Navio no supo qué contestar. Meneó la cabeza, asintió un par de veces y dijo no al mismo tiempo. Puck comprendió que no debía insistir más. Si Navio quería decir algo, ya lo diría.

—¿Sobre qué escribió Pim? —preguntó Navio—. He sido tan imbécil que no se lo he preguntado aún. Cuéntame.

—Era un historia bastante dramática — dijo Puck —. Presenció un horrible accidente no hace mucho. Vio como un ciclista era atropellado, y le impresionó muchísimo.

—¿Dónde lo vio?

—Cerca de Copenhague. Sabes que tiene una abuela en la capital, ¿no? Pim había ido a pasar el fin de semana con ella.

—Sí, ya recuerdo —dijo Navio—. Hace pocas semanas de eso. ¿Y qué ocurrió? ¿Qué escribió Pim en su redacción?

—Contaba que un día, mientras paseaba por la calle, vio a un ciclista que circulaba tranquilamente por su derecha. Era un hombre de edad e iba muy despacio. Apenas había tráfico en aquel lugar. Pero, de repente, apareció un automóvil a una velocidad endiablada que, al querer adelantar a otro coche, atropelló al ciclista y lo lanzó a varios metros sobre la acera, donde quedó inmóvil, muy maltrecho. Pim corrió hacia él para ayudarlo. Dijo que había sido horrible. No quiso hablar del aspecto que tenía aquel pobre hombre. Sólo me dijo que varias personas habían acudido para ayudarlo y que luego llamaron a una ambulancia. Al día siguiente los periódicos decían que el hombre estaba muy grave y quizá no sobreviviría.

—¿Y el automóvil? ¿Qué fue de él? —preguntó Navio excitada.

—El conductor huyó — dijo Puck —. Desapareció sin detenerse ni prestar ayuda. Fue una cobardía muy grande, un acto criminal...

—¿Ése era todo el contenido de su redacción?

—Pues sí.

—¿Sabía algo más?

—No. No hubo más noticias en los periódicos. No sabe si el anciano vive o ha muerto.

Se habían parado en la carretera. Navio estaba muy preocupada por lo que acababa de oír. De pronto vio por encima del hombro de Puck a un ciclista salir del colegio y continuar hacia Oesterby. Era el profesor Viggo Larsen. Pedaleaba lentamente, absorto en sus pensamiento. Parecía muy cansado y triste.

—¡Oh! — exclamó la chica —. Allí va el profesor Larsen.

Puck se volvió.

—Se ha parado — dijo.

El joven profesor se había bajado de su bicicleta y se había quedado mirando al suelo como si estuviera tratando de recordar algo. Luego montó de nuevo y siguió su camino para, un poco más adelante, girar en redondo.

—Viene hacia acá —dijo Navio—. Escondámonos en el bosque.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Puck extrañada—. No hay razón para escondernos. Tenemos permiso para estar aquí.

—Sí, ya lo sé —contestó Navio, nerviosa—, pero..., pero a pesar de ello...

—A pesar, ¿de qué?

—No sé. No me gusta que él nos vea aquí.

—Pero, ¿por qué?

—Han robado su coche —informó Navio—. He estado en Oesterlpy esta tarde y hablé con el profesor. Alboroto y Cavador han salido para ver si logran encontrar el vehículo.

Apenas lo había dicho cuando vieron a un ciclista acercarse por el otro lado. Era Cavador. Parecía muy excitado.

—¡Hombre! —exclamó Puck—. ¿Adónde vas tan de prisa?

Pero Cavador no estaba para bromas.

— ¡Voy a buscar ayuda! — dijo en tono dramático —. ¡Le hemos encontrado!

—¿A quién?

—Al ladrón que robó el coche del señor Larsen. Está en la arboleda. Alboroto le vigila.

—¿Habéis visto a Pim?

—No, y no tengo tiempo que perder.

En aquel instante llegaba el profesor Larsen y, al verle, Cavador gritó:

—¡Hemos encontrado su coche, señor Larsen! También sabemos dónde se encuentra el ladrón. ¡Está en el bosque!

—¿Qué dices? — dijo el profesor bajando de un salto de su bicicleta—. ¿Cómo lo sabes?

—Acabo de verle. Estaba ocultando algo.

—¿Ocultando algo? —repitió el joven—. ¿Viste qué era?

—No. Ya lo tenía cubierto de musgo y hojas al llegar nosotros;

pero sé bien dónde lo escondió.

—Tiene que ser mi portafolios —dijo Viggo Larsen—. Tengo que encontrarlo. ¿Y el coche?

—Está un poco más allá, entre los árboles. No le ha pasado nada. Puede estar tranquilo.

—Tenemos que capturar al ladrón — dijo Larsen —. ¡Vamos!

Salieron los dos corriendo. Las muchachas se miraron, dudando entre si seguirles o no. Pero Puck meneó la cabeza:

—No nos necesitarán —dijo—. Entre los tres podrán contra un ladrón. Es mejor buscar a Pim.

Y las chicas continuaron su camino hacia el cortafuegos.

—Cuéntame más sobre la redacción — dijo Navio —. Hay algo que me hace pensar. Es verdad que he tenido una sospecha, pero no me he atrevido a confiársela a nadie. Creo que estamos ante la solución del misterio; pero necesito saber algo más de lo que Pim escribió. ¿No encontraron al conductor del automóvil?

—Ella no lo sabe — dijo Puck —. Cuenta que hubo gran indignación entre la gente que acudió al lugar del suceso, tanto porque el conductor iba a velocidad suicida como por haber huido tras el accidente.



—¿Anotó alguien el número de su matrícula?

—No, nadie. El auto llevaba tanta velocidad que desapareció antes de que pensarán en ello.

—Pero de todos modos para la policía será fácil encontrarlo — opinó Navio—. Tiene que haber quedado abollado tras el accidente.

—Por lo menos en uno de los guardabarros — dijo Puck.

—¡En uno de los guardabarros! — exclamó Navio —. Dime,

¿escribió Pim algo sobre el coche? ¿De qué marca era, o algo así?

—Sí. Me dijo que era un coche deportivo. Un «MG».

—¿De qué color?

—Creo que dijo verde.

—¿Verde? —gritó Navio—. ¡Hemos resuelto el misterio! ¡Ya no queda ninguna duda!

—¿De qué?

—De quién atropelló al anciano y robó la redacción.

—No comprendo nada de este galimatías...

—No, claro —dijo Navio, exaltada—; pero yo sí. Pim contó en su redacción que un «MG» verde, después de haber atropellado a un anciano, se dio a la fuga. Es un delito. Un delito muy gordo, triple: ir a tanta velocidad, atropellar a una persona..., y, encima, huir. ¡Esto es horrible! Has comprendido todo, ¿verdad?

Puck asintió, pero al mismo tiempo rogó a su amiga:

—Dilo, Navio; dilo ya de una vez.

Y Navio contó, en un misterioso bisbiseo:

—El coche del profesor Larsen era un «MG» deportivo, color verde. Lo han estado reparando en el taller de Oesterby donde trabaja Vespa. He hablado con ella hoy. Han pintado el coche de rojo; pero cuando lo robaron faltaba pintar y ponerle un guardabarros. Vespa en persona lo desabolló y yo lo he visto con mis propios ojos. El guardabarros aún es verde.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Puck—. Eso quiere decir que, cuando el profesor Larsen leyó la redacción de Pim, y vio que era un testimonio exacto del accidente...

—Y sabía que el jefe de policía de Sundkoebing iba a leerla,, — continuó Navio.

—... Hizo desaparecer el cuaderno.

Navio asintió.

—Pero, ¿qué me dices del borrador? — preguntó Puck —. ¿Crees que también fue él quien?...

—Sí —aseguró Navio—. Cuando Pim y yo estábamos a la orilla del lago, hablando del borrador, el profesor Larsen pasó por allí. Eso es lo que me hizo sospechar de él más tarde.

—¿Oyó lo que Pim decía?

—Sí. Nosotras oímos sus pasos tras el seto cuando hablábamos de eso. Me acuerdo muy bien. Luego vimos que era él.



—¿Dijo Pim dónde tenía guardado el cuaderno?

— Sí, lo dijo. Luego regresamos y el director quiso hablar con nosotras. Cuando más tarde fuimos a la habitación de Pim, el borrador había desaparecido. Sólo Viggo Larsen puede haberlo robado. ¿No ves que todo concuerda?

—Pero, ¿qué ha hecho con el borrador? —preguntó Puck—. ¿Crees que lo tendrá guardado en ese portafolios que le robaron y que tanto le preocupa?

—Sí — asintió Navio —. No hay duda. El borrador y quizá también el cuaderno de la redacción deben de estar en el portafolios. Por alguna extraña razón, no se ha deshecho de ellos. No sé explicarlo de otra forma, pero estoy segura de tener razón. ¿Tú qué opinas?

Puck quedó pensativa, pero al final admitió:

—Tiene que ser así. ¿Lo sospechaste desde un principio?

—Sí. Tuve un presentimiento.

—Debemos... —empezó Puck; pero de pronto, se interrumpió para exclamar—. ¡Hemos olvidado lo más importante! ¿Dónde estará Pim?



Más tarde, todo les parecía un sueño o, para ser más exactos, una pesadilla. Los acontecimientos habían sido tan tristes que en realidad hubieran preferido olvidarlos.

Habían corrido a lo largo del cortafuegos para buscar a Pim, sin saber siquiera si tenían alguna posibilidad de encontrarla allí.

Al mismo tiempo, sabían que iban a ocurrir cosas dramáticas a poca distancia de ellas, en la arboleda, donde Alboroto estaba vigilando desde su escondite, mientras Viggo Larsen y Cavador acudían en su ayuda.

Buscaron a su amiga por la linde del bosque, pero no podían gritar su nombre para no espantar al ladrón. Todo era muy complicado. Además, ¿qué había sido de Pim? Podía haberle ocurrido un accidente.

—No lo comprendo —dijo Navio en voz baja, mientras caminaban—. No comprendo por qué se ha fugado. Tú hablaste con ella y le dijiste que estabas de su parte. Eso debió darle nuevas esperanzas.

—Sí, pero estaba muy triste —dijo Puck—. No le encontraba ni pies ni cabeza a este asunto.

—¿Dónde la dejaste?

—En la escalinata, ante la entrada. Yo iba a estudiar. Dijo que quería estar sola un rato, pero no parecía desesperada. Me pareció incluso que nuestra conversación la había tranquilizado mucho.

—Me gustaría saber lo que ocurre en la arboleda —murmuró Navio—. ¿Crees que capturarán al ladrón?

—Esperemos que sí —dijo Puck—. Pero aunque huyera, tarde o temprano, la policía daría con él. Lo más importante es recuperar la cartera del profesor Larsen.

—Sí, pero él está allí con Alboroto y Cavador. Cuando recupere su cartera, no va a dejar que nadie la abra.

—Si no lo hace voluntariamente, le obligaremos a abrirla.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero no te preocupes antes de tiempo. No va a salirse con la suya.

De pronto vieron a Pim paseando entre los árboles, al lado norte del cortafuegos. Corrieron en su busca y, al verles, su cara se iluminó durante una fracción de segundo, luego volvió a mostrarse triste y abatida. Navio la agarró del brazo.

—Nos has dado un gran susto. ¿Cómo se te ha ocurrido marcharte?

—Sólo vine a dar un paseo —dijo Pim—. No tenía ganas de estudiar. Me era imposible concentrarme, y quería estar sola.

—Hemos estado muy preocupadas por ti. Creimos que te había ocurrido algo.

—Ya ha ocurrido —contestó Pim abatida—. Ha terminado mi vida en Egeborg.

—Nada de eso — dijo Navio persuasiva —. Estamos a tu lado, y el director Frank también.

—Sabes muy bien que eso no es posible. Él vio que el borrador no estaba en el cajón. Desde entonces está convencido de que yo mentía. Eso es lo más triste.

—Pues, alégrate —dijo Navio—. He estado hablando con el director. Quería hablar también contigo. No hay duda de que tiene fe en ti. Le simpatizas y quiere ayudarte. Eso me dijo. Estaba muy triste por lo ocurrido. Así que ¡anímite! El director es tu amigo.

—No puedo creerlo —balbuceó Pim—. ¿Cómo puede pensar que no he mentido?

—Pues lo cree firmemente — dijo Navio —. Aunque los hechos te acusan, el director es un hombre muy inteligente. Conoce a las personas, ¿verdad, Puck?

—¡Y tanto!

—Además, tus preocupaciones acabarán pronto... —comenzó Navio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pim con una chispa de esperanza en sus ojos—. ¿Han encontrado la redacción?

—Aún no —contestó Navio—, pero no tardarán. Estoy segura. Tenemos que ir con los demás.

—¿Con quiénes?

En pocas palabras, Navio y Puck pusieron a Pim al corriente de los acontecimientos.

—¿Por qué no vamos allá? Quizá podamos ayudar.

—Podemos intentarlo — vaciló Puck —, pero no creo que debamos intervenir en la lucha.

—Lo más importante es el portafolios.

—De una u otra forma, lo tendremos — dijo Puck tranquila.

Empezaron a adentrarse por entre los troncos, pero era difícil

abrirse camino. De vez en cuando se paraban para escuchar, pero no se oía nada.

De pronto sonó un grito, seguido del ruido de ramas rotas. Después se oyeron más voces. Era evidente que la lucha había comenzado.

—¡Adelante, chicas! — dijo Navio.

Se abrieron paso lo mejor que pudieron hasta llegar a un pequeño claro del bosque, donde les esperaba un espectáculo poco agradable.

Viggo Larsen y un joven con chaqueta de cuero rodaban por el suelo en violenta lucha, mientras Alboroto y Cavador intentaban ayudar al profesor.

El joven ladrón era fuerte y ágil, pero también Larsen era joven y no le faltaba fuerza ni agilidad. Al final, el ladrón se rindió. Cavador le había agarrado de una pierna y le impedía moverse. Alboroto se quitó la corbata y empezaron a atar las manos del vencido.

Las muchachas contemplaban la escena impresionadas, pero Navio dijo:

—Me gustaría saber dónde escondió su botín. Podríamos buscarlo mientras ellos estén ocupados.

Miró en derredor y descubrió un montoncito de ramas y hojarasca entre los árboles. Corrió hasta él, quitó rápidamente las hojas secas y el musgo, y entonces apareció un joyero y un portafolios marrón.

Puck estaba a su lado. Intentó advertir a su amiga.

—¿Crees que estamos obrando bien?

—No tenemos tiempo que perder —dijo Navio.



Pero cuando agarró el portafolios, oyó un grito a su espalda.

— ¡Deja eso donde está!

Viggo Larsen se había puesto en pie después de la furiosa lucha. Su ropa estaba rota, el cabello le caía en mechones sobre su frente, y sangraba por una mejilla. El ladrón estaba bien atado con la corbata de Alboroto y el cinturón de Cavador, mientras éste sujetaba sus pantalones por miedo a perderlos. Había algo cómico y terrible en aquella situación.

— ¡Deja ese portafolios donde estaba! — repitió Viggo Larsen y empezó a correr hacia las muchachas.

Pero, antes de que llegara hasta donde ellas estaban, Navio logró abrirlo, metió la mano y sacó un cuaderno.

* * *

— ¿Alguna de vosotras sabe qué ha pasado con Viggo Larsen? — preguntó Merete.

Navio meneó la cabeza.

— Cuando regresamos — dijo Puck —, se fue a hablar con el director Frank. No creo que le veamos más por aquí. Es muy extraño, porque en realidad era muy simpático; sin embargo, cometió una enorme torpeza y no ha sabido salir de ella. Es lo mismo que le pasó a Pim cuando mintió por primera vez sobre su redacción en inglés. Hay que enfrentarse con las dificultades y terminar de una vez, aunque esto pueda tener consecuencias desagradables. Si uno intenta eludir sus responsabilidades, es mucho peor.

— ¿Crees que no le veremos más? —preguntó Navio.

— La conversación con el director sólo puede terminar de una forma — opinó Puck —; Larsen irá a entregarse a la policía.

— ¿Qué le pasará? ¿Irá a la cárcel?

— Será juzgado y cumplirá su condena, no hay duda — dijo Puck—. Por un lado, me da mucha lástima.

Las muchachas se quedaron pensativas. Al final, Karen dijo:

— Ojalá Pim ganase el concurso.

— Quizá no sea eso lo mejor — dijo Puck —. Si le dan el premio puede creer que quieren consolarla después de todo lo ocurrido. No sería muy del director Frank obrar así. Pim tendrá su recompensa de otra forma. El concurso no le daría ninguna satisfacción; sospecharía que no lo había ganado honradamente. Además, las redacciones no le salen muy bien, si queréis saber mi opinión.

* * *

Al día siguiente se hizo público el fallo del concurso. Debido a los acontecimientos acaecidos no hubo la gran fiesta que habían planeado. Todos estaban contentos de que el misterio hubiera sido resuelto, aunque fuera en circunstancias tan tristes y serias.

El director Frank pronunció un discurso muy ponderado y persuasivo; entre otras cosas, dijo:

— Todos los aquí presentes saben lo ocurrido en este concurso. He notado que el incidente no ha sido apenas comentado, y estoy contento por ello. Tengo la sensación de que todos preferimos olvidar tan tristes acontecimientos. Por suerte, no ocurren con frecuencia cosas tan tristes como éstas en el pensionado de Egeborg. Lo sabéis tan bien como yo. Con este concurso queríamos que aprendiérais lo importante que es comportarse correctamente en el tráfico. Hemos leído las redacciones y, puedo decir que cada uno de vosotros habéis demostrado conocer el gran problema de la seguridad en el tráfico. Cada día ocurren accidentes de la circulación, y mucha gente muere a causa de ellos. La mayoría podían haber sido evitados, pues se deben a falta de responsabilidad, a indiferencia y desprecio hacia los demás. Por eso creo que hemos acertado al hacer este concurso. Quiero dar públicamente las gracias al jefe de policía que nos ha ayudado y también a quienes nos proporcionaron los premios.

El director hizo una pequeña pausa antes de continuar:

—Pero, ante todo, quiero daros las gracias a vosotros, chicos y chicas, por haber resuelto esta tarea con seriedad e inteligencia. Estoy seguro de que las ideas expresadas en vuestras redacciones os ayudarán mucho para comportaros correctamente en el tráfico... Y ahora voy a comunicaros el fallo del jurado que, en el último instante, a causa de acontecimientos que no voy a recordar de nuevo, tuvo que ser cambiado. Hemos tenido la suerte de que el nuevo miembro del jurado fuera el señor Krog. Después de su operación se encuentra tan bien que ha podido leer las redacciones en el hospital. Le estoy muy agradecido. Y no os molesto más. El primer premio del concurso, la bicicleta que tengo aquí a mi lado, fue ganada por...

— Merete — se adelantó Navio.

—¿Cómo lo sabes? —dijo el señor Frank, sonriente—. Estás en lo cierto. Merete ha sido la ganadora del concurso.

—¿Quién, si no? —opinó Navio.

—Hemos recibido muchas redacciones buenas — dijo el director —. Cualquiera de vosotros podía haber ganado. Y ahora los otros premios...

Poco después las muchachas del «Trébol de Cuatro Hojas» paseaban por el jardín. Merete llevaba su nueva bicicleta y, como es natural, estaba encantada.

—Menos mal que todo terminó — dijo Puck —. Ha sido un éxito, aunque demasiado emocionante.

— Formidablemente palpitante — suspiró Navio.

Vieron acercarse a Pim. Sonreía ampliamente.

—¡Felicidades, Merete! —gritó—. Estoy muy contenta de que hayas ganado.

— La bicicleta debía haber sido para ti —contestó Merete.

— Nada de eso —rió Pim—. Mi redacción estaba llena de faltas de ortografía. Yo pensé desde el principio que ganarías tú. Eres la más lista de todas.



—En otras palabras — dijo Karen —, no había ninguna emoción en torno a este concurso.

— No estoy de acuerdo —opinó Navio—. Ha sido incluso demasiado palpitante para mi gusto.

— Pero yo creí — dijo Karen, guiñándole el ojo a Pim —, que te encantaban las cosas emocionantes.

— Sí — suspiró Navio —. Me encantan los misterios y todo eso, sólo que en esta ocasión hubo demasiados.



El director Frank le encendió el cigarrillo a su mujer.

— Bien —dijo con una sonrisa cansada, pero no sin cierto humor—. Menos mal que todo terminó, ¿no te parece?

La señora Frank exhaló una bocanada de humo y suspiró al decir:

—Eso demuestra el cuidado que uno debe tener. Crees tener una idea brillante y luego, ¿qué pasa? He aprendido mucho durante estos últimos días; pero no estoy segura de que me sirva de algo en la próxima ocasión. Los humanos tenemos tendencia a cometer las mismas torpezas una y otra vez. Vivimos siguiendo normas y reglas fijas y luego, al salir de un lío como éste que acabamos de vivir, estás casi convencida de que dos por dos son diecisiete, y no necesariamente cuatro como siempre habíamos creído.

— ¿Diecisiete? —preguntó el director con las cejas levantadas—. ¿Qué quieres decir?

— Piensa un poco — sonrió su mujer —. ¿No fue diecisiete el resultado de dos por dos, y un resultado muy bueno, después de todo lo que acaba de ocurrir?

— Ya comprendo —dijo—. Tienes razón. La vida está llena de sorpresas.

¿Cómo había comenzado todo aquello? Casi no se atrevía a recordarlo. Todo parecía tan inofensivo y prometedor al principio. La señora Frank tuvo la idea, y su esposo, el director Frank, la acogió entusiasmado. En realidad, no fue ella la única culpable, ya que fueron sus hermanos quienes iniciaron la empresa.

Los hermanos actúan a veces de forma muy extraña. Aunque se quieran, no por ello dejan de pelearse.

Todo empezó cuando Hubert y su mujer, Bodil, regresaron de París. La señora Frank estaba encantada de volver a ver a su hermano. Hubert Lassen era pintor, y muy bueno. Había obtenido grandes éxitos tanto en Dinamarca como en el extranjero.

Quizás en su arte no hubiera nada nuevo ni revolucionario; sin embargo, era honrado. Los críticos habían hablado muy bien de él en su primera exposición, aunque hacía varios años de ello.

Hubert había estudiado en Bellas Artes y trabajado mucho. Poco a poco logró convencer a sus padres de que el oficio que había escogido no estaba del todo mal, y cuando tuvo su primer éxito, al ser nombrado miembro de una de las asociaciones de pintores reconocidos, el viejo Larsen dio su consentimiento, aunque su hijo ya no necesitaba su ayuda económica desde hacía mucho tiempo.

Poco después, Hubert Lassen se casó con Bodil, una chica encantadora que le comprendía. No había nada de bohemio en su vida. Trabajaba duramente, y su trabajo era la pintura.

Finalmente habían marchado a vivir a París. La luz y el ambiente le gustaban y, con el tiempo, sus pinturas incluso llegaron a gustar a los franceses.

Pero la patria tira. Habían vuelto para buscar casa en Dinamarca y quedarse a vivir allí. La señora Frank estaba muy contenta de volver a ver a su hermano e invitó al matrimonio a pasar unos días con ellos en el pensionado de Egeborg.

Al mismo tiempo, para estar todos reunidos, invitó también al otro hermano, profesor de Bellas Artes, Christian Lassen, casado con Kaya, hermana de Bodil.

— ¿No crees que será una magnífica ocasión para los muchachos del pensionado tener artistas aquí? — dijo la señora Frank—. Hubert podría exponer algunos de sus cuadros y Christian darles conferencias sobre Arte.

— Me gusta la idea —contestó su marido—. Tenemos muy pocas oportunidades de ofrecer algo así a los chicos.

Nunca había sido difícil hacer que el director Frank aceptase algo nuevo. Le gustaban su trabajo y sus muchachos, y deseaba que el pensionado de Egeborg fuera para ellos un verdadero hogar y centro de estudio al mismo tiempo.

Una noche, después de la cena, puso al corriente de sus planes a los profesores. Su entusiasmo les contagió como casi siempre ocurría.

— Comprenderán, señores, que será muy formativo tanto para el colegio como para toda la comarca tener aquí una exposición de pintura y dar conferencias sobre arte — dijo el director —. Creo que un pensionado como Egeborg debería ser un centro de cultura. Quizá podríamos organizar incluso veladas musicales en el comedor o en el aula de gimnasia. Podríamos invitar a venir al pensionado a algunos buenos músicos, tanto de cámara como de música moderna. Sería un buen tanto para el buen nombre de Egeborg.

Uno de los profesores de más edad dijo algo sobre los estudios y la pérdida de tiempo; pero el director contestó, despreocupado, que había tiempo de sobra para todo.

— No es mi intención —dijo sonriente— acabar con el orden establecido.

Pero si hubiera sospechado siquiera lo que iba a ocurrir, seguramente no se hubiera mostrado tan optimista.

El día que iban a llegar los huéspedes, la señora Frank subió a inspeccionar las dos habitaciones destinadas a ellos y las adornó con ramos de flores. Cuando bajaba las escaleras canturreando, se encontró con su esposo, que en aquel instante salía del despacho.

— Estás muy contenta, ¿verdad? — sonrió.

— Ya lo creo —exclamó ella—. Hace tanto tiempo que no he tenido ocasión de hablar con Hubert ni con Christian... Hace mucho que no hemos estado todos juntos.

— Espero que esos dos no se peleen demasiado — comentó el director.

Entraron en el despacho y se sentaron en el sofá.

— De jóvenes se peleaban siempre — continuó el señor Frank—; quiero decir antes de que Hubert se fuera a vivir a París.

— Sí, ya lo sé. Pero así son los hermanos. Ya no son tan jóvenes

y han cambiado mucho los dos. Creo que a Hubert le ha sentado bien su estancia en el extranjero. Christian, por su parte, se ha convertido en profesor de Bellas Artes e inspector de museos. Es un hombre muy importante.

— Claro que lo es. Comprendo que presumas de hermano.

— ¿Y por qué no? Es estupendo que los hermanos tengan éxito. ¿Te acuerdas de la discusión que tuvo sobre los impresionistas franceses en el Museo de Bellas Artes del Estado? Fue todo un éxito.

— Sí; admito que Christian es un tipo listo, y respecto a Hubert, le estimo muchísimo. Además, me gustan sus pinturas. Fíjate en aquélla junto a la ventana.

El director se levantó y fue a situarse ante el cuadro.

— No es que su estilo sea moderno — comentó —. Conserva algunas de las antiguas virtudes que a mí me gustan. Lo que me preocupa es que Christian se interese tanto últimamente por el arte abstracto.

— Es el signo de los tiempos —dijo la señora Frank, encogiéndose de hombros—. Opino que una pintura abstracta puede ser muy interesante con sus hermosos trazos y colores.

— Muy bien — dijo el director —, pero esas manchas y colores no se parecen a nada.

— Y ¿por qué han de parecerse a algo? ¿Crees que te gusta este cuadro porque se parece a algo?

— No sé qué decirte. En este cuadro de tu hermano veo una casita roja con techo de brezo, un bosque maravilloso, un cielo inquieto... En fin, un típico paisaje danés, que parece real.

— Bien, pero ¿estás seguro de que lo que a ti te gusta en este cuadro es la casita, el bosque y el cielo? ¿No crees más bien que lo que admiras es la composición en sí, la armonía de los colores, las líneas y facetas que se reflejan en ellos, y el hecho de que el artista haya expresado algo que no existe en la realidad?

El director contempló a su esposa con una amplia sonrisa:

— Hablas como tu hermano Christian — dijo —. Es como si él estuviera aquí dando una de sus conferencias. Pero te doy la razón: no es suficiente para que se parezca a lo real, para eso tenemos las fotos en color. Hay temperamento en esta pintura. Hubert tiene mucho temperamento.

— Sí — suspiró su mujer —. En ocasiones desearía que no

tuviese tanto. Bueno, esperemos que él y Christian no tengan ya ganas de pelearse. Los dos estaban muy contentos de poder pasar unos días juntos aquí. No han tenido muchas oportunidades de verse desde que Hubert regresó de Francia. Luego hemos de organizar la exposición. ¡Será divertido!

* * *

Los huéspedes llegaron de muy buen humor y fueron instalados en sus respectivas habitaciones. Por la noche, los tres hermanos se reunieron en torno a una mesa bien provista, contentos de estar juntos.

Bodil, la mujer de Hubert, y Kaya, esposa de Christian, eran hermanas, y se parecían en lo físico. Bodil había cambiado mucho en Francia. Parecía más segura de sí misma. Era la más apacible de las dos, pero su estancia en el extranjero la habían madurado y tenía más personalidad.

Una cosa no había cambiado: cada vez que Hubert hablaba su mujer le miraba con expresión arrobada.

Kaya era una mujer muy segura de sí misma, más fría y muy inteligente. Se interesaba vivamente por el trabajo de su marido y le seguía a todas partes. Era una mujer encantadora.

La señora Frank estaba muy contenta con sus dos cuñadas. Los dos hermanos, sin embargo, no tardaron en comenzar sus discusiones. La cosa empezó cuando a Hubert se le ocurrió criticar a ciertos pintores franceses. Christian escuchaba con las cejas fruncidas y una expresión de desaprobación, mientras el pintor decía:

—Lo malo de esos nuevos pintores abstractos es que no saben su oficio. Es necesario que un pintor primero curse estudios en la academia, antes de lanzarse a los grandes experimentos. No es suficiente con tomar un pincel y manchar el lienzo o usar éste para tirar sobre él tarros de pintura.

—¿No crees que exageras un poco? —preguntó la señora Frank.

—Nada de eso. En París hay una escuela de pintores, los cuales sostienen que la pintura debe pintarse a sí misma. Es una tontería. Mientras no sea el pintor quien cree un cuadro, todo terminará en estafa. ¿No opinas lo mismo, Christian?

—Pues..., no del todo —vaciló el hermano—. Tienes razón, pero sólo en parte. Un pintor delante de su lienzo no es un hombre que

pueda decidir exactamente lo que va a hacer. Hay mucha inconsciencia en ello. Si no cuenta con la intuición, hará un cuadro sin alma. El artista debe enfrentarse con algo más grande que él mismo.

—Eso es verdad, pero sigue siendo el pintor quien sostiene el pincel — opinó Hubert, y tras volverse hacia su cuñado, preguntó —: ¿Tú qué opinas?

El director Frank conocía a su cuñado lo suficiente como para saber que debía actuar con gran diplomacia,

—Pues... —dijo—. En parte te doy la razón... Por otro lado...

No logró decir más. Christian Lassen le interrumpió.

—Creo poder decir —comenzó, en un tono tan pedante que irritó bastante a su hermano—, que tengo cierta experiencia en esta materia y puedo hablar con autoridad. Admito, Hubert, que, al igual que tú, antes de examinar a fondo este hecho tenía esa misma opinión. Sin embargo, dudo si estaba en lo cierto. Hemos pasado por una época en la que el pintor era demasiado consciente de su trabajo. El pintor, igual que un músico de «jazz», debe estar libre de lo que ha aprendido para poder improvisar y debe tratar de mostrar su subconsciente.

—¡Vaya! —dijo Hubert que se estaba enfadando—. Eso sonaría muy bien, sobre todo si fuera cierto. Es muy fácil buscar frases bonitas y lanzarlas a la cara de la gente, pero dudo de su autenticidad. Todas esas telas pintarrajeadas que existen por ahí con el nombre de «Arte», sobre todo en París, que no tienen ni pies ni cabeza, la mayor parte son, en mi opinión, una pura estafa.

—No lo llares estafa — dijo Christian Lassen señalando a su hermano con un dedo acusador—. ¡No quiero que lo llares estafa! Todos los grandes iniciadores han sido mirados con desdén. Muy pocas personas comprendieron en su época que Van Gogh era un gran pintor. Le consideraban un loco por tener ideas propias sobre el Arte.

—Sí —sonrió Hubert—; no obstante estaba chiflado.

—Es posible, pero como artista era sublime.

—Admitido. Pero no compares a Van Gogh con esos estafadores de que hablo, que engañan a la gente y logran vender sus cuadros en muchos miles de coronas. ¿Y sabes de quién es la culpa? De los críticos de arte.

El director comprendió que la discusión había llegado demasiado lejos, pero ¿qué podía hacer? En el momento en que Hubert Lassen comenzó a atacar a los críticos de arte terminó toda posibilidad de hacer las paces. Christian Lassen era un crítico de arte muy famoso. Estaba orgulloso de su trabajo y no aguantaba que le atacaran.

—Estás anticuado, Hubert — dijo —. Esa es la razón. Son los jóvenes quienes deben salir adelante en el arte. Vosotros, los pintores viejos...

—¿Cómo que viejos? —gritó Hubert Lassen levantándose de su silla—. ¡Tengo cuarenta y un años!

—Bueno, eres viejo comparado con los jóvenes pintores que tienen veinte, ¿no? Y ellos son los que en estos momentos representan al arte en Dinamarca.

—¡Basta ya! — dijo Hubert sentándose de nuevo.

Miró en derredor y se dio cuenta de que todos los presentes les observaban a su hermano y a él con temor.

— Más vale cambiar de tema, Christian —rió—. Si no, terminaré tirándote la fuente de la salsa a la cabeza.

Su hermano contestó con frialdad:

— Quizá la mancha que dejase la salsa en la pared se parecería más a un cuadro que lo que tú llevas pintando hasta ahora.

— ¡Eso es demasiado! —exclamó Hubert levantándose—. No tengo intención de oír más insultos.

La señora Frank intervino. Puso una mano tranquilizadora en el brazo de su hermano y dijo con una amplia sonrisa:

— Siéntate y come. Cambiaremos de tema. Tenemos planes que queremos discutir con vosotros.

Y ella y su marido empezaron a explicar su idea sobre la exposición y las conferencias de arte que deseaban organizar en el pensionado. Al principio, tanto Hubert como Christian les escuchaban distraídos. Les fastidiaba haber sido interrumpidos en una buena discusión. Pero, poco a poco, el plan despertó su interés, y al final estaban entusiasmados.

— Estupendo — dijo Christian Lassen —. Es importante que el Arte llegue al campo, que llegue al pueblo.

— Que llegue hasta nosotros, los campesinos —rió el director.

— No quería decir eso —dijo Christian Lassen—. Pido disculpas.

— No tienes por qué. En realidad, somos campesinos. Aunque maravillosamente bien, vivimos lejos de las atracciones de la gran ciudad. Había pensado que tú y Hubert podríais proponer los pintores que hemos de invitar a que expongan aquí. Además, me gustaría que algunos viniesen a vivir unos días con nosotros, y que hablasen con los niños sobre su arte. También hemos pensado en invitar conjuntos musicales. Lo anunciaremos en Oesterby y Sundkoebing y por los pueblos de los alrededores. Estoy seguro de que será un éxito.

— Me gusta tu idea — dijo Hubert —. Iré a Copenhague a buscar algunos de mis cuadros, y luego...

— ¿Quién ha dicho que tus cuadros iban a ser expuestos? — replicó, mordaz, Christian Lassen.

— Naturalmente que hemos pensado en Hubert — se apresuró a decir el director—. No faltaría más.

— No estás obligado — dijo Hubert con enfado —. Christian es el gran crítico de arte y es mejor que él decida.

— Está bien — dijo la señora Frank —. Nombraremos asesor a Christian y le estaríamos muy agradecidos si acepta exponer tus cuadros.

— A mí también me gustaría — dijo Bodil mirando a su marido con admiración —. Kaya, debemos procurar que no se peleen.

— Imposible — sonrió su hermana —, pero quizá podamos evitar que lleguen a las manos.

* * *

— ¿Qué tal tu nuevo caballo? — preguntó Puck.

— ¡Mi nuevo caballo! —rió Annelise—. No es mío, es de mi padre.

— Sí; ya lo sé; pero, ¿cómo es?

— ¿Por qué no vienes a verlo esta tarde? Podíamos dar una galopada.

— Creí que tenías prohibido montarlo.

— Hasta ahora, sí. Papá dice que es un poco difícil, pero que es un animal estupendo. Es muy hermoso y con unos remos sensacionales. Le hemos bautizado. ¿Te lo dije?

— No. ¿Cómo se llama?

— «Beatnik» —rió Annelise—. Es muy independiente.

— ¿Te dejan montarlo ya? —preguntó Puck.



—La primera vez que pedí permiso fue cuando llegó el caballo. Mi padre dijo que no y, desde entonces, no me he atrevido a hacerlo otra vez.

— Más vale que tengas cuidado —advirtió Puck.

Ésta estaba ansiosa por ver el nuevo caballo. Le gustaba mucho visitar a Annelise Dreyer en la «Gran Granja». En muchos aspectos, Annelise era muy indisciplinada y aún no parecía entender cuándo debía obedecer a sus padres y cuándo podía no hacerlo. Pero era una compañera excelente y Puck la estimaba mucho; así que, aquella tarde, después de las clases, se fue con su amiga a la «Gran Granja».

La señora Dreyer tenía invitadas a tomar el té. Entre ellas estaba la señora Frank. Cuando las dos muchachas entraron en el salón del jardín, la conversación de las señoras era muy animada.

— Ha sido usted muy gentil en venir, señora Frank — dijo la madre de Annelise—. Sé que tiene usted mucho trabajo estos días.

— Hace tiempo que le prometí venir, y no me gusta perderme sus reuniones. Además, mis huéspedes son mis hermanos, y son unos genios para entretenerse ellos mismos.

— Sí, pero usted tendrá otras cosas que hacer. Yo misma tengo dificultades en encontrar servicio; las jóvenes se van a las ciudades, y las comprendo muy bien.

— Sí, en parte tienen razón — opinó la señora Frank —, pero si se piensa en lo maravilloso que es vivir en el campo, no lo comprendo. Parece haber tenido usted suerte con la nueva sirvienta

que nos trajo el té hace poco.

— Sí, es muy simpática — contestó la señora Dreyer —. Es casi un milagro haberla encontrado. No sé cuánto dinero he gastado en anuncios. Muchas llamaron por teléfono, pero luego no se presentaron. La gente es muy extraña hoy en día. Por fin vino ésta y, aunque lleva aquí poco tiempo, me ha dado muy buena impresión.

— ¿Viene de la capital?

— Sí; aunque en realidad procede de Aarhus. No sé mucho sobre sus padres, pero ella es una chica muy educada, aunque tiene sus propias ideas.

La señora Dreyer levantó la vista y se dio cuenta de que llegaban Puck y Annelise.

— ¿Queréis tomar una taza de té con nosotras?

Las muchachas intercambiaron una mirada. Annelise estaba ansiosa por ir a las cuerdas; pero aún tenían tiempo de tomar el té.

— ¿Vais a estudiar juntas? —preguntó la madre de Annelise.

— Pues... —vaciló Puck.

— Así me gusta —rió la señora Frank—. Los estudios no lo son todo en este mundo. Sé que yo, como esposa del director, no debería decir esto, sino animaros a que estudiéis, pero sería una hipocresía. ¿Se acuerda usted, señora Dreyer, de cómo éramos nosotras en el colegio?

— Ya lo creo —rió la aludida—, pero nunca hablo de ello.

— ¿Eras muy mala, mamá? —preguntó su hija, mientras tendía la mano para tomar una tostada.

— Más que malísima —rió su madre—; sin embargo, acabé el bachillerato y espero que tú hagas lo propio.

— No quiero prometerte nada —dijo Annelise—. No tengo muchas ganas de estudiar.

— Entonces, ¿a qué quieres dedicarte?

— Aún no lo sé. Quisiera hacer muchas cosas. Primero me gustaría ir al extranjero. Espero que tú y papá me deis permiso algún día para ir a París.

— Tanta prisa tampoco tendrás —dijo la señora Dreyer—. Por el momento, debes terminar tus estudios. Es muy importante que los jóvenes aprendan; las chicas también. No se sabe nunca lo que puede ocurrir, y una formación sólida puede resultar muy útil.

Entre otras cosas, es muy importante saber idiomas.

—Eso, eso — aprobó Annelise —. Un año en Francia, otro en Alemania y otro en Inglaterra, y os prometo regresar hablando los tres idiomas como un nativo. Es el tiempo que necesitaría para estudiar el bachillerato. Tres años. Además, a mí terminarlo o no me da igual. ¿No opinas tú lo mismo, Puck?

— No — vaciló Puck —. A mí sí me gustaría terminar.

— ¿Y qué harías con tu bachillerato, si se puede saber? — preguntó su amiga—. La primera semana será quizá muy divertida ir con la gorra blanca de bachiller, pero luego, ¿qué?

— No me he decidido aún; pero me gustaría ir a la Universidad.

— ¡No me digas!

Puck se sonrojó. Todas la miraban, y no era fácil confiar a tanta gente sus proyectos para el futuro.

La señora Dreyer comprendió y cambió de tema. Un momento después, las muchachas se levantaron y salieron. La señora Frank sonrió.

— Son unas chiquillas encantadoras —dijo—. No sabe usted lo feliz que me siento con tantos chicos y chicas a mi alrededor.

— La comprendo. Además debe de ser más fácil educarlos en un colegio que en una casa.

— Pues no sé qué decirle —rió la señora Frank—. Lo más importante es que tengan confianza en sus maestros, y que éstos no les defrauden.

— ¿Quiere otra taza de té? —preguntó la dueña de la casa.

La esposa del director aceptó, e iba a tomar el azucarero cuando la señora Dreyer dijo, levantándose:

— Espere. No hay más azúcar. Voy a llamar a Malene.

— Es verdad — dijo la señora Frank sorprendida —. Pero ¡si hace un momento estaba lleno!

— En efecto —rió la madre de Annelise—, pero cuando mi hija va a ver los caballos, siempre encuentra una manera de vaciar el azucarero.

Puck llevaba pantalón vaquero. Annelise fue a cambiar su falda por un pantalón de montar. Poco después, las dos muchachas estaban en camino hacia las cuadras.



—¿Crees que está bien montar este caballo, habiéndotelo prohibido? —preguntó Puck, cuando estaban delante de «Beatnik».

— ¿Y por qué no voy a hacerlo? —dijo Annelise—. Parece muy tranquilo.

Acarició el belfo del animal y «Beatnik» se mostró muy amigable, sobre todo cuando vio el azúcar en la mano de Annelise.

— Ven. Ayúdame, Puck. Le pondremos la silla y las bridas y luego lo llevaremos hasta el picadero de entrenamiento, detrás de las cuadras. Papá pensaba convertirlo en huerto, pero yo protesté y, hasta el momento, he salido ganando. Puedes ensillar a «Black» para ti. Supongo que no tienes muchas ganas de intentar con «Beatnik».

— No, gracias. Más vale viejo conocido...

Ensillearon los caballos y los sacaron de la cuadra. No había nadie. Eso iba muy bien con los planes de Annelise. Una vez fuera, montaron y, de momento, «Beatnik» se portó como un manso corderito. Pusieron los caballos al paso y los dirigieron hacia el picadero.

— ¿Qué haremos?

— Seguiremos un poco al paso y luego los pondremos al trote.

Al principio no hubo dificultad. Luego, Puck puso su montura al trote. «Black» la obedeció a la perfección, y la muchacha disfrutó con el ejercicio. Hacía mucho tiempo que no había tenido oportunidad de montar a caballo. Annelise seguía al paso, mientras trabajaba con piernas y riendas para dominar a «Beatnik». Hay que tener mucha paciencia la primera vez que se monta un caballo; hay que comprenderlo y tener perfecto conocimiento de sus reflejos para llegar a dominarlo. Puck miró a su amiga de reojo. Annelise no parecía preocupada. Hasta entonces todo iba bien. Pero, cuando intentó poner a «Beatnik» al trote, empezaron las dificultades. El animal cabeceaba, levantaba la boca y oponía resistencia. Para

tranquilizar a su montura, Annelise la hizo volver al paso de andadura, la detuvo y volvió a empezar. Estaba bien sentada en su silla. Llevaba las riendas con una mano ligera, lo cual era lo correcto.



Conocía el arte de montar. Lo único que le faltaba a la muchacha era paciencia. Un caballo debe tratarse con mucho cuidado, sin forzarlo demasiado. Cuando intentó de nuevo poner a «Beatnik» al trote, el caballo se resistía dando saltos de lado e intentando levantarse sobre sus patas traseras. Annelise empezó a impacientarse. Le dio un ligero fustazo y un tirón de riendas que debía haber evitado.

«Beatnik» se intranquilizó. Se levantó de manos peligrosamente, lo cual puede resultar fatal, ya que lleva el peso de la silla y jinete sobre el lomo y, si se levanta demasiado, puede caer hacia atrás. Han ocurrido muchos accidente graves así.

— ¡Suéltalo! —gritó Puck.

Annelise le hizo caso y «Beatnik» posó nuevamente las manos en tierra.

— ¡Animal chiflado! — exclamó Annelise.

Puck se dio cuenta de que su amiga se estaba enfadando y le advirtió:

— Ten cuidado. Tienes que probar con mucha paciencia. No conoces al caballo aún.

— Sin embargo, ya debería saber trotar — opuso Annelise.

— Quizá lo haga si te muestras paciente.

— Pero yo no puedo permitir que el caballo me domine — murmuró la muchacha entre dientes —. Voy- a intentarlo de nuevo.

El resultado fue tan negativo como la primera vez. Annelise trabajaba a su montura con testarudez, y Puck se sorprendió de que su amiga no se cayera de la silla.

Llegó un momento en que también «Beatnik» perdió la paciencia. Sólo deseaba deshacerse de su jinete. Hizo lo que pudo por librarse de la chica, pero de momento ésta seguía montada. Intentó de nuevo el trote, que salió tan mal como las otras veces. Finalmente, el caballo hizo un movimiento brusco y Annelise salió despedida por encima de las orejas, para terminar sobre la hierba.

«Beatnik» se quedó quieto. Por suerte, Annelise no había soltado las bridas, aunque el caballo no intentó escapar.

— ¿Quieres que lo intente yo? —preguntó Puck no muy entusiasmada.

No. Lo intentaré de nuevo — dijo Annelise, mientras sacudía sus pantalones.

— ¿Quieres que lo sujete mientras montas?

— Gracias, sé montar sola.

Pero «Beatnik» parecía no querer que Annelise subiera sobre su lomo. Se movía continuamente y ella no podía meter el pie en el estribo. Daba pequeños saltos y se negaba a estarse quieto. Puck pensó que lo más sensato sería desmontar y ayudar a su amiga; pero, antes de que ella llegase al suelo, se oyó una voz de mujer desde las cuadras.

— Parece que eso anda mal, ¿verdad?

Una joven rubia estaba en la esquina del edificio, riéndose. Debía de ser la nueva sirvienta, de la cual había hablado la señora Dreyer.

— Deja que te ayude — dijo la chica y corrió hacia Annelise.

— Gracias, Malene. Agárralo de la brida, así podré montar de una vez.

De nuevo la terca chiquilla estaba sobre su aún más terca montura. Sin embargo, sus nuevos intentos fueron tan inútiles como los primeros.

— ¡Qué bestia! —exclamó—. Ojalá pudiese comprender qué le pasa.

— Creo que ha estado demasiado tiempo en la cuadra —dijo Malene—. Tiene demasiadas energías. Debes sentarte con más firmeza sobre la silla, usar mejor tus rodillas y luego darle aire hacia adelante. Además deja de tirar tanto de las riendas.

Annelise la miró sorprendida desde lo alto de su montura.

— ¿Entiendes tú de equitación?

— Un poco —sonrió Malene.

— ¿Quieres intentarlo?

— Me gustaría, pero no con esta ropa.

— Ve a cambiarte rápidamente. Tendrás pantalones, supongo.

— Claro. Voy por ellos. Desmonta mientras tanto y llévalo de la brida. Eso suele ayudar.

Asombradísimas, las muchachas la vieron correr hacia el edificio principal. Poco después regresó Malene. Vestía pantalones y jersey.

— Déjame intentarlo —dijo.

Y, en menos que canta un gallo, subió a la silla. «Beatnik» parecía muy sorprendido. Echó atrás las orejas e intentó una vez más sus trucos, pero tenía sobre sus lomos a una amazona que sabía dominarlo. Después de algunos intentos frustrados para derribar a su jinete, sus movimientos se volvieron suaves y tranquilos. Entonces, Malene lo puso al trote. Todo salió muy bien. Tanto Puck como Annelise la contemplaban boquiabiertas.

— ¡Sopla! —exclamó Annelise—. ¡Qué bien monta!

Malene cambió del trote al galope y también tuvo éxito. Mientras las dos muchachas la contemplaban con admiración, oyeron una voz a sus espaldas.

— ¿Qué significa esto?

Dieron media vuelta. Allí estaba el propietario Herbert Dreyer, el padre de Annelise.

* * *

— ¿No sabes, Annelise que no debéis montar este caballo? —dijo Herbert Dreyer en un intento de parecer severo—. «Beatnik» es un animal difícil, y no quiero que ocurra una desgracia.

— Sí, papá —dijo la chiquilla con aire culpable—. Pero me daba pena que el pobre caballo estuviera siempre en la cuadra. Lleva tanto tiempo allí...

— ¡Ya! —dijo el señor Dreyer sonriendo.

No podía resistirse ni ser duro con su hija. Y, volviéndose hacia

la sirvienta, dijo con cierta admiración:

— No sabía que usted montaba tan bien, Malene.

— Pues..., no... —Malene estaba colorada como un tomate—. Pasé por aquí y vi que las muchachas tenían problemas con su caballo. Intentaba ayudarlas únicamente.

— Estupendo. ¿Quién te enseñó equitación?

— Nadie — contestó Malene con fuerte acento jutlandés —. He pasado casi todas mis vacaciones en una granja donde tenían caballos y he montado desde pequeña; pero nadie me enseñó.

— Lo cual no le quita mérito — comentó el propietario —. bien, creo que basta por hoy. Usted debe volver a su trabajo, ¿verdad?

— Sí... Y gracias —dijo Malene y regresó corriendo hacia la casa.

Dreyer se volvió hacia Annelise.

— Por última vez te digo que no debes montar este caballo sin estar yo presente. Es difícil y nada seguro. No puedes confiar en él —dijo con expresión seria el señor Dreyer.

— Yo creo que sólo hay que saber tratarlo —opinó Annelise.

— ¿Y sabes tú cómo tratarlo?

Por una vez, Annelise se quedó sin saber qué contestar. Por fin dijo:

— No, papá. Tienes toda la razón, pero Malene podría enseñarme.

— Ya veremos. Yo sólo pienso en vuestra seguridad. Podéis montar a «Black» tanto como queráis. Ahora venid conmigo. Tomaremos una taza de té.

— Ya hemos tomado — dijo Puck.

— Sí, pero yo vengo del campo y necesito comer algo. Podéis hacerme compañía. No os pasará nada por tomar un par de pasteles más.

Las señoras aún estaban alrededor de la mesa cuándo ,el propietario entró con las muchachas. La señora Frank estaba explicando los planes para organizar la exposición y las conferencias de Arte en el pensionado. Sonrió a Puck.

—Debéis prometerme no decir nada a vuestros compañeros. Mi marido dará la noticia mañana durante el desayuno, y no quisiera que se le adelantaran.

La señora Dreyer ordenó a su hija:

— Ve a la cocina y dile a Malene que haga más té.

— Me gustaría saber algo más acerca de esos planes —sonrió el propietario—. ¿Será una exposición de arte abstracto?

— De momento, expondremos obras de mi hermano Hubert que, como usted sabe, es un buen pintor y muy sensato. Aunque mi otro hermano Christian está interesado en el arte abstracto, nuestra intención es que la exposición sea... ¿Cómo lo diría yo?... Normal.

— Eso me tranquiliza. Iremos con mucho gusto —dijo Dreyer—. Dígame, ¿quiénes expondrán?

— Hemos hablado hasta ahora de Preben B. Jensen y Aage Lund. Luego está también Birgitte Simonsen. ¿Se acuerda? La joven escultora que tanto éxito tuvo en la exposición de primavera. Mi hermano les conoce a todos y se pondrá en contacto con ellos para interesarles en nuestro proyecto. Hemos pensado invitar a algunos a que pasen unos días con nosotros, mientras dura la exposición. Quizá podremos lograr incluso que vengan músicos de Copenhague para celebrar un par de conciertos.

Annelise había regresado, y poco después Malene entró con la tetera.

— En realidad, me gustaría conocer a algún pintor abstracto también —dijo Dreyer—. Los hay locos de remate, sin embargo, otros tienen algo que decir. ¿No le parece?

— Quizá —admitió la señora Frank—. Mi hermano está muy interesado en la nueva ola de artistas. Ha escrito mucho sobre ello y siempre trata de encontrar nuevos talentos.

— ¿Por qué no invita a algunos de ellos a exponer en el pensionado? —preguntó Dreyer.

El ruido de una taza rota les hizo volverse hacia Malene que se había puesto colorada.

— Lo siento muchísimo —dijo la muchacha.

— No se preocupe —la consoló la señora Dreyer—. ¿Cómo ocurrió?

— No lo sé —dijo Malene mientras recogía los añicos—. Se me cayó.

Cuando la chica salió de la habitación, Dreyer frunció las cejas.

— ¿Se asustó por algo? —preguntó.

— No lo creo —contestó su esposa—. Todos tenemos momentos de torpeza. Olvidémoslo.

Casualmente, Puck estaba mirando a Malene cuando se le cayó la taza y tuvo la impresión de que ésta, si bien no parecía haberse asustado, al menos se había sorprendido; sin embargo, no dio importancia a lo ocurrido.

Más tarde, cuando Annelise y Puck regresaban al pensionado, se encontraban en la carretera a sus dos compañeros Alboroto y Cavador. Los muchachos llevaban sus bicicletas cargadas de trastos viejos, que en apariencia habían sido sacados de un vertedero de basuras.

— ¿Qué significa esto? —inquirió Annelise—. ¿Os habéis vuelto locos?

— Comprendo tu sorpresa, angelito; pero espera a ver el resultado de nuestros experimentos —dijo Alboroto, arrogante—. Te quedarás asombrada de nuestro genio.

— Ya lo estoy —rió Annelise—. ¿Cómo se os ha ocurrido recoger tanta basura?

— ¿Basura? — exclamó Cavador indignado—. ¿Llamas basura a estas piezas valiosísimas para nuestra maravillosa máquina?

— ¿Qué máquina? —preguntó Puck—. ¿Estáis inventando algo?

— ¡Qué pregunta! — dijo Alboroto muy seguro de sí mismo—. El señor Edison se morirá de envidia.

— El señor Edison ya ha muerto — informó Puck irónica—, pero no de envidia.

— Bueno, pero si viviera se moriría de envidia. No tendría tiempo ni de inventar otra vez el teléfono...

— No, claro..., como que no lo inventó él —se burló Puck.

— Es posible; sin embargo, como no podríais comprendernos a nosotros, los genios, juzgo inútil insistir en la conversación. ¡Adiós, jovencitas!

— No te lo tomes así — protestaron las muchachas—. Cuéntanos, ¿qué pensáis hacer?

— No pensamos; estamos ya haciendo — dijo Cavador—. Estamos inventando algo de mucha importancia para toda la humanidad.

— ¿Qué clase de invento? Estás torturando mi curiosidad.

— Paciencia, chiquilla —dijo Alboroto—. Como dije antes, os sorprenderéis, es más, os impresionaréis. Ni siquiera se os hubiera ocurrido pensar que seríamos capaces de inventar algo tan

grandioso.

— ¡No me digas! —rió Annelise—. Aunque nos habéis dado ya tantas sorpresas que creo difícil que podáis sorprendernos.

— Pero esta vez la sorpresa os hará caer de espaldas.

— Pues, ¿a qué esperas para contárnoslo? —dijo Puck, impaciente.

— Está bien. Si mi honorable colega da su consentimiento, voy a explicar a grandes rasgos la evolución revolucionaria que provocarán nuestros experimentos: Estamos inventando el primer espantapájaros-robot que va a poseer la humanidad.

— ¿Qué? —gritaron las dos muchachas boquiabiertas.

— Un espantapájaros-robot —explicó Cavadador—. Un espantapájaros vivito y coleando. ¿Comprendéis? Han progresado mucho las cosas desde que la gente creía suficientes unos trapos viejos en una escoba para espantar a los pájaros de los huertos. Admito que esos anticuados muñecos tenían cierto encanto. Pero hasta los pájaros son hoy en día más listos, y los espantapájaros tradicionales ya no les asustan. Hemos pensado que podía fabricarse una especie de máquina movida por el viento...



—En otras palabras, un molino de viento — se burló Annelise.

— ¡Qué expresión tan poco adecuada! — se quejó Alboroto—. Vamos a hacer una turbina que utilizará la energía del viento para que nuestra máquina se mueva y emita sonidos que los pájaros desconozcan. Habíamos pensado en un ruido espantoso.

— Y podríais llamarlo «Alboroto» — apostilló con ingenio Puck.

— No está mal tu idea — rió Alboroto —, pero queremos que sea una sorpresa y debéis mantener la boca cerrada. Vamos a trabajar en un rincón del jardín. Estoy seguro de que la señora Frank nos dará las gracias, entusiasmada, al ver la maravilla que le vamos a inventar para su huerto. ¡Hasta luego! Vamos a trabajar. Pero recordad que debéis mantener el secreto.

— No te preocupes — rió Annelise —. No diremos nada a nadie.

— Para no ser el hazmerreír de todos — terminó la frase Puck, con sarcasmo—. ¡Suerte, muchachos!

Las chicas montaron en sus bicicletas y se marcharon.

— Son muy divertidos — dijo Annelise, de repente —. Me gustan. Siempre tienen ideas muy originales.

— Sí, son unos compañeros de primera — dijo Puck.

Pedalearon un rato en silencio y al fin Annelise preguntó:

— ¿Qué piensas de Malene?

— Me gusta. Parece muy simpática. Además, monta muy bien.

— Sí — admitió Annelise —. Me ha dejado impresionada. Pero hay algo misterioso en ella. ¿Te fijaste cuando rompió la taza?

— Perdona, pero no veo el misterio por ninguna parte. Rompió una taza, y eso fue todo.

— Yo creo que se asustó o se sorprendió por algo. Y pensándolo bien, creo saber por qué.

— ¡No me digas! —sonrió Puck—. ¿Vas a convertir una taza rota en un misterio?

— No es eso. Es que estuve en su habitación.

— ¿Y qué? ¿Estaba llena de tazas rotas?

— No te rías. Vi algo mucho más emocionante: tenía cuadros.

— ¿Pinturas? ¿Es coleccionista, acaso?

— No —dijo Annelise con aire misterioso—. Ella pinta. Cuando mamá me mandó pedir más té, fui a su habitación y llamé a la puerta. Al abrir vi que ya se había quitado el uniforme. Pareció molesta al verme. Tenía la habitación llena de lienzos, pinceles y cosas para pintar.

—¿Tu madre lo sabe?

— No lo creo. Malene me hizo prometer que no diría nada a mamá.

— ¿Qué clase de cuadros pinta?

— Parecían abstractos, pero a mí me gustaron mucho. Tenían unos colores sensacionales. Tengo intención de hablar con ella sobre sus cuadros, sobre todo ahora que vamos a celebrar esa exposición. Sería formidable que ella participase.

— No está mal tu idea — admitió Puck —. ¿Qué edad tiene?

— Sólo diecisiete años.



Cuando la señora Frank regresó de la reunión en la «Gran Granja» encontró a su marido y a sus hermanos abogados a una viva discusión dentro de la biblioteca. Como era de suponer, Christian y Hubert no estaban de acuerdo respecto a la exposición.

El director estaba explicando a Hubert, cuya idea era usar las aulas como salas de exposición, que era imposible interrumpir las clases normales durante el certamen.

— Tienes que comprender —dijo— que las clases deben seguir normalmente. No podemos llenar de cuadros las aulas.

— ¿Qué quieres decir con eso? —Hubert miró furioso a su cuñado—. ¿Vamos a llevar la cultura al campo y tú te preocupas de unas clases?

— No lo tomes a mal — se defendió el director.

— Primero debemos ponernos de acuerdo sobre a qué artistas invitamos — interrumpió Christian Lassen —. Hemos hablado de Preben B. Jensen y Aage Lund y me parece estupendo; pero, ¿no sería una buena idea invitar a un par de pintores abstractos también?

— ¿Qué? —gritó Hubert—. ¡Dios nos libre! No queremos a esos estafadores por aquí. Sería como un veneno... No podríamos respirar...

— ¿De envidia quizá? —le interrumpió Christian, mordaz.

— No — contestó Hubert —; de mal olor. He pensado exponer media docena de mis cuadros de París, y también estoy dispuesto a

pintar en el parque para que los niños vean cómo se hace un cuadro.

— Es una idea muy buena — aprobó el director Frank —. ¿Verdad, Christian?

— Sí, pero sería más sensata si todos nuestros artistas invitados hiciesen lo mismo. Tenemos que hablar más de ello, pero — dijo Christian Lassen, volviéndose hacia su hermano —, siento decirte que París ha tenido muy mala influencia sobre ti. Te has vuelto muy anticuado; quizá se deba a tus años. Sin embargo, ocurren tantas cosas en París que debían animar a un artista a que deje las viejas formas y busque nuevos horizontes... Tomemos, por ejemplo, a Buffet.

— ¿Buffet? — gritó Hubert—. ¿Llamas artista a éste?

— Ya lo creo —dijo Christian Lassen, y encendió un cigarrillo. Sus movimientos eran nerviosos. Quizá no le gustaba la tensión que crecía entre su hermano y él —. Bernard Buffet es un artista muy importante. Admito que a veces abusa de sus negros y pardos, pero tienes que darme la razón sobre...

— ¡Ni lo sueñes! — contestó Hubert con gesto irritado —. No me gustan los pintores que olvidan lo esencial, la vida misma.

— Vamos —interrumpió Bodil—. Vais demasiado lejos. Estamos hablando de la exposición del colegio, no de resolver los problemas del arte.

— Bodil tiene razón —dijo el director—. ¿Cuántos cuadros necesitamos? ¿Qué pintores debemos invitar? Hemos pensado en Preben B. Jensen y Aage Lund. ¿Qué pasa con la joven escultora Birgitte Simonsen?

— Tiene mucho talento —dijo Christian Lassen.

— ¿De acuerdo pues? —dijo Hubert—. Ya sabemos lo que queremos. Yo iré a Copenhague a buscar mis cuadros de París. Luego tenemos que hablar de la música.

— Me gustaría organizar un auténtico festival de arte, música y cultura —intervino el director Frank.

Y siguió la discusión.

* * *

Al día siguiente por la mañana, el director comunicó la gran noticia durante el desayuno.

Los alumnos, sobre todo los de los últimos cursos, encontraron

muy emocionante la idea. Los pequeños, en verdad, hubieran preferido un partido de fútbol.

Alboroto y Cavadore apenas se enteraron; estaban demasiado ocupados con su invento. Habían reunido todas las misteriosas piezas de su espantapájaros-robot en un rincón del gran jardín, y allí trabajaban cada tarde.

Puck se encontró con Cavadore durante uno de los recreos y le preguntó:

— ¿Cómo siguen los experimentos?

— Estupendamente —contestó el chico—. Vamos trabajando. Tenemos algunos problemas técnicos, pero eso también ocurre en Houston cuando lanzan sus cohetes a la Luna. Roma no se hizo en un día, y los grandes inventos requieren su tiempo. Nos divertimos mucho.

— ¡Os deseo suerte! —sonrió Puck—. Pasaré por ahí uno de estos días para ver vuestra obra.

— No, por favor. El lugar es secreto. Sabes muy bien que los genios como Alboroto y yo trabajamos mejor en silencio. Así le ocurría a Niels Bohr y a Einstein.

— Estoy de acuerdo —dijo Puck burlona y siguió su camino.

Junto a la escalera principal estaba Annelise haciéndole señas extrañas y misteriosas.

— Escucha —dijo cuando Puck llegó a su lado—; es muy interesante lo que el director dijo sobre la exposición, y me preguntó si no podríamos hacer algo por Malene, para que participe en la exposición.

— ¿Crees que pinta suficientemente bien?

— Lo que yo vi el otro día me gustó mucho. ¿Por qué no vamos a hablar con ella esta tarde? Quizá nos enseñe algunos cuadros, si prometemos ayudarle para que le admitan sus obras en la exposición.

— Pero, no sabemos si ella piensa convertirse en pintora profesional —opuso Puck.

Pero Annelise no se dejó convencer y por la tarde las dos muchachas se fueron de nuevo a la «Gran Granja». Encontraron a Malene trabajando en la cocina. Annelise, que no era nada diplomática, fue directamente al grano.

— Escucha, Malene —dijo—. Vamos a hacer una exposición de

arte en el colegio.

—Ya lo sé —dijo Malene dejando un plato en la mesa.

— Será algo soberbio — añadió Annelise —. En el pensionado hay un experto crítico de arte, que va a ocuparse de todo. ¿Por qué no participas?

— ¿Yo?... ¡Pero si yo no....

— No seas modesta — dijo Annelise —. El otro día vi algunos de tus cuadros, y me gustaron. ¿Por qué no nos cuentas algo sobre ti misma? ¿Quieres ser pintora?

Un ataque tan directo sorprendió a la muchacha, que no tuvo escapatoria.

— Pues... —empezó vacilante—. Me gustaría mucho.

— ¿Por qué no vas a estudiar a la escuela de Bellas Artes, entonces?

— No es tan fácil — dijo Malene, moviendo la cabeza —. La verdad es que a mis padres no les gusta que sea pintora. Creen que es un capricho. Quieren que aprenda un oficio, y mi madre se empeña en que estudie para enfermera. Pero yo sólo sueño con pintar. Prométeme, Annelise, que no lo irás diciendo por todos lados.

— ¿Nadie ha visto tus cuadros? — preguntó Puck —. ¿Quién te enseñó a pintar?

Malene vaciló.

— Será mejor que vayamos a mi habitación. Así podréis juzgar vosotras mismas. Quizá encontraréis muy extrañas mis pinturas. En mi casa nadie me comprendió.

Fueron al cuarto de Malene y ésta sacó de su armario varios cuadros. Los colocó sobre su cama y Puck los contempló con asombro. Se trataba de algo muy extraño. En parte expresaban algo, aunque en realidad no representaban nada concreto. Eran grandes superficies de colores maravillosos y extrañas sombras que tomaban fantásticas formas.

— ¿Qué piensas ahora? —preguntó Malene, tímida.

— Son muy... muy extraños —dijo Puck—, pero me gustan. Hay algo en ellos que no logro explicarme. ¿Qué intentas expresar con tu pintura?



— Creerás que estoy chiflada — dijo Malene —, pero intento hacer filosofía.

— ¿Filosofía? Y yo que creía que la pintura abstracta era únicamente colores y líneas que no representaban nada en especial, pues trataban sólo de producir sensaciones puras...

— Quizá estás en lo cierto — sonrió Malene —; pero yo no sé pintar de otra forma. En Aarhus seguí un curso de filosofía. Me entusiasmé con los filósofos griegos y con su visión del mundo y de la vida humana. En ellos encontré ciertas ideas que intenté expresar primero en acuarela y más tarde con óleo sobre un lienzo. No puedo decirte que esto significa una cosa y aquello otra. Sólo puedo decir que así es como yo interpreto mis ideas.

— Es fantástico — exclamó Annelise —. ¿Sigues pintando? Quiero decir si pintas aquí.

— Sí, cada noche.

— ¿Y no sales a pintar al aire libre un árbol, por ejemplo? — preguntó Puck.

— He intentado hacerlo — dijo Marlene —, pero no me dice nada el paisaje. Esto no quiere decir que no pueda pintar un árbol en mis cuadros, si quiero expresar que algo crece.

— ¿Quién ha visto tus pinturas? — preguntó Annelise.

— Mi viejo profesor de dibujo, y me aconsejó dejarlo — dijo Malene con tristeza —. A nadie le gustan mis cuadros. Sois las primeras en decir algo agradable.

— ¿Qué piensas hacer con ellos?

— No lo sé. Me gustaría exponerlos para saber si alguien los comprende. Pero no me atrevo.

— Podríamos llevarnos un par al pensionado y pedir la opinión del profesor Lassen. Está en nuestro colegio. Es un hombre muy importante, crítico de arte y todo eso.

— Sé quién es — dijo Malene —. Leo todo lo que se publica sobre arte. Sin embargo, jamás me atrevería a enseñarle mis cuadros.

— ¿Por qué? —preguntó Annelise—. En el peor de los casos, dirá que no le gustan, igual que tu profesor de dibujo; pero puede ocurrir lo contrario, que los encuentre formidables.

— No... No me atrevo —dijo Malene—. Además, ¿qué diría la señora Dreyer?

— No te preocupes por mamá. Yo arreglaré el asunto con ella. Por otra parte, no te dirá nada porque tengas tu afición, después de cumplir tu trabajo. Lo que hagas en tus horas libres no les incumbe a los demás. Me has impresionado de veras. Me gustan tus cuadros.

— Quizá porque no entiendes nada de pintura — sonrió Malene. Recogió las telas y volvió a esconderlas en el armario.

— No hablemos más de ello — dijo, e intentó que su voz sonase alegre y despreocupada—. Debo volver a mi trabajo y vosotras habéis prometido guardar mi secreto.

— No te preocupes — dijo Puck —. Pero sigo pensando que deberías enseñárselos al profesor Lassen. Sería magnífico que los expusieras junto a los de otros artistas famosos.

— Sí; pero es imposible — dijo Malene —. Ahora debéis marcharos.

Aqué fue el fin de la conversación. Las muchachas emprendieron el regreso al colegio, después de haber hecho una rápida visita a las cuerdas. Ambas estaban muy preocupadas por lo que habían visto.

— Creo que Malene es un genio —opinó Annelise.

— Es posible, pero ni tú ni yo entendemos mucho sobre arte.

— Es verdad; no obstante, sigo pensando que debíamos enseñarle sus obras al profesor Lassen.

— Pero Malene no quiere.

— Tendrá que cambiar de parecer. Quizá después tenga que

darnos las gracias por haberla ayudado a alcanzar la fama.

—En el caso de que alcance la fama — dijo Puck con tristeza—. ¿Qué pasará si el profesor se ríe de ella? Sería prestarle un flaco servicio. Malene es una muchacha muy extraña. Estaba tan segura de sí misma cuando montó a «Beatnik», y fíjate su reacción al hablar de los cuadros. Parecía un conejo asustado.

— Seguramente ese profesor y sus padres la han acomplejado — dijo Annelise.

— Precisamente por eso debemos andar con pies de plomo.

— Me gustaría tomar prestadas un par de sus pinturas — murmuró Annelise entre dientes —. Me interesa conocer la opinión de los expertos.

— Pero no puede ser —hizo constar Puck—. ¿Olvidas que hemos prometido a Malene no decir nada de sus pinturas?

* * *

Si la tía Amalie no se hubiese muerto, el festival del pensionado de Egeborg hubiera transcurrido sin duda en paz y armonía...

Casi nadie conocía a la tía Amalie. La anciana tenía 97 años y había vivido en un asilo desde hacía mucho tiempo. Era parienta muy lejana de Bodil y Kaya, y ninguna de las dos la habían tratado lo suficiente para que su muerte pudiera afectarles mucho. Naturalmente, era triste saber que la anciana había muerto, y decidieron ir a Copenhague para asistir al funeral. Se marcharon una mañana temprano en el coche de Christian Lassen y esperaban regresar por la tarde del mismo día.

Durante el desayuno habían hablado otra vez del festival. Los dos hermanos, en aquella ocasión, estuvieron más cerca que nunca de reñir en serio. Naturalmente, el tema fue los pintores abstractos. Christian Lassen había bajado a desayunar de muy buen humor, al parecer lleno de energía y buenas ideas.

— Escucha, Hubert — empezó con tono persuasivo —. He estado dándole vueltas al asunto y he llegado a la conclusión de que debemos invitar a un par de los pintores no-figurativos.

Hubert Lassen se estaba sirviendo el té. La noticia le hizo derramar el líquido en el plato.

— Pero, ¿qué te pasa? —dijo—. ¿Creí que habíamos acordado excluir a esos estafadores?

La cara de Christian Lassen se tornó sombría.

— No me gusta que sigas usando para ellos el calificativo de estafadores —dijo—. Hay auténticos talentos entre ellos. Ya empieza a ser una tortura hablar contigo. Yo tengo la responsabilidad de organizar este festival. Tú puedes hacer lo que quieras, pero yo tengo que dar la cara al público y a la prensa.

El director intentó intervenir.

— Vamos, Christian. No es el Museo de Bellas Artes ni la Academia quienes respaldan nuestro proyecto. Esto es privado, algo que hacemos para divertirnos y alegrarnos.

— ¿Divertir y alegrar? ¡Vaya, vaya! —Christian Lassen estaba enfadado de veras—. No veo que haya nada cómico en el arte.

— Tampoco he querido decir eso, y lo sabes —dijo el señor Frank.

— Claro —dijo Hubert—, pero para mi querido hermano todo se ha transformado en teoría, en libros muertos.

Entonces Bodil y Kaya decidieron cambiar de conversación.

— Ya está bien —dijo Kaya—. Es absurdo que vosotros os portéis como colegiales. Hay cosas más serias en qué pensar. Bodil y yo vamos a asistir al funeral de la tía Amalie. Podíais tener un poco de consideración...

— No me hagas reír —exclamó Hubert—. Podíais haberos preocupado algo más por ella mientras vivía.

— Cuidado, Hubert —advirtió su mujer.

—Está bien, lo siento; pero sólo quería decir que también es muy serio lo que estamos haciendo aquí.

— Y tan serio —añadió Christian.

Bodil no pudo menos que sonreír.

—Celebro que estéis de acuerdo en algo —dijo.

— No estamos de acuerdo en absoluto —exclamó Hubert.

— En absoluto.

— También estáis de acuerdo en que no estáis de acuerdo —rió el director.

Sus cuñados no le vieron la gracia al chiste. Cambiaron de tema.

Poco después, las dos hermanas se despedían para ir al funeral. Durante el camino hablaron de la discusión.

— Es horrible ver con qué facilidad riñen esos dos —dijo Kaya—. Tú y yo debemos evitar que se peleen en serio antes de terminar la exposición. Es extraño que los hombres sean así. Se enfadan por

cualquier cosa. Ojalá pudiesen hablar de sus asuntos como personas pacíficas. Al fin y al cabo, se trata de un pasatiempo.

— Estoy de acuerdo contigo —asintió Bodil—. Te prometo colaborar en que todo salga bien.

Fueron un rato en silencio. De pronto, Bodil dijo:

— La tía Amalie era una persona encantadora.

Kaya miró sorprendida a su hermana, como si sospechara que estaba tramando algo. No obstante dijo con naturalidad:

— Sí, tienes razón. Era una anciana encantadora. Yo la he tratado más que tú. Como estabas en París...

Entonces fue Bodil quien miró de reojo a su hermana. Una extraña tensión crecía entre ambas.

— Quizá sí —dijo—, pero antes de marcharme a París yo la visitaba con más frecuencia que tú.

— ¡No me digas! Pues la tía me dijo que no te veía nunca.

— ¡Vaya! —rió Bodil con fingida alegría—. Eso mismo me dijo respecto a ti. Le escribía desde París y ella disfrutaba con las noticias de allí. De joven iba con frecuencia a Francia, y creo que compró allá su maravilloso reloj de pesas inglés.

Las palabras «reloj de pesas» hicieron sobresaltarse a Kaya.

— Ah sí, el reloj —dijo.

Luego reinó un completo silencio mientras las dos hermanas seguían su viaje hacia la capital. No era nada agradable. El ambiente, de súbito, se había vuelto glacial. No hablaron más ni sobre el reloj ni sobre su tía Amalie. El funeral transcurrió en silencio. Al salir de la iglesia, Bodil dijo:

— ¿Te has despedido de todos? Podemos regresar ya.

— Quizá sería mejor ir antes al apartamento de tía Amalie, en el asilo —contestó Kaya.

— ¿Para qué? —dijo Bodil rápida—. No creo que sea necesario.

Las dos pensaban en el reloj de pesas. La verdad era que la tía Amalie había sido una persona muy distraída y había prometido a ambas sobrinas dejarles en herencia su valioso reloj. En aquel entonces, la tía estaba muy bien de salud y ni Bodil ni Kaya echaban de menos un reloj en su hogar. Pero la tía había muerto y el reloj se encontraba en su apartamento del asilo. ¿Para cuál de ellas sería? Esto era lo que hacía pensar y mirarse con desconfianza a las dos hermanas.

El regreso desde Copenhague fue muy embarazoso para las dos. Ni Bodil ni Kaya quisieron tratar el asunto. Recorrieron muchos kilómetros sin hablar de otra cosa que no fuera el tiempo o los parientes que habían encontrado en el funeral. En una pausa muy embarazosa, pareció como si el sonido del carillón del viejo reloj sonara en sus oídos. Al fin, Bodil dijo:

— Seguramente habrá un arreglo para esto.

Aunque no dijo nada más, Kaya comprendió en el acto.

— Sí; no hay duda — dijo —. Además, no será difícil.

— ¿A qué te refieres? —preguntó Bodil rápida.

— Es muy simple — dijo Kaya —. La tía me lo prometió a mí y es natural que yo me lo lleve.

— También me lo prometió a mí —dijo Bodil con una nota aguda en la voz.

— No lo niego, pero a mí me lo prometió primero.

— ¿Cómo lo sabes?

— Pues... Pues no lo sé, pero así es —dijo Kaya con la mirada clavada en la carretera, pues era ella quien conducía.

— No comprendo cómo puedes decir eso. La tía me dijo que yo heredaría su reloj. ¿Por qué no quieres que lo tenga yo?

— Podría preguntarte lo mismo a ti.

Aquello fue el principio de una riña entre hermanas, bastante corriente, sobre todo cuando se trata de heredar.

— Es ridículo — dijo Bodil — pelearse por un trasto viejo.

— Si el reloj te parece un trasto viejo, ¿por qué lo quieres?

Y así seguían discutiendo mientras Kaya, nerviosa, aumentaba la velocidad.

— No vayas tan aprisa — dijo de pronto Bodil —. Es irresponsable ir a tanta velocidad.

— Yo conduzco muy bien — le cortó su hermana —. ¿Vas a enseñarme cómo se conduce un coche?

— Nada de eso, pero me preocupa mi propia seguridad.

— Ojalá pensaras más en tu seguridad y menos en ese dichoso reloj.

— Ahora tú dices «dichoso reloj» despreciándolo. ¿Por qué lo quieres, entonces?

— ¿Quieres callar?...

Kaya pisó el acelerador y el coche aumentó de velocidad. Bodil

tenía razón al decir que iba demasiado aprisa. Además, es irresponsable conducir con los nervios alterados. Pero Kaya no pensó en ello.

De repente, un coche de caballos salió de una bifurcación. Kaya no se dio cuenta hasta el último instante. Reaccionó rápidamente y giró para evitar el choque, con lo cual se colocó en el lado izquierdo de la carretera, por donde un camión iba hacia ella de frente.

Bodil gritó. Pareció que iban a chocar contra el camión; sin embargo, su chófer tuvo suficiente presencia de ánimo para echarse al lado opuesto de la carretera, y cruzarse con el coche sin rozarle siquiera.

El camión volvió a su derecha con rapidez para evitar rrollar al coche de caballos. Fue como un milagro.

Kaya volvió al lado derecho de la carretera y paró. La reacción la hizo llorar. También el camión se había detenido. El chófer bajó y se acercó corriendo. Estaba furioso.

— ¿Qué forma de conducir es ésta? —gritó.

Kaya no fue capaz de contestar, y Bodil tuvo que ayudarle. Estaba tan asustada como su hermana, pero logró reponerse y contestar.

— Tuvimos que hacerlo para no chocar contra el coche de caballos — dijo.

— Sí, pero ustedes iban a demasiada velocidad.

Kaya levantó la vista. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

— Lo sé —hipó—. Iba demasiado aprisa. Lo siento mucho. Espero que no haya ocurrido nada grave.

— No ocurrió nada, pero no porque usted hiciera mucho por evitarlo — dijo el chófer del camión —. Puede dar gracias a Dios de que yo sepa conducir bien. Debiera denunciarla a la policía.

— No lo haga, por favor — dijo Kaya.

El chófer parecía vacilar. Al final se encogió de hombros:



—Está bien. Tampoco vamos a sacar nada ni usted ni yo, pero en el futuro tenga más cuidado.

Saludó con un gesto de cabeza y volvió a su camión. Kaya seguía mirando ante sí y Bodil dijo:

— Debemos seguir. ¿Quieres que conduzca yo?

— No — contestó Kaya —. No es necesario.

Puso de nuevo el coche en marcha, y el resto del camino fue muy despacio. Ninguna de las dos habló. Ambas estaban muy asustadas. Sin embargo, por extraño que parezca, las dos seguían empeñadas en conseguir el reloj de pesas de su tía Amalie. Cuando llegaron a Oesterby e iban ya camino del colegio, Kaya dijo:

— Tenemos que resolver el problema del reloj. Podemos echarlo a suertes.

Pero la cara de Bodil tuvo una expresión severa:

— Ni hablar. Es mío y lo quiero para mí. Si te hubieras portado con sensatez desde el principio, te lo hubiera propuesto yo; pero he cambiado de opinión.

— Pero, ¿no ves que es una locura? —suplicó Kaya.

— Entonces, dámelo a mí — propuso Bodil.

— Si dices que es tuyo, cómo voy a dártelo, ¿eh?

— Esto es ridículo. ¿Cómo puedes ser tan testaruda?

Las dos hermanas fueron hacia la entrada del pensionado tras apearse del coche. Hubert Lassen se encontraba pintando al lado de unos árboles. Christian Lassen iba hacia la entrada con unas cartas.

— ¿Cómo os ha ido?

— Bien, gracias —dijo Kaya y miró a su hermana como para decirle: «Ni una palabra de lo ocurrido».

Sin embargo, Bodil no le hizo caso.

— Ha ido todo muy bien, a pesar de que estuvimos a punto de estrellarnos contra un camión — dijo rápida.

— ¿Qué quieres decir?

— Lo que oyes — continuó Bodil —. Estuvimos a punto de estrellarnos contra un gran camión. Si su chófer no hubiera sido tan buen conductor, no nos hubieras vuelto a ver a ninguna de las dos.

— ¡No lo comprendo! ¿Cómo ocurrió, Kaya?

Kaya tuvo que confesar. Su marido la escuchaba con las cejas fruncidas y al final dijo furioso:

— ¡¿Cómo puedes conducir así?!

— No me grites —contestó ella—. Bodil me estaba poniendo nerviosa con un montón de tonterías.

Hubert Lassen, que había oído las exaltadas voces, dejó su pincel y se acercó. Al enterarse de lo ocurrido, se volvió hacia su cuñada:

— ¿Cómo se te ocurre conducir a tanta velocidad? Podías tener cuidado, al menos cuando vas con tu hermana.

— ¡Gran parte de la culpa fue de Bodil! — gritó Kaya.

— Pero ¿qué os pasa?

— Es Kaya — dijo Bodil —. Se empeña en que ella debe heredar el reloj de pesas de la tía Amalie.

— Tiene razón — dijo Christian.

— No, no tiene razón —interrumpió Hubert—. La anciana se lo prometió a Bodil hace ya muchos años. Me acuerdo muy bien; yo estaba presente.

— ¿Quieres saber otra cosa? Yo también estaba presente cuando la tía se lo prometió a Kaya — dijo Christian Lassen enfadado.

— Esta discusión es ridícula — dijo Hubert Lassen —. ¿Cómo se puede reñir por un condenado reloj?

— Si ese reloj es mío, no veo por qué debo regálárselo a Kaya — dijo Bodil con frialdad.

— Así no vamos a ninguna parte —opinó Christian Lassen—. ¿Por qué no admites que el reloj...?

—Porque no hay nada que admitir —le cortó Bodil.

Los cuatro se miraron furiosos.

— Voy a llevar el coche al garaje — dijo por fin Kaya—. Ya he oído bastante.

— No te preocupes, bajaré en seguida — dijo Bodil y se marchó hacia el edificio principal.

Hubert miró furioso a su hermano y a su cuñada y se fue en busca de su caballete. Había perdido las ganas de pintar más aquella tarde. Poco después, también él se dirigió hacia el edificio principal.



Christian Lassen se quedó mirando cómo su mujer se llevaba el automóvil al garaje. Luego se dio cuenta de las cartas que llevaba en la mano: una para Preben B. Jensen, otra para Aage Lund y una tercera para Brigitte Simonsen.

Había decidido aceptar las ideas de su hermano y excluir a los pintores abstractos de la exposición. Pero, después de lo ocurrido, cambió de idea. Rompió las cartas en pedazos y, con paso decidido, se fue hacia el edificio principal.

Se le había ocurrido una idea. Iba a jugarles una mala pasada a todos. Tendrían que ver cuadros que nunca hubieran soñado ver. Con una sonrisa de triunfo subió a su habitación para escribir nuevas cartas.

Y así fue cómo el festival de arte, música y cultura del pensionado de Egeborg tuvo otro carácter muy diferente al que se propusieron sus organizadores.



VIII

Los días siguientes transcurrieron en un ambiente muy sombrío, pero las clases continuaron con toda normalidad.

El director se ocupaba de su trabajo cotidiano, pero en su interior estaba muy disgustado por la violencia que reinaba entre sus huéspedes. Sin embargo, él no podía hacer nada para remediarlo. Sólo cabía esperar que con el tiempo se les pasara su mal humor.

Y llegó el primer invitado. Hizo su aparición durante el largo recreo, cuando la explanada ante el edificio principal estaba llena de niños jugando. Puck, Annelise y Karen estaban hablando con Navio sobre los próximos exámenes de redacción danesa.

— Yo creo que será sobre Bertel Throvaldsen —opinó Navio—. Menos mal que he leído todo lo que hay en la biblioteca sobre el viejo.

— ¿No podías hablar con más respeto de uno de los más grandes artistas daneses? —regañó Puck—. ¿Acaso no has visto sus esculturas en la Catedral de Copenhague? Son muy hermosas.

— Os habéis vuelto muy aficionadas al arte, últimamente —rió Annelise—. Se ve que el director Frank ha tenido éxito con su gran idea... ¡Fijaos en ese tipo, chicas!

Las muchachas miraron. Un joven llegaba caminando desde la entrada del parque. Vestía pantalón vaquero muy gastado y un jersey demasiado grande. Calzaba unos sucios zapatos de lona por los que se asomaban los dedos de sus pies. Alrededor del cuello

llevaba un pañuelo rojo que luchaba en pugna desigual con una barba larga y descuidada. Además, el hombre tenía un cabello largo y despeinado. En total, ofrecía un aspecto desastroso.

— ¿Qué buscará aquí ese vagabundo?

— Mendigar, supongo.

La señorita Fagerlund, que hacía de vigilante durante el recreo, vio al hombre, y, con pasos decididos, se fue hacia él para echarle. La señorita Fagerlund era enérgica cuando se proponía algo. Se paró ante la extraña figura del recién llegado.

— ¿Qué desea usted? — preguntó.

Las muchachas la habían seguido. No querían perderse detalle de tan pintoresco encuentro.

También el hombre se había parado. Miró fijamente a la señorita Fagerlund. Luego abrió los brazos:

— ¡Oh! — fue su única contestación.

Las chiquillas comenzaron a reírse. La señorita Fagerlund hizo un esfuerzo sobrehumano, haciendo acopio de toda su dignidad.

— ¡Le he preguntado qué desea! — repitió —. Esto es un colegio privado.

Al parecer, el desconocido no se dejó impresionar por la dignidad de la señorita. Puso su mano izquierda sobre el pecho, levantó el otro brazo y profirió un grito de indio salvaje que hizo detener el juego de los niños, los cuales acudieron corriendo al lugar de tan extraño acontecimiento.

La chiquillería llegó a tiempo de oír declamar al extraño tipo:

— «La imaginación es como un bistec quemado, que ha sido olvidado en la sartén por el Gran Pensador, mientras ingresa en el Banco una cola de pescado en su cuenta corriente número 546632, en un mundo de déficit, cañonazos y porquerías y capullos de flores en primavera contra un sol que es verde como un queso en la mantequería.»

»¿Necesita usted más explicación? —preguntó afable aquel tipo estrafalario.⁷

Asustada, la señorita Fagerlund había dado un paso atrás, mientras el hombre declamaba.

— Haga el favor de marcharse — dijo la mujer.

— Imposible —contestó el desconocido agitando la cabeza—. Si me voy, vengo; y si vengo, desapareceré sobre el pantano como un

pato herido por un mal tiro, en una nube de imprudencia. ¿Me comprende ahora?

— Este hombre está loco —murmuró la señorita Fagerlund, y volviéndose hacia los niños les rogó—: Id a buscar ayuda.

Pero no era necesario. Algunos profesores habían acudido. Uno de ellos preguntó con voz brusca.

— ¿No sabe que esto es un parque privado? Si no se marcha, llamaré a la policía.

El hombre seguía sonriendo:

— ¿Y por qué no al servicio de correos? — preguntó —. Me llamo Totó Larsen y he sido invitado a venir aquí. Mire mis papeles...

Del bolsillo de su pantalón sacó un montón de cartas. Se puso a buscar entre ellas y exclamó:

— ¡Aquí está! No... Perdone, es una conminación de Hacienda... Esta otra es una factura del panadero... La invitación debía estar aquí, pero las cosas desaparecen en este mundo de cretinismo y llanto.

Los chicos se reían descaradamente y los profesores no sabían qué hacer. El timbre repiqueteó llamando a clase. Los niños se retiraron remoloneando y la señorita Fagerlund aprovechó para desaparecer. El hombre se quedó con un par de profesores, mientras rebuscaba en sus bolsillos.

— ¡Aquí está! — gritó al fin, triunfante.

Y esto fue lo último que Puck y sus amigas oyeron antes de entrar en el aula.

— ¿Quién será ese melenudo? — preguntó Annelise —. ¿Os disteis cuenta de la reacción de la Fagerlund?

— No me lo recuerdes —hipo Navio riendo—. Si ese tipo resulta ser un pintor invitado para el festival, será muy divertido.

— No lo comprendo —murmuró Puck—. El director no dijo nada sobre Totó Larsen cuando anunció el festival.

Empezó la clase y las muchachas no tuvieron oportunidad de hablar más del extraño tipo. En el jardín, Totó Larsen había logrado encontrar por fin su invitación. Los profesores leyeron sorprendidos la amable carta de Christian Lassen y se dieron cuenta de que el estrafalario personaje tenía perfecto derecho a estar allí.

En aquel momento, el director Frank, junto con el profesor

Lassen, había salido a la escalera.

— ¿Qué querrá ese vagabundo? —preguntó el director Frank.

— ¿Cómo que vagabundo? ¡Es un pintor famoso! —corrigió Christian.

— ¿Pintor? No me has hablado de él, ¿verdad?

— Pues..., me parece que no. Tuve un par de ideas nuevas. ¿No te lo dije?

— No; sabes muy bien que no me dijiste nada — dijo el director severo —. Creí que habíamos decidido darle un carácter serio y académico al festival.

— Y yo creí que me habías dado libertad de acción — contestó su cuñado igualmente severo.

— Sí, claro... Pero ése me parece un tipo muy extraño.

— Muchos artistas lo son — dijo Christian Lassen —. Si empezamos a juzgar a las personas por su aspecto, ¿qué pensarías de ti y de mí?

Aquello fue dicho como una ofensa, pero el sentido del humor del director pudo más.

— Creo que me juzgarían director de un colegio serio y a ti un profesor áspero, Christian — rió —. Pero vamos a darle la bienvenida a nuestro nuevo huésped.

Así fue el recibimiento de Totó Larsen en el pensionado de Egeborg. Cuando entró en el despacho del director, se sentó en el suelo.

— ¿No prefiere usted una silla? —ofreció el director.

— No, gracias — dijo Totó Larsen —. Las sillas son para los vejestorios y para quienes viven bajo la tiranía de la burguesía. Yo prefiero el suelo.

— ¿Quiere usted decir con eso —preguntó la señora Frank, entrando— que no tiene sillas en su casa?

—Ni una. Tengo mis cuadros y tengo mi suelo. Es suficiente.

— Sin embargo, hay que comer y dormir — murmuró el director.

— ¿Dormir? —dijo Totó con desdén—. La gente siempre piensa en dormir. Y ahora me gustaría saber de qué se trata todo esto.

— Verás —empezó Christian Lassen—. Te escribí para que vinieses aquí con algunos de tus cuadros; pero, según veo, no traes ninguno.

— Pues no —contestó Totó—. Los he tirado todos a la basura. Pero no te preocupes.

— Claro que me preocupo —dijo Christian—. Vamos a abrir la exposición dentro de un par de días.

— Entonces no hay problema. Tengo tiempo de sobra. He abandonado mi vieja técnica. Ahora los cuadros se pintan solos.

La puerta se abrió y entró Hubert Lassen. Tuvo tiempo de oír las últimas palabras de Totó.

— Así que se pintan solos, ¿eh? — dijo —. ¿Quién es ese loco?

Totó Larsen se levantó y fue hacia él con los brazos abiertos.

— ¡Loco! Eso es. ¡Por fin alguien me comprende!

Abrazó a Hubert Lassen, que se resistía con todas sus fuerzas.

— ¿Eres pintor tú también?

— Eso dicen — dijo Hubert que de repente se sentía inseguro —. Me llamo Hubert Lassen. He vivido en París durante los últimos años.

— ¡Oh! —exclamó Totó—. Conozco tus pinturas. Vaya basura tan anticuada.

— ¿Cómo dice? ¿Se atreve a llamar a mis cuadros basura anticuada? Sigo las mejores escuelas modernas...

— No me has entendido bien —sonrió Totó—. Todo el mundo puede ver lo que representan tus pinturas. Lo que no me explico es cómo te atreves a llamarlos cuadros.

Hubert iba a dar una respuesta furiosa, pero venció su buen humor.

— Quizá tienes razón, viejo amigo — dijo —. He equivocado mi vida por completo. Los cuadros no deben representar nada en absoluto, ni siquiera ser cuadros.

Totó intentó abrazarle de nuevo.

— ¡Eres de los nuestros! —dijo jubiloso—. Has comprendido lo esencial. Te enseñaré mi nueva técnica. Es muy complicada y requiere grandes preparativos; pero luego los cuadros se pintan por sí solos. Hago por lo menos ocho al día.

— Estos días serán inolvidables para el pensionado de Egeborg — dijo Hubert guiñándole un ojo al director Frank.

* * *

Para el director Frank y su mujer los días siguientes se convirtieron en una especie de pesadilla. El director Frank no tardó

en comentar con su esposa:

— Ojalá no se nos hubiera ocurrido la dichosa idea del festival. Creí que Christian era una persona sensata; pero ha demostrado todo lo contrario invitando a esos pintores abstractos. No sé cómo explicárselo a los niños. Esto terminará con un escándalo. ¿Qué vamos a hacer?

La señora Frank no hallaba ninguna solución. Lo único sensato hubiera sido echarlos a todos; pero era imposible, porque todas las invitaciones habían sido hechas en nombre de la dirección del colegio.

— Confiemos en que todo vuelva a la normalidad —suspiró—. Casi creo ya que los chiflados somos nosotros. Quizá somos anticuados al pensar que la pintura no debe cambiar con los años.

— No digas eso —recriminó el director—. Aún existe el arte. Estos chiflados que Christian ha invitado: Totó Larsen, Riff Klausen y Par Avion..., ese pedante que ha cambiado su nombre porque ha estado en París un par de años. ¡Es ridículo! Pero Christian lo encuentra encantador. Va por ahí, con una sonrisa a flor de labios, como si nos hubiera jugado una mala pasada a todos. Lo cual evidentemente ha hecho. ¡Vaya hermano tienes!

— Vamos, vamos —rió ella—. No me conviertas en su cómplice. No es culpa mía que Christian sea mi hermano; además, nació varios años antes que yo.

— Ya lo sé — se disculpó el director y dejó su pipa en el cenicero —. Pero, ¿no te parece una locura?

— Claro que sí — contestó su esposa con dulzura.

Le hubiera gustado poder ayudar a su marido a salir de aquel embrollo; pero, por el momento, no sabía qué hacer.

Riff Klausen y Par Avion habían llegado poco después que Totó. Riff era pequeño y gordo, con aspecto bastante normal. El otro en cambio, el que se hacía llamar Par Avion, llevaba un bigote muy delgado y muy rebuscado, como si se lo pintara a lápiz.

Riff era dibujante y llevaba consigo un montón de obras suyas a cual peor. Además, hacía poesías que nadie entendía.

Par Avion pintaba. Mojaba sus pinceles en pintura y luego los lanzaba contra el lienzo.

— No comprendo cómo hemos llegado a estos extremos — comentó la señora Frank a su marido —. Christian y Hubert ya no

se hablan; Kaya y Bodil tampoco, yo que confiaba, en que ellas pudieran mantener la paz y la tranquilidad. No se hablan desde el funeral de la tía Amalie. No me lo explico. Pero he decidido hablar con ellas en cuanto tenga ocasión.

Poco después se encontró con Kaya en el jardín. Pero su esfuerzo no tuvo el menor éxito.

— ¿Qué os pasa a Bodil y a ti? Vuestro comportamiento es muy extraño entre hermanas.

— Prefiero no hablar de ello —dijo Kaya con sequedad.

— ¿Tiene algo que ver todo esto con la tía Amalie?

—Te lo repito: prefiero no hablar de ello.

Y no logró saber más por Kaya. Poco después, intentó sonsacar a Bodil, pero con el mismo fallido resultado.

— Creo que Kaya y yo podemos resolver nuestros asuntos sin ayuda —fue todo el comentario de Bodil—. No te preocupes; no es culpa vuestra.

— Está bien —dijo la señora Frank, contrariada—. Me callaré. Sin embargo, quiero que sepas que es muy desagradable para todos que el ambiente sea tan deprimente.

— No lo había notado — dijo Bodil —, pero si te empeñas en saber lo que ha ocurrido, te diré que...

Una luz de esperanza se encendió en los ojos de la señora Frank, pero se apagó de inmediato porque Bodil se limitó a decir:

— Estoy disgustada porque Kaya es muy obstinada. Ya lo sabes.

— Gracias, pero estoy como al principio.

Pero no sólo el director y su esposa encontraban ridícula la situación. Puck y Annelise, habían contemplado la llegada de los artistas abstractos con el mayor asombro y diversión.

— No comprendo por qué han invitado a esos chiflados —dijo Puck—. El profesor Lassen parece tan aburrido... ¿Cómo pueden gustarle esos payasos?

— Vete a saber —opinó Annelise—. Quizá son unos genios. Como tú misma dijiste el otro día, ni tú ni yo somos capaces de juzgarlos. Pero estoy pensando en otra cosa: si la exposición va a ser abstracta, ¿por qué no intentar que participe Malene? Podemos hacerle un gran favor. Estoy segura. ¡Vamos a casa a hablar con ella!

Puck aceptó, y las muchachas fueron a buscar sus bicicletas.

Poco después estaban en la «Gran Granja». Encontraron a Malene en las cuadras, acariciando a «Beatnik».

— Parecéis muy amigos — sonrió Annelise.

— Es un caballo maravilloso —contestó Malene.

— ¿Lo has montado alguna vez más?

— ¡Ay, no! No me atrevo.

— ¿Por qué no le pides permiso a papá?

— ¡Qué cosas tienes, Annelise!

— Creo que eres una miedosa, Malene. No te atreves a nada.

— Monté a «Beatnik» el otro día, ¿verdad?

— Verdad —admitió Annelise—. Pero aunque no tienes miedo a los animales, lo tienes a las personas. Conozco a otros que temen a la gente y, puedes creerme, tienen sus dificultades.

Malene soltó a «Beatnik». Se había puesto seria.

— Es posible que tengas razón — dijo —. No me gusta molestar a nadie porque no me gusta ser decepcionada.

— ¿Es por eso por lo que no quieres enseñar tus cuadros? — preguntó Annelise.

— Seguramente.

— Pero no lo has intentado siquiera, ¿verdad?

Malene meneó la cabeza.

— Sería inútil. No soy ningún genio.

— Eso es una tontería — dijo Annelise —. Tenías que ver qué tipos han llegado al colegio. Totó Larsen, Riff Klausen y un chalado que se hace llamar Par Avion. Están completamente chiflados; pero son grandes artistas, según dicen, y el profesor Christian Lassen está entusiasmado con ellos. Él los invitó.

— No sabía que éstos iban a exponer —dijo Malene asombrada.

— Tampoco era la intención del director Frank, según creo, pero por alguna razón que desconozco, el profesor Lassen ha cambiado de idea, y nosotras hemos venido para animarte a que le enseñes tus cuadros.

— Ya te dije que no me atrevo.

— Pero ahora es distinto. La exposición será abstracta. Es la oportunidad de tu vida.

— Sí... —vaciló Malene—; sin embargo, mis cuadros no son del mismo estilo que el de esos tres...

— ¿Los conoces?

— Sí, he leído comentarios críticos sobre ellos en la prensa. Sé muy bien lo que esos tipos hacen.

— ¿Qué dicen los críticos de arte sobre ellos?

— Hay distintas opiniones. Algunos admiten no entenderlos. Pero lo que yo intento decirte es que mis cuadros, en cierta forma, representan algo, no son casuales como los de ellos. Y no creo que el profesor Lassen me tome en serio. Recuerda que sólo tengo diecisiete años y que pinto sin haber ido a la Escuela de Bellas Artes. Pinto porque me gusta.

— Tengo una idea —dijo Puck—. Si no quieres ir a hablar con el profesor, lo haremos nosotras. Déjanos un par de cuadros. No puede pasar nada malo.

— ¿Seríais capaces de hacer eso por mí? —empezó Malene, pero luego añadió —: Creo que será inútil.

— ¿Quién te lo ha dicho? No lo sabrás hasta que el profesor haya dado su opinión. Quizá se decida a exponerlos. ¿Sabes qué oí ayer? Que vienen un par de coleccionistas muy importantes a ver la exposición. Uno de ellos creo que se llama Baldur Olsen.

— ¡No me digas que Baldur Olsen viene!—exclamó Malene.

— ¿Le conoces?

— No en persona, pero él es el mayor coleccionista de Arte del país. Es fabricante de conservas y enormemente rico. Si él compra un cuadro, eso quiere decir que la obra es buena. Adquiere obras de arte para hacer un museo.

— Estás muy bien informada — dijo Annelise, con admiración —. Ahora dejémonos de charla y danos un par de cuadros. Seremos tus marchantes y no te cobraremos nada.

Por fin lograron persuadir a la tímida muchacha y las dos chiquillas regresaron al colegio haciendo equilibrios, con los cuadros sobre los manillares de sus bicicletas.

—¿Has pensado en lo que vamos a decir al profesor Lassen? No nos conoce y a lo mejor se enfada — dudó Puck.

— Puedes estar segura de que se sentirá feliz y nos lo agradecerá —opinó Annelise optimista.

Dejaron sus bicicletas y fueron hacia el edificio principal. Oyeron gritos en el aula de gimnasia y en aquel instante se abrió la puerta: un grupo de chiquillos de los cursos inferiores salieron corriendo, riéndose a carcajadas.

— ¿Qué pasa ahí? —preguntó Puck.

— Dos de los pintores están colocando cuadros — informó un muchacho —. Se están peleando.

— Y, además — añadió una pequeña —, en el aula número siete, aquél de la barba roja está llenando bolsas de plástico con pintura.

— Esto suena muy divertido —murmuró Puck—. ¿Qué va a hacer con tanta pintura?

— No lo sabemos — dijo la pequeña.

— ¿Vamos allá a ver lo que hacen? —preguntó Annelise —. Quizá el profesor Lassen esté con ellos.

— ¿Crees que seremos oportunas?

— Eso es lo de menos. Si no vamos ahora, llenarán el aula con sus propios cuadros, y nosotras debemos ayudar a Malene. Es una gran artista, ¿no te parece?

— Sí, me gustan sus cuadros, pero falta saber la opinión de un experto.

Se acercaron al aula de gimnasia, y juzgando por el ruido, creyeron encontrar dentro por lo menos treinta personas; pero al abrir la puerta vieron que sólo estaban Riff Klausen, Par Avion y el profesor Lassen. Los dos jóvenes pintores estaban discutiendo.

— ¡Quiero colocar yo mismo mis cuadros! — chilló Par Avion—. Cada vez que los colocas tú, los pones al revés.

— Pues yo no veo la diferencia. ¿Qué opinas tú, Christian?

Christian Lassen intentaba calmarles.

—No se trata de eso — dijo —. Lo que cuenta es la opinión del artista.

— ¿Qué artista? —chilló Riff Klausen—. ¿Serás capaz de llamar artista a Par Avion? ¿Sabes lo que hacía antes de irse a París y creerse que es un genio? ¡Era conductor de una grúa!

— ¿Y qué hay de malo en eso? —preguntó Par Avion—. Tú hacías de mozo en un hotel, ¿no?

— Queridos amigos —apaciguó el profesor Lassen—, dejad de pelearos. Tenemos que trabajar. No podemos perder el tiempo con tonterías. Hay que colocar esos cuadros. Mañana es la inauguración, y Baldur Olsen vendrá a visitarnos.

— Eso está muy bien; pero te digo, profesor, que si Baldur Olsen compra tan sólo uno de los cuadros de Riff, para mí dejará de ser un experto.

— ¿Qué quieres decir? —exclamó Riff Klausen—. ¿Y si compra uno de los de Totó?

— Me gustan más las obras de Totó que las tuyas — dijo Par Avion.

— Lo dices porque coloqué uno de tus cuadros al revés. Es humano errar.

— Si uno tiene criterio, no es fácil equivocarse.

— Vamos, amigos; debemos trabajar —les animó el profesor.

En aquel momento se dio cuenta de que habían entrado las muchachas y frunció las cejas:

— ¿Qué queréis? Estamos trabajando.

Puck sentías ganas de emprender la retirada. Comprendía que era un momento poco oportuno, pero Annelise no se dejó intimidar:

— Perdone, profesor — dijo —. Quisiéramos enseñarle unos cuadros.

— Ahora no tengo tiempo.

— Se lo ruego...

— Está bien. Enseñádmelos.

Colocaron los cuadros apoyados en las espalderas del gimnasio.

— ¡No están mal! —gritó Par Avion—. Tienen algo... ¿Los has pintado tú?

— No, no — se apresuró a decir Annelise —. Fue una amiga.

El profesor Lassen examinó los lienzos, pero en aquel momento interrumpió Riff Klausen:

— Si eso es arte, todo lo es —dijo—. Representan algo.

— En cierta forma, sí — admitió el profesor Lassen —. ¿Y qué?

— Vamos, profesor. Te estás volviendo anticuado. ¿No ves que la mezcla de colores es fatal?

— Pues... —dijo Lassen inseguro—, quizá podríamos decir que le falta madurez... Pero, por otro lado...

Y mirando a Puck preguntó:

— ¿Quién pintó estos cuadros?

— Una chica que conocemos. Se llama Malene.

— ¡Te diré una cosa, profesor! —chilló Riff—. Si decides exponer sus cuadros, me llevo los míos.

— No hemos hablado de exponerlos... Quiero decir... Vosotras sólo queráis conocer mi opinión, ¿verdad?

— Pues no —dijo Annelise—. Habíamos pensado preguntarle si

sería posible incluirlos en la exposición. Tenemos algunos más.

— Son muy buenos — dijo Par Avion —. Son tan buenos que no me gustaría verlos expuestos aquí.

— Estoy de acuerdo contigo — dijo Riff Klausen —. Por fin has dicho algo sensato.

Puck y Annelise sentían ganas de retorcerles el cuello. Aquellos dos tipos no querían competencia. Era muy mezquino por parte de ellos.

El profesor Lassen volvió a contemplar los cuadros, luego miró de reojo a los dos pintores y finalmente se volvió hacia Annelise y Puck, meneando la cabeza.



—Están muy bien — dijo —. La chica tiene talento. Pero, naturalmente, no nos sirven para exponerlos aquí.

— No lo comprendo —dijo Annelise—. Si sirven los cuadros de los otros pintores...

— ¡Oye! —exclamó Par Avion—. Eso es demasiado.

— Yo opino lo mismo —dijo Riff.

Siguió un silencio lleno de tensión. Finalmente, el profesor dijo a las dos muchachas:

— Lo siento. Podéis marcharos. Me ha gustado mucho verlos.

Annelise iba a decir algo, pero Puck se le adelantó.

— Perdone si le hemos molestado.

— No. Ha sido un placer — contestó el profesor.

Puck recogió las telas y empezó a caminar hacia la salida. Lo último que oyó antes de que la puerta se cerrara a sus espaldas

fueron las palabras del profesor Lassen:

— Tengo una idea. Para que no haya peleas, yo colocaré esos cuadros. Vosotros podéis ir a descansar. Luego venís después de la cena, si queréis ver el resultado, y si algo no os gusta, lo cambiamos. ¿Conformes?

Puck cerró la puerta y Annelise dijo:

— Estoy furiosa conmigo misma. Debíamos haber insistido.

— No hay nada que hacer de momento — opinó Puck —. Pero creo que tenemos una oportunidad. Se me ha ocurrido una idea.

* * *

— No comprendo nada de nada — dijo Annelise —. No vi ningún cuadro de Hubert Lassen en el gimnasio. ¿No iba a exponer también? Aquí pasa algo raro, estoy segura.

— Yo también. Hay un ambiente muy extraño. El director Frank parece el «Caballero de la triste figura». Tiene que haber alguna explicación. Hubert Lassen está pintando en el parque; podríamos ir a hablar con él.

— ¿De qué? Si no le conocemos...

— Pero podíamos enseñarle las pinturas de Malene. Vamos.

— ¿Será prudente?

— Claro que sí. El señor Lassen parece muy simpático.

—

Las muchachas cruzaron corriendo el gran césped, con las telas de Malene bajo el brazo.

Hubert Lassen las saludó al verlas.

— ¿Pintáis vosotras también? —preguntó con amable sonrisa.

— No — dijo Puck —, pero tenemos una amiga que pinta. ¿Le molestaría echar un vistazo a estos lienzos?

Hubert Lassen los examinó durante un rato. Finalmente, dijo:

— No están nada mal. Me gustan. Ojalá mi querido hermano se interesara por cuadros como éstos. ¿Quién los ha hecho?

Puck y Annelise le hablaron sobre Malene, y Hubert Lassen escuchó interesado.

— ¿Los ha visto mi hermano?

— Sí, pero no se mostró muy entusiasmado.

— Lo supongo...

— ¿Qué cuadros piensa usted exponer? —preguntó Puck.

— ¿Yo? Ninguno. He sido dejado de lado por la pintura

abstracta, así que lamento no poder hacer nada por vuestra amiga pintora. Me hubiera gustado. Tiene mucho talento.

Hubert Lassen se volvió hacia su lienzo y las muchachas decidieron dejarle trabajar en paz. Al regresar al edificio principal se encontraron con Navio:

— Me he enterado de algunas cosillas —dijo.

— ¿A qué te refieres?

— El pintor y su hermano están muy enfadados.

—No lo creo — dijo Annelise —. Lo que pasa es que no están de acuerdo en cuestiones de arte.

— No. Es mucho peor — dijo Navio con aire misterioso —. Es formidablemente palpitante todo. —Escuché por casualidad cuando el pintor hablaba con el señor Frank. El director estaba disgustado por el curso que habían tomado las cosas y por la presencia de esos chiflados artistas. Le preguntó a Hubert si él le podía explicar el por qué del cambio de planes sobre la exposición. Entonces Hubert dijo que sus esposas se habían enfadado por un reloj de pesas que una tía había dejado en herencia a las dos.

— Empiezo a comprender — dijo Puck —. Es una pena que el simpático pintor no participe. Ese profesor Lassen es un tonto. ¿Qué os parece hacerle una jugarreta?

— ¿Cómo?

— Tengo una idea, ya te lo dije antes.

— ¿De qué se trata?

— Escuchadme — dijo Puck.

Y cuando les hubo explicado su plan, sus amigas menearon las cabezas con escepticismo.

— Imposible, Puck.

Sin embargo, a pesar de sus dudas sobre el éxito del plan, estaban de acuerdo con ella. Junto con Karen, que se unió gustosamente al grupo, fueron a la «Gran Granja» para buscar más cuadros.

— ¿Qué dijo el profesor? —preguntó Malene cuando las vio aparecer.



— Le gustaron mucho —mintió Annelise—. Estoy segura que si ve más pinturas tuyas aceptará exponerlas. Puedo decirte que su hermano el pintor Hubert Lassen, las encontró formidables. Vamos, Malene. Déjanos el resto. Tenemos un plan y tú estás al margen de todo esto.

— Estáis locas — sonrió la muchacha —. No es posible obligar a Christian Lassen a que acepte a una pintora principiante en su exposición,

—Es mucho más posible de lo que tú te imaginas — dijo Puck con aire misterioso —. Puedes dejarlo en nuestras manos.

Y, poco después, las chicas regresaban cargadas de cuadros. Malene tenía todo su ropero lleno.

Mientras tanto, el profesor Christian Lassen terminó de colocar los extraños cuadros de Riff Klausen y Par Avion. Tuvo que reconocer que, en el fondo, ya no estaba tan entusiasmado con aquellos modernos pintores. Se irritó porque ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Se daba cuenta de que la exposición no sería el gran éxito que en principio había esperado y lamentaba haber invitado a los grandes coleccionistas y críticos de arte al pensionado.

Había dado demasiada importancia al asunto. Suspiró hondo y dio un paso atrás para contemplar el resultado. No quedó contento, ni mucho menos. Pensó que aún faltaban los cuadros de Totó Larsen.

Aquel loco no había aparecido en todo el día. Le habían dejado

un aula vacía y Totó había gritado exigiendo que lo dejaran en paz; él se ocuparía de terminar sus cuadros a tiempo.

«¿No sería mejor ir a echar un vistazo? —pensó el profesor.

Christian Lassen se fue hasta el aula número siete. Alguien canturreaba dentro, lo cual significaba que Totó estaba trabajando. Llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta. Un pincel empapado de pintura le alcanzó en plena cara.

— Pero, ¿qué diablos ocurre aquí? — balbuceó.

Totó estaba al lado de la ventana con un montón de pinceles en las manos y, a su alrededor, muchos botes de pintura.

— ¿Qué vienes a hacer aquí? —gritó rabioso—. ¿No te dije que quería trabajar en paz? ¡Ten cuidado!

El profesor Lassen bajó rápidamente la cabeza para esquivar otro pincel con pintura amarilla, que en aquel momento volaba por los aires para ir a estrellarse contra un lienzo extendido sobre la puerta.

— ¿Qué estás haciendo, si puede saberse? —dijo Lassen enfadado.

— Pintando — contestó Totó alegre —. Estoy en plena creación. Ya verás. Necesitamos un poco de pintura roja. ¡Ahí va!

Y otro pincel voló por los aires.

— Cuadros que se pintan solos. ¿Comprendes? Es formidable.

El profesor Lassen miró su ropa manchada de pintura, pero estaba tan enfadado que no encontró palabras para protestar. Totó estaba eufórico y lanzaba sus pinceles como un lanzador de cuchillos en un circo.

— ¡Fíjate! —gritó—. ¡Qué mezcla de colores! Un arte natural. Rembrandt no lo hubiera hecho mejor. Y, ahora verás...

— He visto lo suficiente, gracias.

— Eso no es verdad —le reprochó el pintor—. También tengo otra técnica. ¡Cuidado!

Acto seguido, con una escopeta de aire comprimido disparó hacia el techo.

— ¡Fuera de ahí! —chilló, y el profesor saltó a un lado mientras una espesa pintura azul empezaba a gotear, desde una bolsita de plástico colgada en el techo, sobre un lienzo extendido en el suelo.

— Espera; ahora va el color ocre.

Apretó de nuevo el gatillo y la pintura salpicó los pantalones del profesor que, furioso, optó por la fuga. Christian Lassen corrió con

todas sus fuerzas a través de la explanada. Al llegar a su habitación dio gracias al destino por no haberse tropezado con nadie en el camino. Hubiera sido el hazmerreír de todos.

Kaya estaba arreglando sus uñas cuando él entró:

— ¿Sabes cómo te has puesto? —preguntó tontamente.

—No hagas preguntas estúpidas — rugió su marido — Busca un frasco de aguarrás. ¡Date prisa! Me voy al baño a ducharme.

* * *

Era cierto que Christian Lassen no se había tropezado con nadie en su huida de los pinceles y pinturas de Totó; pero había sido observado por Puck y sus amigas, que estaban esperando una oportunidad para entrar en el gimnasio con los lienzos de Malene.

— ¡Vaya manera de correr! Lleva la ropa empapada de pintura —dijo Navio.

— La pintura es un arte muy peculiar —opinó Annelise riendo.

— Vamos —decidió Puck—. Parece que el camino está libre.



Durante los siguientes veinte minutos, las cuatro amigas estuvieron muy ocupadas colgando los cuadros de Malene. No estaban enmarcados, pero era igual. Lo principal era exponerlos.

Algunos lienzos de Par Avion tuvieron que ser retirados para dejar sitio a las pinturas de Malene. Al final, las chiquillas contemplaron su obra.

— ¡Fabuloso! —dijo Navio—. ¡El lío que se va a armar cuando lo descubran! ¡Ojalá no nos expulsen del colegio!

— No digas bobadas —atajó Puck—. Estamos ayudando al director Frank a deshacerse de esos chiflados. ¡Vamos! Hay que salir de aquí. Dentro de poco vendrán los artistas y debemos estar lejos de aquí. Además, es hora de cenar. Ya están llamando.

Los dos estafalarios pintores estaban ya en el comedor. El director dijo en voz baja a su mujer:

— Menos mal que hay algo de la vida burguesa que éstos aprecian: Comen con la misma alegría que los demás mortales.

La señora Frank contempló el preocupado rostro de su marido.

— ¿Dónde estarán Kaya y Christian? —preguntó.

Miró a Hubert y a Bodil, pero estos se limitaron a encogerse de hombros. Para los alumnos del pensionado, aquella cena fue inolvidable. Los dos pintores abstractos se portaron como si hubieran estado en escena. Gesticulaban mientras explicaban a quienes querían escucharles... y a los que no podían evitarlo..., sus ideas y teorías sobre el arte moderno.

— La naturaleza ha muerto — declaró Riff levantando su tenedor—. Los reglamentos y las leyes han sido abolidos.

— No en este colegio —le contradijo el director con voz severa.

— En todos los sitios — insistió Riff —. Todos los dogmas y viejas verdades están en decadencia. Lo único cierto es la libertad del pensamiento.

— Eso pensamos también aquí — sonrió el director —. Sin embargo, dos por dos siguen sumando cuatro.

Todos los niños reían, lo cual irritó al pintor.

— ¡Dos por dos son diecisiete! —gritó—. Tengan en cuenta que nunca ha existido una verdad que tarde o temprano no haya sido refutada. Creían que la Tierra era plana, pero resultó redonda. Creían que el sol salía y se escondía, pero la Tierra era la que se movía. Todas las verdades dejan de serlo algún día. ¡Dos por dos son diecisiete! Es la nueva época.

— Pero no en la clase de cálculo —intervino la señorita Fagerlund con acritud.

El director Frank creyó llegado el momento de poner orden en aquel caos. Se levantó y pidió silencio.

— Quiero aclarar algunos puntos respecto a la exposición de arte que será inaugurada mañana. Vamos a ver cosas que na hemos visto antes; que ni siquiera habíamos pensado ver. Pero debemos alegrarnos por esta iniciativa. Al mismo tiempo, os ruego que me ayudéis a mantener el orden, para que los días sean días de clase normales como los que acostumbramos a tener en el pensionado de Egeborg. ¿Comprendido?

Los alumnos dieron su aprobación. Se podía contar con ellos.

— No obstante, dos por dos siguen siendo diecisiete — añadió

Riff mientras se levantaba—. Vamos, Par, tenemos que ir a ver la exposición.

— De acuerdo, pero te advierto que, si no estoy satisfecho con ella, me largo. Estoy hasta la coronilla de estos burgueses.

Sus últimas palabras iban dirigidas al director Frank y produjeron un momento de embarazoso silencio; pero entonces se abrió la puerta y apareció Christian Lassen con su mujer. El profesor parecía ensimismado y taciturno.

— ¡Bien venido, oh, protector del arte! — saludó Riff.

— Gracias — murmuró Lassen —. Me siento muy honrado.

Ninguno de los dos pintores pareció notar la ironía en su tono, y se marcharon. Christian y Kaya se sentaron a la mesa.

— Sentimos habernos retrasado.

La puerta se abrió con estrépito y por ella entró Totó Larsen. Iba manchado de pintura y tenía la barba erizada. Parecía muy exaltado. Traía consigo un extraño artefacto, compuesto de viejas ruedas de bicicleta, hierros torcidos y viejos objetos extraños.

— ¡Escuchadme! —chilló—. Tenemos un genio entre nosotros. ¡Mirad lo que he encontrado!

Todos miraron el descabellado artilugio y los niños empezaron a reír.

— Dejad de reír, niños incultos —gritó Totó—. Ésta es una maravillosa obra de arte, menospreciada por la burguesía, pero inmortal en su oculto poder de inspiración.

Un murmullo se oyó entre los presentes. Y el murmullo se convirtió en una carcajada general. La sonrisa de Totó se volvió ovejuna, pero al fin venció su entusiasmo. Alboroto y Cavador, al ver la «obra de arte», se miraron atónitos.

— Es nuestro espantapájaros-robot — musitó Alboroto —. Ni siquiera lo hemos terminado.

El director frunció las cejas:

— Escuche, señor Larsen, yo creo...

— Usted no cree nada —le interrumpió Totó con grosería—. Esto es genial. Ni siquiera Robert Jacobsen podía haberlo hecho mejor. ¿Qué dices tú, profesor?

El profesor Lassen carraspeó. Sentía las miradas de todos sobre él.

— Es un poco difícil de saber... —dijo por decir algo.

— ¿Quién es el gran artista desconocido? —preguntó el extraño pintor—. Si está presente, debe levantarse en interés de la verdad y darse a conocer.

Alboroto y Cavador volvieron a mirarse perplejos, y Alboroto se levantó señalando a su amigo:

— Somos nosotros.

Una enorme carcajada saludó su confesión.

— Querido amigo, eres un genio — dijo Totó —. Te felicito en nombre de la humanidad. Has creado algo completamente nuevo en el arte escultórico. ¿Cómo llamas a tu obra?

Alboroto casi no podía hablar de risa:

— No es ninguna obra de arte.

— Claro que sí.

— No — hipó Alboroto —. Es un espantapájaros-robot.

Durante el resto de la cena reinó la confusión. Los niños no podían dejar de reír. Les saltaban las lágrimas. Hasta el director y su mujer se divertían en grande. El profesor Lassen, sin embargo, se inclinaba sobre su plato sin comentar nada.

Totó se enfadó. A pesar de que había decidido vivir al margen de la sociedad burguesa, no toleraba quedar en ridículo. Entre las carcajadas generales, le oyeron decir:

— No pienso aguantar esto, profesor. Me has hecho venir a un mundo de incomprensión. Me marcharé tan pronto termine mi cena.

El profesor Lassen, que no estaba de humor como para retenerle, dijo con brusquedad:

— Es la mejor idea que has tenido en tu vida.

El director miró asombrado de uno a otro.

— Escuchen —dijo—. ¿No podríamos...?

— ¡No! —gritó Totó—. No podemos hacer nada. Les traigo la mejor obra de arte que se ha visto en los últimos diez años, y ustedes se ríen, considerándome imbécil.

— Nadie ha querido ofenderle —intentó calmarle el director.

La señora Frank le dio un codazo a su marido musitando:

— No insistas.

El director comprendió sus intenciones y añadió:

— Está bien, señor Lassen, si ésa es su opinión, no vamos a retenerle por más tiempo entre nosotros.

Apenas hubo dicho esto, la puerta fue abierta de nuevo con estrépito. Riff y Par entraron como dos granaderos listos para el ataque. Casi marcando el paso, fueron hacia el profesor Lassen y se colocaron a sus flancos.

— ¡Traidor! — gritó Riff.

— ¡Enemigo del arte! — chilló Par Avion.

Los niños se habían quedado boquiabiertos. El profesor estaba como paralizado. Intentó levantarse, pero los pintores se lo impidieron.

— ¡Hemos terminado! — gritó Riff—. ¡Nos vamos ahora mismo! No pensamos aguantar más insultos de tu parte. ¿Has comprendido?

A Puck le pareció que su corazón se paraba. Miró de reojo a Annelise, la cual le guiñaba el ojo alegremente como queriendo decir: «Todo va viento en popa, tranquilízate. Dentro de un momento nos habremos librado de esos chiflados».

— Pero, ¿qué os pasa? — preguntó el profesor amedrentado.

— Te has burlado de nuestro honor artístico. Hemos caído en una emboscada.

— Sí; lo que oyes. ¡Ha sido una traición!, tan seguro como que dos por dos son cua..., quiero decir: como que sale el sol!

— O como que la Tierra es plana — sonó de pronto la voz del director alegre, casi eufórica.

Todos los presentes miraron sorprendidos al señor Frank que se había levantado.

— Para ser franco, caballeros, ustedes resuelven por sí mismos un problema que me preocupaba. Temí que nuestro proyecto de exposición se estaba convirtiendo en un caos, en una pesadilla artística, lo cual no era precisamente lo que yo había planeado. Así que, si ustedes han decidido marcharse, no veo razón para retenerles. Nos hubiera gustado exponer algunos de sus cuadros, así que no me interpreten mal. Pero no habíamos pensado convertir nuestro festival en algo tan, digamos, revolucionario. Egeborg no es el lugar adecuado para ello. Aquí se trabaja y se estudia en serio. Esto es lo principal para nosotros. Por último les ruego comprendan que lo que digo no es una falta de hospitalidad.

Sus palabras sorprendieron a los estrafalarios artistas. Se miraron asombrados y, encogiéndose de hombros, se fueron hacia la puerta donde Riff, con la mano en la manija, se volvió hacia el

director Frank.

— Es usted todo un hombre, señor — dijo —. La gente o nos adula o nos llama chiflados; sin embargo, usted nos ha tratado como a personas sensatas, cuyas palabras se toman en serio. ¡Gracias!

— No hay de qué — sonrió el director Frank.

— La burguesía no nos comprende —dijo Par Avion encogiéndose de hombros.

Éstas fueron sus últimas palabras.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras los tres ofendidos artistas, los comentarios se convirtieron en griterío. El director tuvo que llamar la atención dando unos golpecitos con el cuchillo en su vaso:

— Parece que el pensionado está recobrando su aspecto normal. Celebraremos la exposición, aunque sea en términos más modestos.

— Espera — dijo Hubert —. Yo tengo mis cuadros listos.

— Estupendo, ¿no te parece, Christian?

— Sí, claro — dijo el profesor Lassen, cabizbajo —. Pero, ¿podemos hacer una exposición con un solo artista?

Puck estaba a punto de gritar: «Hay otra». Pero por fortuna, otra persona se le adelantó:

— Tenemos la suerte de contar con un joven talento

— dijo Hubert, que se había levantado —. Esta tarde he tenido el placer de ver algunas de sus pinturas; son extraordinarias. Unas chiquillas me las enseñaron. Si pudiéramos contar con algunos cuadros más de la misma autora...

Puck se dio cuenta de que su momento había llegado.

— Señor Lassen —dijo—. Todo está arreglado. Vaya a ver el aula de gimnasia.



—Pero, Puck, ¿cómo se te ocurrió hacer tal cosa? —dijo el director Frank, con un gesto de reproche poco convincente.

— No pensé causar tantos desastres — se defendió la muchacha. El director no pudo menos que reír.

—Yo tampoco lo pensé cuando se nos ocurrió la idea de hacer un festival —dijo—. No sospeché siquiera lo que iba a pasar. Sin embargo, sucedió. Al final me sentí como si estuviera montado en un caballo desbocado. No sé si te puedes hacer idea... —Y se interrumpió para decir—: Perdona, es verdad que tú sabes mucho sobre caballos desbocados.

— Sí — sonrió Puck.

Puck estaba sentada en el despacho del director. Después que los adultos volvieron a ver el aula de gimnasia, el director había hecho llamar a la muchacha.

— No me gusta que los chicos os metáis en asuntos que no os incumben — aclaró el director —, aunque en esta ocasión nos habéis hecho un favor. ¿Cómo se os ocurrió hacer ese cambio en la exposición?

— Al ver la reacción de los dos jóvenes pintores — dijo Puck—. Fueron injustos, mezquinos y envidiosos. Los cuadros de Malene son muy buenos, así lo reconoció incluso el profesor; sin embargo, esos dos no quisieron que ella participara. No son tan idealistas como pretendían hacernos creer. Sólo piensan en sí mismos y en el negocio que pueden hacer. Estoy convencida de ello.

— Seguramente son así. Sin embargo, no debíais haberos metido

en el asunto.

— Hay otra cosa que quiero explicarle — dijo Puck —. Después de ver al profesor Lassen, bajamos al jardín para enseñarle las pinturas a su hermano Hubert Lassen, y él las encontró extraordinarias.

— A mí también me gustan —admitió el director—. Tienen un no sé qué... Yo no entiendo mucho sobre arte abstracto, pero Malene parece honrada en su trabajo. ¿Quién es y dónde la encontrásteis?

— Trabaja como criada en la «Gran Granja» — informó Puck —. Sólo tiene diecisiete años. Ni siquiera sé su apellido. Es una muchacha formidable. Y hablando de caballos briosos: usted debía verla montar a «Beatnik».

— Parece que es una especie de genio —sonrió el director—. Bueno, lo más importante es que sus trabajos me gustan y quiero exponerlos. Tenemos también los cuadros de Hubert, y estoy casi seguro de que nos dejarán exponer un par de sus cuadros esos extraños «artistas» o lo que sean.

— Así pues, a pesar de todo, ¿el resultado no ha sido del todo fatal? —preguntó Puck.

— No, claro que no. Pero eso no tiene nada que ver con tu tendencia a meter la nariz en los asuntos ajenos —rió el director—. Ahora vete con tus amigas, y la próxima vez piensa un poco antes de actuar.

Le dio un golpecito amistoso en el hombro y Puck se fue corriendo al jardín. Karen, Navio y Annelise la esperaban impacientes.

— ¿Qué te dijo? —preguntó Annelise—. ¿Estaba muy enfadado?

— No, en absoluto. El director es muy listo. ¿Qué te parece si vamos a hablar con Malene ahora?

* * *

Malene estuvo a punto de desmayarse al recibir la noticia.

— Van a exponer todas tus pinturas —dijo Annelise—. Están entusiasmados. Y mañana llegarán los coleccionistas de arte. ¡Imagínate si te compran algún cuadro!

— ¡Ojalá! — dijo Malene en voz baja —. Necesito tanto dinero...

— ¿Quieres contarnos algo sobre tu vida? —preguntó Puck—. No sabemos nada sobre ti.

Y Malene contó su historia:

— Me llamo Malene Lund. Mi padre tenía una granja en Jutlandia y vivíamos muy bien. Allí aprendí a montar. Pero mi padre se puso enfermo y al final tuvo que vender su granja y nos mudamos a Aarhus. Intentó trabajar en varios asuntos, pero perdió su dinero. Mi padre sólo sirve para trabajar el campo y cuidar una granja. Creo que estamos tan acostumbrados a vivir en el campo, que la ciudad se nos hace insufrible, sobre todo porque papá no logró encontrar ningún trabajo que le diera suficiente dinero para vivir igual que antes.



»Yo siempre, me he sentido atraída por la pintura, pero mis padres se oponían, tenían miedo de que sufriese una decepción. Querían que aprendiera algo útil, así que, cuando terminé el colegio, me coloqué en una fábrica. Por la noche asistía a clases de Filosofía, y luego intenté expresar con la pintura lo que allí aprendía.

Malene hizo una breve pausa y continuó:

— Casi no podía resistir el trabajo de la fábrica. Creo que, cuando una persona ha crecido en el campo, la vida en la ciudad se hace más difícil. Echaba de menos la granja y los animales. Un buen día vi el anuncio de la señora Dreyer para servir en la «Gran Granja», y le escribí. Sentía mucho tener que dejar a mis padres, pero ellos comprendieron que sería lo más sensato.

»Ahora están contestos, sobre todo desde que les escribí explicando lo bien que tus padres, Annelise, me tratan. En mis horas libres pinto, y, como es natural, sueño en ser algún día una pintora famosa. Por eso sería maravilloso poder vender un par de cuadros y ganar algún dinero. La enfermedad de mi padre nos ha costado muy cara y la vida para ellos se ha hecho difícil.

— Creo que tendrás éxito —dijo Annelise—. Tanto al profesor Lassen como a su hermano, el pintor, les gustaron tus obras. Hemos

venido para llevarte con nosotras al pensionado. Quieren conocerte.

Malene fue recibida con gran cordialidad en Egeborg. El mal humor de Christian Lassen, tras los acontecimientos pasados, había desaparecido. En realidad, se sintió aliviado al ver marcharse a Totó, Riff y Par. Estaba en el salón del director cuando las muchachas entraron.

Poco antes había tenido una larga conversación con su hermano y sus respectivas esposas, y lograron llegar a un acuerdo. Quizá porque nadie se atrevió a hablar del reloj de pesas.

El director y su mujer se habían mantenido al margen, aunque siempre estuvieron listos para intervenir. Pero no fueron necesarios sus buenos oficios, y al fin reinó la paz y la armonía. Los cuatro sentían una necesidad tan fuerte de hacer las paces que incluso Bodil y Kaya habían cambiado de opinión respecto a la herencia de su tía Amalie.

— Creo que tú eres quien debe heredar el reloj — dijo Bodil.

— Nada de eso — se opuso Kaya decidida —. El reloj es tuyo.

El director guiñó el ojo a su mujer. Los dos sabían algo que los otros ignoraban.

— No hablemos más del asunto — se empeñó Bodil —. No seas tan testaruda. Si dices que la tía te lo prometió a ti, tuyo es.

— Pero tú dices lo mismo — insistió Kaya—. Es justo que te lo lleves tú.

El director Frank carraspeó. Había llegado el momento de descubrir lo que sabía.

— Queridas cuñadas —sonrió—, tenemos que resolver este problema de alguna forma.

— Y que lo digas —murmuró Hubert—. Estoy hasta la coronilla de ese reloj.

— Yo también —hizo notar Christian—. Es tonto discutir tanto por ese dichoso reloj de pesas.

— Escuchadme con atención —dijo el director Frank—. Hay una forma de resolver vuestro problema: que el reloj no sea para ninguno de vosotros.

Los cuatro le miraron fijamente.

— ¿Qué quieres decir?

— Quiero una respuesta honrada. ¿Estáis dispuestos los cuatro a renunciar al reloj?

— Claro — contestaron al unísono.

— Pues dejadlo donde está —dijo Frank—. Renunciad a él.

Hubo un pequeño silencio. Ninguno había pensado en eso.

— Además, hay un pequeño detalle —añadió el director—: El reloj no era para ninguna de vosotras. Cuando supe el motivo del disgusto entre Bodil y Kaya, llamé por teléfono al abogado de tía Amalie. En el asilo me dieron su número. Y, ¿sabéis lo que me dijo?

— No. ¿Qué dijo? —preguntó Bodil.

— Dijo que un sobrino de tía Amalie, ese primo vuestro, ése que es jete de estación en Fuenaa, Erling Jensen, creo que se llama, va a heredar el reloj de pesas.

— ¡Erling! —exclamaron las hermanas indignadas—. ¡Esto es demasiado! Después de todo lo que nos dijo de él la tía... Es lo de siempre, no se puede confiar en nadie.



— Sed razonables, por favor —pidió el director Frank—. Hubert, Christian, debéis intervenir...

Durante un instante se miraron, luego rompieron a reír. Bodil se levantó y fue a darle un beso a Kaya.

— Hermana mayor — dijo —, nos hemos portado como un par de tontas. Es mejor olvidarlo.

Y así terminó la querrela sobre la herencia. Por eso, cuando las muchachas entraron con la nerviosa Malene, Christian Lassen estaba de muy buen humor.

— ¿Así que usted es nuestro joven talento? —exclamó—. Pase, señorita, y siéntese. Tenemos mucho de qué hablar. ¿Dónde ha aprendido usted a pintar tan bien?

Malene estaba colorada como un tomate. No sabía qué contestar.

— Tiene usted mucho talento — interrumpió Hubert Lassen—. Puede convertirse en una gran artista; pero necesita un buen profesor.

— No creo que pueda pagarlo — dijo Malene —. Además, de momento debo hacer mi trabajo en la granja.

— Y ¿no podría seguir pintando al mismo tiempo? Usted ha pintado mientras servía allí, ¿no es cierto?

— Estoy segura de que mis padres darán su consentimiento — dijo Annelise.

— Así sólo nos falta el profesor — intervino Christian Lassen—. Está muy bien pintar abstracto, pero se necesita la base. Tiene usted habilidad manual, pero le falta experiencia, la técnica. ¿Qué le parece si mi hermano le diera clases? Estoy seguro de que aceptará gustoso. Quizá usted pudiera ir a la ciudad un par de veces por semana y pintar con él.

— Me gustaría mucho — dijo Malene —, pero no sé cómo. No tengo dinero.

— Después de la exposición, seguramente, lo tendrá — rió Christian Lassen—. Estamos esperando la visita de un par de coleccionistas importantes. Vendrán Baldur Olsen en persona y si le gustan sus pinturas, quizá compre alguna. Hablaré en su favor. No creo que deba usted preocuparse por su futuro. Pero quiero que comprenda que le costará mucho trabajo aprender bien este oficio. Pero eso ocurre con todo en este mundo.



El director carraspeó:

— Es verdad. Has dicho exactamente lo que yo estaba pensando. Todo cuesta trabajo, incluso aprobar en los exámenes — dijo dirigiéndose a las muchachas —. Creo que es hora de que subáis a vuestra habitación a estudiar. Supongo que no habréis hecho gran cosa estos últimos días.

— Pues, la verdad..., no mucho —empezó Puck.

— ¿A qué esperáis entonces? Ya nos ocuparemos nosotros de Malene. Podéis marchar tranquilas.

Al salir, las muchachas oyeron la voz del profesor Lassen que decía:

— ¿Y sólo tiene usted diecisiete años? Ha llegado muy lejos en tan poco tiempo.



—¡Diecisiete! —exclamó Hubert Lassen—. ¡Ojalá tuviera yo diecisiete años!

— Este número me hace recordar algo — sonrió la señora Frank.

— Sé en qué estás pensando —dijo el director—. En aquel pintor chiflado que quería convencernos de que dos por dos eran

diecisiete. ¡Qué tontería!

— Pues no estaba del todo equivocado —rió Christian Lassen—. Aquí estamos Hubert y Bodil, Kaya y yo. Dos veces dos. Ocurrieron cosas extrañas y, ¿cuál fue el resultado?... ¡Diecisiete! —dijo señalando a Malene con una sonrisa.

— Hay que ver —murmuró el director mientras cargaba su pipa—; quizá Riff Klausen tenga más juicio de lo que yo creía.

